

# Los vicios de Madrid. Diálogo entre Perico y Antonio\*

J. M. S.

Edición crítica completa del ms. Red Room 864V66 I de Dartmouth College Library

Edición e introducción de  
ALEJANDRO GARCÍA-REIDY  
IEMYRhD, Universidad de Salamanca

## Resumen

Se ofrece aquí la primera edición completa y crítica de *Los vicios de Madrid. Diálogo entre Perico y Antonio*, un diálogo satírico anónimo fechado en 1807 que fue publicado parcialmente por Raymond Foulché-Delbosc en 1905 a partir de un manuscrito de su propiedad. En la breve introducción que precede a la edición, se da noticia de la biblioteca en la que se conserva dicho manuscrito desde 1936, se describen sus características materiales, se señala la naturaleza de las omisiones hechas por Foulché-Delbosc en su edición, se contextualiza la circulación de este manuscrito en su época y, por último, se presentan los criterios de esta edición. El texto crítico ofrece una versión modernizada del original según criterios filológicos contemporáneos y un aparato que incluye tanto las variantes de la edición del hispanista francés como las correcciones hechas por el copista del manuscrito.

**Palabras clave:** texto satírico; diálogo; siglo XIX; manuscrito; edición

## Abstract

I present the first complete and critical edition of *Los vicios de Madrid. Diálogo entre Perico y Antonio*, an anonymous satirical dialogue dated in 1807, which was partially published by Raymond Foulché-Delbosc in 1905 based on a manuscript in his possession. In the brief prologue preceding my edition, I provide information on the library where said manuscript has been preserved since 1936, I describe its material characteristics, I state the nature of the omissions made by Foulché-Delbosc in his edition, I contextualize the circulation of this manuscript in its era, and, lastly, I present the criteria for this edition. The critical text offers a modernized version of the original according to contemporary philological standards and includes an apparatus comprising both the variants from the French Hispanist's edition and the corrections made by the manuscript's copyist.

**Keywords:** satirical text; dialogue; nineteenth century; manuscript; edition



---

\* Este trabajo se ha beneficiado de las ayudas de I+D+i «MANOS. Ampliación y exploración de la base de datos de manuscritos teatrales áureos (ASODAT Tercera Fase)» (ayuda PID2022-136431NB-C61 financiada por MCIU/AEI/10.13039/501100011033 y por FEDER «Una manera de hacer Europa»), y «Literatura y reginalidad en la España de los siglos XVI y XVII: las mujeres de la casa de Austria» (Proyexcel\_00847, financiada por la Junta de Andalucía).



## 1. PRESENTACIÓN

Ofrezco aquí la primera edición completa y crítica de *Los vicios de Madrid. Diálogo entre Perico y Antonio*, un delicioso texto en forma de diálogo sobre los bajos – y altos – fondos del Madrid de Carlos IV. Esta obra, anónima (el único testimonio conocido la atribuye al “subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros don J. M. S.”)<sup>1</sup> y fechada en 1807, la dio a conocer Raymond Foulché-Delbosc en 1905 al publicarla parcialmente en su revista *Revue Hispanique* a partir de un manuscrito de su propiedad (Foulché-Delbosc, 1905; Foulché-Delbosc y Puyol, 1931: 74). La edición viene precedida por la siguiente nota:

Le manuscrit dont sont extraits les passages que l'on trouvera ci-après a 176 feuillets, non compris un feuillet de titre sur lequel on lit: *Los Vicios de Madrid. || Dialogo entre Perico y Antº || Por el Subteniente del Real || Cuerpo de Yngenieros. || D<sup>n</sup>. J. M. S. || Año de 1807*. Cette date est celle à laquelle fut composé l'ouvrage, et vraisemblablement aussi celle à laquelle fut exécuté le manuscrit utilisé par nous. La reliure, simple mais fort soignée, et d'une conservation parfaite, est de la même époque. Si nous n'imprimons pas cet ouvrage *in extenso*, c'est que certains passages ne méritent pas d'être reproduits: il est inutile d'en dire plus long à cet égard. Les suppressions, indiquées chaque fois par une ligne entière de points, ne nuisent d'ailleurs en rien à l'intérêt des parties que nous avons copiées. (Foulché-Delbosc, 1905: 163)

Foulché-Delbosc editó gran parte de este diálogo satírico, cuyo valor ha destacado la crítica por la rica información que ofrece – gracias a su enfoque costumbrista – del mundo de la prostitución, de la lectura clandestina de obras eróticas o satíricas, y de anécdotas o escándalos de nobles, oficiales, clérigos, pordioseros o actores de la España de finales del siglo XVIII y principios del XIX, todo ello enmarcado por los ambientes de cafés, fondas, billares y teatros del Madrid de la época (Simón Díaz, 1986: 355; Frolidi 1998: 290; Harty, 2021: 258). Sin embargo, la decisión de Foulché-Delbosc de suprimir varios pasajes argumentando que “ne méritent pas d'être reproduits” es harto debatible, como ya lamentó atinadamente Andioc: “Es una lástima que no se imprimiera el texto íntegro: en la notita preliminar escribió el hispanista francés que algunos pasajes no «merecían» ser publicados, y que ocioso era comentarlo, es decir que debió de presionar la mojigatería de entonces” (Andioc 2001: 14). En total son quince los “pudorosos cortes” (Sánchez-Blanco, 2007: 288) hechos por Foulché-Delbosc, cortes que incluyen dos capítulos completos de los diez en que está dividida la obra, el prólogo, el epílogo epistolar y varios fragmentos del texto principal, de variada extensión. Como tendrá ocasión de comprobar el lector, los fragmentos eliminados no están exentos de interés – picante e incluso morboso en varios casos – pese a lo afirmado por el ilustre hispanista: fragmentos de literatura erótica (alguna inédita), referencias a los condones y el consolador femenino de la época (el “godomiché”, como lo llama nuestro anónimo autor), historietas libertinas de curas y monjas (con una ‘interrupta’ escena de lesbianismo) o el desarrollo completo de la historia de seducción y acoso sexual de una jovencita por parte del protagonista más bisoño de *Los vicios de Madrid* (con su sifilítica conclusión) son algunos de los elementos presentes en los pasajes suprimidos (¿censurados?) por Foulché-Delbosc.

Desde la publicación incompleta – extensa, pero incompleta, a fin de cuentas – de *Los vicios de Madrid* en 1905 se había perdido el rastro del único manuscrito conocido con el texto,

<sup>1</sup> Los intentos por dar con un nombre tras las iniciales J. M. S. (si realmente corresponden al nombre real del autor del texto) han sido infructuosos hasta el momento. En la Tarde 2ª se emplea el término “charrancla”, una pieza de hierro usada en las caballerías entre la mandíbula y el labio. Solo he localizado esta palabra en una fuente sobre el mundo rural navarro (Álvarez Vidaurre, Orduna Portús y Álvarez Vidaurre, 2008: 136). También se encuentran varios casos de laísmo a lo largo del texto.

que había formado parte de la riquísima biblioteca del bibliófilo francés<sup>2</sup>. Por fortuna, no ha sufrido la misma suerte que otras obras similares de la época, destruidas o actualmente en paradero desconocido. En 2019 di fugaz noticia de la localización de este manuscrito de *Los vicios de Madrid* en una nota a pie de página de otro trabajo mío (García-Reidy, 2019: 184 n. 40). Ahora presento la edición completa de este texto tan peculiar. El manuscrito se conserva bajo la signatura Red Room 864V66 I, en la Rauner Special Collections Library de Dartmouth College Library, a donde llegó a finales de 1936 procedente de la subasta de la biblioteca de Foulché-Delbosc que se celebró en París entre el doce y el diecisiete de octubre de 1936<sup>3</sup>; más concretamente, el lote del que formaba parte este manuscrito salió a la venta el día diecisiete. El manuscrito que nos atañe figura en el catálogo de la subasta bajo la entrada número 1603, que reproduzco a continuación (y que contiene la primera mención a la presencia de un prólogo y de un epílogo en *Los vicios de Madrid*):



1603. VICIOS DE MADRID (Los). Dialogo entre Perico y Ant<sup>o</sup>. Por el Subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros. D<sup>n</sup> J. M. S. Año de 1807. — In-4 de 2 et 176 ff., mar. rouge, pet. dent., dos orné, dent. int., tr. dor. (*Rel. anc.*).

MANUSCRIT daté de 1807; il contient dix dialogues très curieux pour l'étude des mœurs madrilènes au début du XIX<sup>e</sup> siècle, ils sont écrits avec beaucoup de liberté, et même de crudité.

Ces dialogues sont accompagnés d'une préface et d'une conclusion, celle-ci signée ANTONIO DE PERALTA; ce nom, qui est celui d'un théologien du début du XVII<sup>e</sup> siècle, est évidemment un pseudonyme, puisque sur le titre même, il se nomme des initiales J. M. S., subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros.

Ce ms. a été publié pour la première fois, avec suppression de nombreux passages, par R. Foulché-Delbosc, dans la *Revue hispanique*, XIII, pp. 163-228.

Bonne reliure espagnole de l'époque très bien conservée. (Andrieux, 1936: 201)

El manuscrito presenta hoy en día el mismo buen estado de conservación que ya señalaran tanto Foulché-Delbosc en su edición incompleta como el catálogo de la subasta. Es un volumen en 4<sup>o</sup>, con unas medidas de unos 21x15 cms., formado por 176 hojas de texto y portadilla, más hoja de guarda inicial y final. Hay numeración de época en el recto interior de cada dos folios, al parecer de mano del copista, aunque apenas es visible en la mayoría de los casos por la encuadernación. El recto exterior de cada folio presenta numeración moderna a lápiz. Foulché-Delbosc no ofreció ninguna indicación de cuándo, dónde y cómo se hizo con este manuscrito para su biblioteca, como se ha visto en la escueta nota que precedió a su edición, pero llegaría a sus manos en algún momento entre 1893 y 1905 por lo que sabemos de su actividad bibliófila (Foulché-Delbosc y Puyol, 1931: 8). El manuscrito no ofrece en su materialidad más información que la ya mencionada acerca de su origen y circulación. El texto está copiado por una sola mano, con letra del siglo XIX. Se trata de una copia en limpio, con unas pocas correcciones tanto 'in itinere' (al enmendarse el texto antes de seguir escribiendo) como 'a posteriori' (por ejemplo, al incorporarse entre líneas texto inicialmente omitido por salto de

<sup>2</sup> En una entrada de su diario fechada el veintiuno de septiembre de 1936, Jorge Máximo Rohde ofrecía el siguiente elogio de la biblioteca de Foulché-Delbosc: "Hojeo el catálogo de la Biblioteca hispánica de Foulché-Delbosc, que el mes próximo se dispersará por el mundo. ¡Cuánto tesoro! La ciencia y el arte españoles hallan aquí magnífica expresión. Asombran las ediciones de la *Celestina*, en italiano, en francés, en inglés, en latín (esta última versión, de suyo rarísima, es del año 1624 y debida a Gaspart Bart). Figuran casi todas las ediciones españolas del libro que sería «divino si no fuese tan humano», aunque no la príncipe, pues el único ejemplar conocido lo posee, como se sabe, la Hispanic Society of America, como imperial regalo de Pierpont Morgan. ¡Qué decir de los manuscritos! Brilla la letra de los Argensolas, de Calderón, de Quevedo y de otros ingenios" (Rohde, 1948: 114-115).

<sup>3</sup> En el vuelto de la hoja de guarda inicial figura la siguiente anotación a lápiz: "Dec. 15, 1936 / 382330 / Span. Spec. / Special / 864V66 / I". Agradezco a los bibliotecarios de la Rauner Special Collections Library de Dartmouth College Library por su ayuda para obtener una reproducción del manuscrito.

copia). El segundo tipo de enmiendas y la limpieza del manuscrito apuntan a que nos encontremos ante una copia sacada a partir de un antígrafo. Los pocos errores que presenta el texto pueden explicarse como meros despistes de copia y no necesariamente como incompreensión del antígrafo que se tuviera delante. La neutralización de sibilantes, como refleja el uso inconsistente de las grafías 's', 'c' y 'z' para el fonema /s/ en diferentes puntos del manuscrito, apunta a un probable origen meridional del copista.

Foulché-Delbosc (1905: 163) pensó que el copista era el autor del diálogo, aunque no encuentro indicios a favor de esta hipótesis y sí en contra, pues la presencia de un término como "charrancla" o los laísmos del texto no casan bien con el posible origen meridional del copista. Además, la circulación clandestina de copias manuscritas de textos satíricos como el que nos ocupa era un fenómeno vigente en la época —el propio texto de *Los vicios de Madrid* alude a esta práctica— (Deacon, 2018; García-Reidy, 2019), por lo que no se puede descartar que este manuscrito sea una copia hecha por un aficionado en algún momento del siglo XIX. Que *Los vicios de Madrid* circuló manuscrito más allá del gabinete privado de su autor o de sus amigos, y que padeció la misma fortuna que otras obras consideradas peligrosas por la Inquisición, lo testimonia la siguiente noticia de 1819 extractada por Paz y Melia en sus *Papeles de Inquisición*:

El Fiscal contra D. Antonio Rosales y la viuda de Quiroga, librerías, por vender obras prohibidas.

Delatados por D. José Escosura, tenedor de libros.

Que tenían un manuscrito *Vicios de Madrid*, especie de coplas del Provincial, compuesto en 1807 por un oficial, en que se trataba de los amancebamientos de la Grandeza.

Idem comedias prohibidas. (Paz y Melia, 1947: 448)<sup>4</sup>

En 1816 Antonio Rosales tenía su librería en las Gradadas de San Felipe, mientras que la viuda de Quiroga tenía la suya en el número 9 de la calle Carretas (Paz y Melia, 1947: 469). La noticia de la delación apunta a que ambas librerías contaban con copia de *Los vicios de Madrid* más de una década después de su composición, indicio de su potencial interés entre los lectores, cuando no de un éxito relativo por esas fechas.

*Los vicios de Madrid* comienza con un prólogo cuyo narrador encarna la voz autoral y en el que se da cuenta del argumento y del motivo de la escritura del texto. El cuerpo central de la obra está dividido en diez secciones o "tardes" y adopta forma de diálogo. Los dos interlocutores principales —algunos secundarios anónimos intervienen ocasionalmente en la Tarde 8ª— se llaman Perico y Antonio, en un eco de la tradición dialogal de "Perico y Marica" (Romero, 1994: 400 n. 79). Tal y como los describe el narrador del prólogo, "te pinto en Perico un oficial de Tesorería corrompido, tunante, jugador y pedante, y dedicado a todo género de vicio. Antonio, niño bien educado, no se ha separado del lado de sus padres hasta los dieciséis años". Los dos son amigos de la escuela y su reencuentro en Madrid lleva a Antonio a pedir a su más curtido amigo Perico que le instruya en todo aquello por lo que le pregunte. Comienzan así una serie de paseos que llevan a los dos protagonistas por diversas calles de Madrid, el Prado, un café, un billar, una tertulia o el teatro a lo largo de diez tardes seguidas. Las conversaciones giran principalmente en torno a mujeres, especialmente en relación con el mundo de las prostitutas y sus prácticas, pues el inexperimentado Antonio está enamorado de una joven dama llamada Juanita, a la que no sabe cortejar. El desarrollo de la seducción de la chica por parte de Antonio, guiado por los consejos de Perico, constituye el arco de la acción que atraviesa el

---

<sup>4</sup> Agradezco a Patricia Marín Cepeda que me llamara la atención sobre esta noticia. ¿Estaba emparentado el moji-gato delatador de *Los vicios de Madrid* con el Francisco Escosura que ese mismo año de 1819 delató al hijo de su jefe por leerle fragmentos del *Diccionario crítico-burlesco* de Bartolomé José Gallardo (Paz y Melia, 1947: 295-296)?

conjunto de la obra. Entremedias surgirán conversaciones en torno a otros temas como la literatura (sin que falten referencias a la erótica), los bailes, el estado de las ciencias y la enseñanza, los juegos de billar o cartas, el mundo del teatro, la vida conventual, la actividad de los portuarios, las supersticiones seculares y religiosas... todo ello bañado de una variedad de anécdotas de nobles o autoridades locales, usualmente en relación con sus amantes. El relato se cierra con un epílogo en forma de carta de Antonio dirigida a Perico y escrita tres meses después de su último encuentro, en la que le informa de las perniciosas consecuencias de sus enseñanzas y abjura de ellas.

El texto que aquí presento es una edición crítica de *Los vicios de Madrid*. No solo restituí todos los pasajes del manuscrito eliminados por Foulché-Delbosch, cuyas omisiones indico en los lugares correspondientes del aparato crítico, sino que también he cotejado su edición. El hispanista francés enmendó, sin indicarlo, varios lugares del texto del manuscrito. En muchas ocasiones corrigió atinadamente errores del original, enmiendas que he aceptado al fijar mi propio texto, pero a veces modernizó variantes lingüísticas usadas en la época (como la forma "ahuja" de la Tarde 10ª) y otras veces leyó mal el manuscrito o se despistó al transcribirlo<sup>5</sup>. También recojo en el aparato crítico las correcciones hechas por el copista del manuscrito. Además, la edición de Foulché-Delbosch ofrece una modernización inconsistente de la ortografía del texto original y su puntuación, que combina la presente en el manuscrito con la propia de inicios del siglo XX, en ocasiones dificulta la lectura de la obra para un lector contemporáneo y, en algún caso aislado, altera el sentido del texto<sup>6</sup>. Por ello, mi edición tiene una puntuación modernizada y una presentación formal que favorezca la legibilidad de los pasajes dialogados, con entradas independientes para cada interlocutor.

En definitiva, *Los vicios de Madrid* es una obra jugosa no por su calidad literaria, sino por la riqueza de sus referencias a personas y personajes, lugares y costumbres, prácticas populares y elitistas, del Madrid y la España de Carlos IV, que combinan lo ficticio — pero verosímil — con lo real a través de "un incisivo espíritu crítico de clara descendencia iluminística" (Froldi, 1998: 290), pero siempre "con un criterio bastante sensato" (Sánchez-Blanco, 2007: 289). Por ello, merece más atención académica y un estudio sosegado que permita identificar y explicar todas las alusiones del texto, y que se plasme en una futura edición extensamente anotada. Por el momento, aquí te ofrezco, lector especialista o curioso, la primera edición completa para que puedas sumergirte a placer en *Los vicios de Madrid*.

## 2. CRITERIOS DE EDICIÓN

Edito *Los vicios de Madrid* siguiendo unos criterios de modernización según las normas ortográficas actuales y respetando solo las oscilaciones o características lingüísticas de la época, que pueden resumirse en el siguiente listado:

- La modernización se aplica cuando no hay una alteración fonética (por ejemplo, mezclavan=mezclaban, egercitando=ejercitando).

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, en la Tarde 1ª Foulché-Delbosch (1905: 167) reproduce como "sonriéndose" lo que figura correctamente en el testimonio como "sonriéndote", mientras que la ya mencionada "charrancla" figura erróneamente en la edición de Foulché-Delbosch (1905: 170) como "charranela".

<sup>6</sup> Véanse las siguientes líneas de la Tarde 7ª en la edición de Foulché-Delbosch (1905: 211): "Dicen que como se ha de mantener, y con que objeto tomó esa carrera fue el de aliviar al proximo, darle los consuelos espirituales, o fue por la propension a la hipocresía, por pasarse buena vida, por hacer lo que se quiera, con la capa del sacerdocio; ¿porqué no se va a cavar?". Las edito de la siguiente manera: "Dicen que como se ha de mantener... ¿Y con qué objeto tomó esa carrera? ¿Fue el de aliviar al prójimo, darle los consuelos espirituales, o fue por la propensión a la hipocresía, por pasarse buena vida, por hacer lo que se quiera con la capa del sacerdocio? ¿Por qué no se va a cavar?".

- No modernizo aquellos casos que reflejan una pronunciación determinada, como son oscilaciones en los grupos consonánticos cultos *x/xc/s, n/ns, n/gn, s/bs, m/nm/mm*, el uso de la *s* líquida (“scena”), o variantes lingüísticas documentadas en la época.
- Dado el uso inconsistente de las grafías *s, c y z* para el fonema /s/ por la neutralización de sibilantes, sistematizo su empleo según las normas actuales, pero recojo estas variaciones en el aparato crítico.
- Modernizo la separación de palabras, el uso de mayúsculas, la puntuación y la acentuación. La división de los párrafos sigue la del manuscrito, pero la estructura de los diálogos marcados con guiones es mía, pues el testimonio incluye estos pasajes a texto seguido, aunque indica – a veces con algún error – quién interviene en cada momento, usualmente mediante un pequeño guion.
- Desarrollo las abreviaturas (por ejemplo, D.=don; p<sup>r</sup>=por; p<sup>a</sup>=para; q<sup>e</sup>=que, P.=padre, rs.=reales, etc.), pero mantengo “V. m.” dado que no necesariamente equivale a “vuestra merced” en el lenguaje de la época (Sáez Rivera, 2006). Mantengo igualmente algún uso ocasional de “V. E.” dado que no hay un empleo consistente en el manuscrito del grupo *xc/x*.
- Los nombres propios conservan la forma con la que aparecen en el texto original, aunque esta se desvíe de las normas generales y, en el caso de extranjeros, se diferencie del nombre original.
- Empleo palabras o cifras para las expresiones numéricas según los criterios actuales, así como en el uso de los números romanos (por ejemplo, Felipe 2<sup>o</sup>=Felipe II).
- Las intervenciones editoriales en el texto en forma de adiciones necesarias por error del copista las marco entre corchetes (por ejemplo, “aguarda[ba]”).
- En los casos de diálogos cuyas intervenciones están marcadas con guiones largos, el manuscrito no siempre es coherente en la distribución entre los interlocutores. Regularizo según el sentido de la conversación, sin indicarlo en el aparato.

Las correcciones en el manuscrito, hechas todas por el copista, las señalo en el aparato crítico con los siguientes signos convencionales (Prolope, 2008: 56-57):

- </> Adición en la línea
- <\> Adición en la entrelínea
- <-A> Supresión por tachadura
- <A+E> Sustitución por superposición de una letra (E) sobre otra (A)
- <???)> Texto ilegible

Las siglas asignadas a cada testimonio en el aparato crítico – de tipo positivo – son las siguientes:

*M* = *Los vicios de Madrid. Diálogo entre Perico y Antonio*, Rauner Special Collections Library de Dartmouth College Library, Ms. Red Room 864V66 I

*F* = Raymond Foulché-Delbosc (1905) “*Los vicios de Madrid (1807)*”, *Revue Hispanique*, XIII, pp. 163-228

### Bibliografía

- ÁLVAREZ VIDAURRE, Ester, Pablo ORDUNA PORTÚS y Pablo ÁLVAREZ VIDAURRE (2008) "Agricultura y pesca fluvial en los valles de Guesálaz y Yerri", *Cuadernos de etnología y etnografía navarra*, 83, pp. 127-151.
- ANDIOC, René (2001) "Introducción" en María Rosa de Gálvez, *La familia a la moda*, ed. de René Andioc, Salamanca-Cádiz, Universidad de Salamanca-Universidad de Cádiz, pp. 7-109.
- ANDRIEUX, Georges M. (1936) *Catalogue de la Bibliothèque Hispanique de M. R. Foulché-Delbosc. Fondateur Directeur de la Revue Hispanique: Livres - Manuscrits*, Paris, Librairie Georges Andrieux.
- DEACON, Philip (2018) "La inquisición y el *Arte de putear* de Nicolás Fernández de Moratín", *Dieciocho: Hispanic enlightenment*, XL1.2, pp. 179-202.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Raymond (1905) "Los vicios de Madrid (1807)", *Revue Hispanique*, XIII, pp. 163-228.
- FOULCHÉ-DELBOSC, Isabel y Julio PUYOL (1931), *Bibliografía de R. Foulché-Delbosc (1864-1929)*, Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
- FROLDI, Rinaldo (1998) "¿Hubo literatura costumbrista en los primeros lustros del siglo XIX?" en Luis Felipe Díaz Larios y Enrique Miralles García, coords., *Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX. Coloquio (1º. 1996. Barcelona)*, *Del Romanticismo al Realismo*, Barcelona, Universitat de Barcelona, pp. 287-292.
- GARCÍA-REIDY, Alejandro (2019) "El fluir de lo erótico: circulación y posesión del *Arte de putear* de Nicolás Fernández de Moratín", *Boletín de la Real Academia Española*, 99.319, pp. 167-201.
- HARTY, Ciaran (2021), "Precursors of Larra's 'El café' in Early costumbrista Literature During the Reign of Carlos IV (1788-1808)", *Dieciocho*, 44.2, pp. 249-278.
- PAZ Y MELIA, Antonio (1947) *Papeles de Inquisición. Catálogo y extractos. Segunda edición por Ramón Paz*, Madrid, Patronato del Archivo Histórico Nacional.
- PROLOPE (2008) *La edición del teatro de Lope de Vega: las "Partes" de comedias. Criterios de edición*, Bellaterra, Universitat Autònoma de Barcelona.
- ROHDE, Jorge Máximo (1948) *Cinco años de París (1935-1939)*, Buenos Aires, Emecé Editores.
- ROMERO, Leonardo (1994) *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia.
- SÁEZ RIVERA, Daniel Moisés (2006) "Vuestra merced > usted: nuevos datos y perspectivas", en José Luis Girón Alconchel y José Jesús de Bustos Tovar, coords., *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de la Lengua Española: Madrid, 29 de septiembre-3 octubre 2003*, Madrid, Arco Libros, vol. 3, pp. 2899-2912.
- SÁNCHEZ-BLANCO, Francisco (2007) *La Ilustración goyesca. La cultura en España durante el reinado de Carlos IV (1788-1808)* Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- SIMÓN DÍAZ, José (1986) "Bibliografía madrileña del siglo XIX", en Luis E. Otero Carvajal y Ángel Bahamonde Magro, eds., *Madrid en la sociedad del siglo XIX: capas populares y conflictividad social. Población, abastecimientos y crisis de subsistencias. Cultura y mentalidades*, Madrid, Comunidad de Madrid, vol. 2, pp. 343-373.



*Los vicios de Madrid*  
*Diálogo entre Perico y Antonio*<sup>1</sup>

Por el subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros don J. M. S.  
Año de 1807

PRÓLOGO

¡Oh, tú, a cuyas manos llegue este escrito, no creas que vas a le[e]r una cosa buena! Si me conocieses, sabrías que soy incapaz de componer cosa que te agrade; pues te advierto que no lo he hecho para que tú te diviertas, sino solamente para recrearme en las pesadas noches del invierno. En este papel he recopilado la vida desastrada de un joven abandonado a su libertad en una corte como Madrid; pues, aunque en todas partes es lo mismo, no se emplea la seducción con una mujer del modo descarado que allí se ejecuta ni un muchacho la aprende con tanta rapidez. Para demostrarlo, te pinto en Perico un oficial de Tesorería corrompido, tunante, jugador y pedante, y dedicado a todo género de vicio. Antonio, niño bien educado, no se ha separado del lado de sus padres hasta los dieciséis años; que, tomando los cordones en un regimiento de infantería con la escusa de academia, ejercicio, revista y otras ocupaciones de un empleo, se junta con Perico, único amigo que tenía. Pues por echarlo de sabio y de entender en todas materias, le instruye en diez días de todos los vicios y saca tan completo discípulo como él lo conoció, bien a su pesar. El motivo que me obligó a hacer este diálogo fue el siguiente. Dirigiéndome con un amigo a una casa donde se vende el género femenino como libra de uvas, salió a recibirme una mujer asaz fea y, preguntando yo con bastante descaro “¿Es usted alcahueta?”, contestó con demasiada desenvoltura: “Sí, señor”. Nos echamos a reír y mi compañero me dijo: “¡Que suceda esto en Madrid! A la verdad, se podría escribir”. Se lo prometí y, empreñándome de estas ideas, parí lo que vas a ver. Pero vuelvo a repetir que, si no te gusta, te limpies el *perdone V. m.*, con el que nadie te va a la mano.

Tú me dirás que con qué motivo saco a lucir las personas que cito en la 1ª parte. Esto fue lo que dijo el padre Isla:

Como la burra es lerda  
y no distingue,  
se le fue por la cola  
un *lapsus lingue*<sup>2</sup>.

Traté de hacer una circunstanciada memoria de los timbres de nuestra nación en este último siglo y los laureles de nuestra grandeza española, pero, al ver que lo que me venía a la memoria salían patas arriba, mudé de estilo. Se me olvidaba decirte que, aunque hablo del tribunal de la Suprema, no es mi ánimo injuriarle, pues protesto soy católico, apostólico, romano. Creo que ya lo he dicho todo ¿y me falta algo? No... no... no...

Este me parece que es el prólogo, advertencia o, como dice Quevedo, el delantal de la obra. ¿Y cómo le cerraré? ¿Pondré a lo último, con letras gordas, “VALE”? No, porque no vale. ¿Lo dejaré así, como que me he levantado a orinar y aún no he vuelto? Es efecto de mala crianza. El caso es que, si lo discurro mucho, me va a suceder lo que a una criada, que fue a echar un bacín<sup>3</sup> (que en castellano así se llama) por la ventana y, con las olorosas ideas que le

<sup>1</sup> F omite todo el inicio y comienza directamente en Vamos al Prado en la Tarde 1ª

<sup>2</sup> lingue : lirgüe M : om F

<sup>3</sup> bacín : basín M : om F

suministraba el tabernáculo, empezó a discurrir... “Si yo digo «¡Agua va!», es mentira y la gente no hará más que pasar a la otra acera... Si digo «¡Allá va!», lo que es es demasiada<sup>4</sup> indecencia”. Por fin se resolvió y, con grandes voces, exclamó: “¡Alabado sea el santísimo sacramento del altar!”. Pasaba por debajo un viejo calvinista, porque no tenía un pelo en la cabeza, y, quitándose muy humildemente su sombrero, recibió en ella aquella pestilente lluvia. Por no esponerme a eso, me despediré de ti como si me fuera a acostar, diciéndote: “Buenas noches”.

TARDE 1<sup>a</sup>

ANTONIO. ¡A Dios, amigo Perico!

PERICO. ¡Abur, Antonio! Ya hace tiempo que no nos hemos visto.

ANTONIO. Desde que concluimos la gramática. ¿Te acuerdas del afiñique y los caramelos cuadrados que subíamos por medio del hilo y la caña desde el balcón que caía encima de la confitería cuando estuvimos en el estudio? ¿Y de los azotes que nos dio el dómine cuando nos comimos la conserva de tomate?

PERICO. De todo me acuerdo. Ahora podría venir a darme el Judas aquel... ¿Y hace mucho que eres cadete?

ANTONIO. Hará tres meses que tomé los cordones, pero aún me tienen sujeto a mis padres. Yo no conozco a nadie y quisiera saber muchas cosas que ignoro. Tú, que sabrás de mundo, me sacarás de mis dudas. Y ahora dime: ¿qué uniforme es ese con tanto bordado? ¿Y qué es de tu vida?

PERICO. Yo te la contaré. Cuando concluí la maldita gramática, me fui a estudiar a San Isidro, donde hubiese seguido si mi padre no falleciese, quedándose mi madre viuda conmigo y una hermana, que se enamoró de un oficial de carpintero, vecino nuestro, tan ciegamente que le dio prueba de su amor todo cuanto pudo. El maestro murió y, no teniendo parientes, dejó al oficial por su universal heredero. Entonces se atrevió a pedir la muchacha por mujer, cuya proposición fue desechada, como se deja conocer, por no ser noble, y, no dejándole entrar mi madre por el umbral de la puerta, se valió de una criada, a quien regalaba, y le introducía todas las noches por una ventana que caía a un patio de comunicación. De estas visitas resultó quedar mi hermana embarazada y, temiendo que se descubriese el ajo, se salieron de Madrid sin que en mucho tiempo tuviésemos noticia de ellos, hasta que hace cinco meses recibimos una carta anónima desde Badajoz que decía había malparido en Extremadura y que el novio se había refugiado a Portugal. La criada, conocidas sus maulas, fue echada de casa, y yo, que me hallaba de entretenido en la Tesorería Mayor, salí a oficial el año pasado, con nueve reales diarios. Y tú, ¿qué te haces en todo el día?

ANTONIO. Rezar.

PERICO. ¿Nada más que rezar?

ANTONIO. Al levantarme, al almorzar, comer, cenar, acostarme: las oraciones y el rosario. Ahora, por fin, como tengo que ir a la academia, me zafo algunos días, que, si no, tendría que ir con mi padre al puente de Segovia a que nos llenasen de polvo los carros de toledo blanco que entran y salen, y los rebaños de borregos. Si llueve, me lleva a la celda de un fraile que no sabe más que predicar: “Hijo mío, es necesario aplicarse y ser amante de María santísima para proceder como hombre de bien y ganar el reino de los cielos, que es lo principal”. Por las noches se pone a jugar a las cartas con dos o tres viejos a una cosa que nunca he podido entender, y le llaman mediator. Mi madre se pone a hacer calceta al lado de un velador y yo me

<sup>4</sup> demasiada : demaciada *M* : *om F*

voy a hacer carros de naipes viejos con el comprador, y otras veces, en verano, a un balcón de la antesala, a oír contar cuentos a las doncellas, que, aunque no comprendo bien lo que quieren decir, ellas se ríen y yo hago lo mismo, sin poderme contener; pero siempre me gustan más que los que me contaba otra, que todo eran duendes, brujas, sapos y demonios. Muchas noches me quedo dormido y mi madre me despierta a pellizcos<sup>5</sup> o me hace acostar. Esta es, Perico amigo, la vida que hasta aquí he tenido. Mas ahora tengo un poco más de libertad y me alegro de haberte encontrado, pues sabes que siempre nos quisimos mucho.

PERICO. Vamos al Prado.

ANTONIO. ¿Y si me echan de menos en casa?

PERICO. Echas un par de mentiras y queda todo compuesto. Los militares deben lucirlo.

ANTONIO. Vamos, y quiero me instruyas lo que te pregunte.

PERICO. Di lo que quieras.

ANTONIO. ¿Qué casa es esta tan pintada, con este tarjetón tan grande a la puerta?

PERICO. Es la Fontana de Oro.

ANTONIO. Pero ¿es fábrica o qué se vende aquí?

PERICO. No, aquí se toma café, té, licores, bebidas de todos géneros y comidas de todos precios. Entra todo el que quiere y, así, verás diferentes naciones.

ANTONIO. ¿Y cómo pueden abastecer a tanta gente?

PERICO. No todo el que entra toma. Los más vienen a conversación: unos hablan de geografía y ponen a Marsella en la China; otros tratan de gobierno sin que sepan gobernar su casa; otros, de las mozas que han obsequiado sin que las conozcan; otros, de bailes; cuál, de poesía; cuál, de teatros. Últimamente, cada uno trata de lo que mata. Vamos adelante, que luego entraremos.

ANTONIO. Dime: ¿qué casa es esta, que tiene redonda la esquina?

PERICO. Es del marqués de Santiago, viudo. Su difunta mujer era una de las más escandalosas de su clase. No había uno, chico o grande, en su casa que no la hubiese tratado, llegando a tanto su desenvoltura que, habiendo despedido un paje, este la suplicó que lo volviese a tomar, siquiera por las confianzas que había tenido, y ella le contestó: “¿A eso te agarras? Hasta el último galopín de la cocina me ha atacado, y, el día que me dé la gana, los pondré a todos en la calle”. Iba siempre tan pintada que, en una ocasión, le dijo la condesa de Fernán Núñez, que era muy gruesa: “¡Jesús! Marquesa, pareces a mi coche nuevo”, y ella contestó: “Y tú, condesa, a las mulas que tiran del mío”. Cuando la hacían la cama, echaba una bola rodando desde la cabecera a los pies y, si se ladeaba, la deshacía llamando “putas” e “indignas” a las criadas. Últimamente trataba con un tal Pover, oficial de guardias, y, estando en el cuerpo de guardia de palacio con él, la dio un accidente del cual no ha vuelto.

ANTONIO. ¿Y su marido no sabe nada?

PERICO. Sí lo sabe, pero calla, y hace bien. No es tan tonto que se espusiese a que le diese un golpe. A ella le debe el ser marqués y, cuando venía el amante, se iba a las posadas<sup>(1)</sup> a decir chicleos a las muchachas, que también es hombre que lo entiende. Una noche entró en el aposento de su esposa a tiempo que estaba en un sofá con Pover y ella, muy enfadada, le dijo: “¿A qué has entrado aquí? Vete a la tertulia, que es temprano”, y él, muy humilde, la respondió: “Venía a preguntarte si sabías la ópera que se echaba esta noche en los Caños”. Ha dejado dos niñas, de las cuales la mayor, a quien todos conocían por la Paca Santiago, llevaba el mismo camino de su madre, y la otra, llamada Paula, de siete años sabía ya por dónde parían las mujeres gracias a doña Micaela, su aya, que las llevaba las noches de verano al Prado, y hablaban con todo el mundo.

ANTONIO. ¡Pues qué! ¿No duermen juntos?

<sup>5</sup> pellizcos : pelliscos M : om F

<sup>(1)</sup> Posadas en casa de los grandes se llaman las salas donde hacen sus labores las doncellas.

PERICO. En una casa sí, pero no en un mismo departamento.

ANTONIO. ¿Y por qué es eso? Yo, si me casara, había de ser para dormir con mi mujer.

PERICO. Ya, porque tú no eres grande. Esto lo han introducido para ocultarse uno a otro sus respectivos contrabandos. Poco tiempo hace murió una llamada la Mariscala, por ser su marido el mariscal de Castilla, y se pasaban ocho y quince días sin verse; y, cuando se encontraban en la calle, se preguntaban mutuamente por sus cortejos, advirtiéndose lo que debían observar con ellos según lo que cada uno sabían, despidiéndose con mucha alegría. Los lacayos eran los espectadores de esta contradanza, pues nunca tienen qué murmurar, pues que ellos no saben más sino que las amas paren a los nueve meses de estar embarazadas.

ANTONIO. Esta casa parece nueva.

PERICO. No lo es, pero está nuevamente revocada: aquí vive el duque de Tamames. Al ver su cuerpo, conocerás su alma. Toda su educación la ha tenido entre los lacayos y toreros: ya puedes figurarte cuáles serán sus principios. Todo el día le tenías a la puerta de su casa con un látigo en la mano diciendo: "¡Arre, Cana; arre, Gallarda!"; de suerte que todo Madrid conocía el marquesito de Campollano, que era el título de su padre. Este estaba poseído de la gota y no podía hacer carrera con él. Su tío, el marqués de las Hormazas<sup>6</sup>, trató de casarle con la Socorro Tudó, hija del intendente del Retiro.

ANTONIO. ¡Pues qué<sup>7</sup>! ¿Un grande como ese quería emparentar con la hija de un intendente?

PERICO. Calla, que entramos en el Prado y hay cosas que no se pueden decir en semejantes sitios.

ANTONIO. Prosigue lo que ibas diciendo.

PERICO. La Socorro no podría aspirar a más que a casarse con un título semejante. Habló al Príncipe de la Paz, y consintió, pero el niño se iba detrás de todas las putas, y algunas veces delante, sin que le sirviesen los consejos ni amenazas de su padre y tío. La Socorro le dijo al Príncipe que ella no quería casarse con un hombre de esta conducta, no por lo que ello era en sí, sino porque aquellas mujeres le pondrían malo y ella tener que padecer sin necesidad. Entonces se le mandó a Montarco, que era gobernador, extinguiere las putas de Madrid, pero la conmiseración de algunos alcaldes de barrio hizo que quedasen bastantes para que el señorito siguiese en sus niñerías. Un día estaba en un palco en el Coliseo de la Cruz con una llamada Catalina, que vivía en la calle Ancha de Peligros, y su criada, y eran tantas las carcajadas y gritos que daban que no dejaban oír la representación. Los chisperos decían: "¡Fuera!", acompañando un buen puñado de picardías. El alcalde preguntó quién había en aquel aposento y, diciéndole era el marquesito de Campollano y dos putas, le pasó un recado para que callase o se retirase, y él, muy enfadado, respondió al ministril: "Dígale V. m. al alcalde que a mí nadie me manda sino el rey, el gobernador del consejo y mi padre". El juez le volvió a decir que no le mandaba, sino le suplicaba, por no tener que dar parte a los que había citado. Entonces se marchó gruñendo y, figurándosele que el alguacil le seguía, empezó<sup>8</sup> en la calle a tirarle pedradas, alborotando el barrio. Su padre, viendo no había remedio, trató de enviarlo a los Toribios de Sevilla, pero su tío lo tuvo en un pueblo hasta que aquel murió. Entonces tomó posesión<sup>9</sup> del mayorazgo, se casó con la hija del conde de Sástago y ha echado el tren que has visto; y su trato familiar es con cómicos, toreros, caleseros<sup>10</sup>, pinches y truhanes. Ellas le chupan y ellos se ríen, y a él no se le da nada del qué dirán.

ANTONIO. Se va la cabeza de ver tanta gente junta.

PERICO. ¿No has venido nunca al Prado?

<sup>6</sup> Hormazas : Hormazas MF

<sup>7</sup> Pues qué : Pues qué Pues qué MF

<sup>8</sup> empezó F : empesó M

<sup>9</sup> posesión F : poseción M

<sup>10</sup> caleseros F : caleceros M

ANTONIO. Algunos días al sol salía con mi padre por la puerta de Toledo y, siguiendo la ronda, entrábamos por la de Atocha a subir la maldita cuesta de Antón Martín.

PERICO. Vamos al lado de los coches, según costumbre, y luego iremos juntos a las sillas donde están las mujeres de infantería pasando revista.

ANTONIO. ¿Y por qué es esa costumbre?

PERICO. Para saludar con gracia, según el mayor o menor interés que haya. Si es de cumplimiento, te quitarás el sombrero hasta abajo, inclinándolo la cabeza sobre el pecho, sin mover nada más del cuerpo, moda que han introducido los oficiales de la covachuela. Si es de confianza, menear un poco el sombrero sobre la cabeza atrás y adelante, sonriéndote<sup>11</sup> un poco, y observa si las señoritas te hacen el besamanos con el abanico cerrado o un poco abierto, señales de riña o amistad.

ANTONIO. Yo no conozco a nadie.

PERICO. No importa. Todas las que van ahí desean que las saluden, aunque jamás los hayan visto.

ANTONIO. ¿Y no se apean?

PERICO. No. Unas porque su madre o tía o quien cuida de ellas no puede andar o no quiere; otras porque no se han vestido decentes y se han encerrado allí con cualquier trapo; otras por venir en traje de visita, y sería ridículo presentarse así donde el mayor número va de mantilla y basquiña; y otras porque no la tienen.

ANTONIO. ¿Quién es este manolo con el capote terciado que viene entre dos guardias de corps y fumando?

PERICO. Este es el marqués de Perales, que en su conducta es primo hermano de Tames: su vida la pasa entre toreros y su grande amigo es el pregonero.

ANTONIO. ¡El pregonero!

PERICO. ¡Toma! El pregonero de Madrid es hombre de millones y, por consiguiente, trata con lo mejor de la corte. Cuando se casó el príncipe de Asturias, le vi comer con él en público, encima del toril, en un mismo plato, un pisto de pimientos y tomates. Si no lo hiciese así, lo tendrían por Quijote.

ANTONIO. ¡Qué tropel viene aquí de mujeres bien vestidas, curas, militares y paisanos! Parece vienen contentos, según las risotadas que se oyen al otro extremo del salón.

PERICO. Esa que viene delante, como haciendo cabeza, la mantilla al desgaire, con los brazos caídos, el pañuelo en la mano, cuellerguida<sup>12</sup> y tan pintada, es la Soledad Fontanar. El militar que va a su lado, rechoncho y cojo, es Marchal, oficial de suizos, que ahora le hace el amor. El otro, chiquitito y gordo, es su hermano Villamayor. El cura vestido de militar es un tal Madrigal, que a todas las mujeres saluda, aunque no las conozca, y se hace de pieza siendo ochavito. Pero irte contando sus cualidades, y de los demás, será nunca acabar.

ANTONIO. Vamos, que se va haciendo tarde.

PERICO. Vamos, y entraremos a beber<sup>13</sup>.

ANTONIO. ¿Quién es aquella que te habló y, según lo que noté, os tratábais de tú?

PERICO. Una con quien dormí la otra noche.

ANTONIO. ¿Cómo dormiste con ella o por qué ella te dejó?

PERICO. Porque la di un duro y quedó tan contenta.

ANTONIO. Conque ¿para dormir con una mujer hay que dar dinero? ¿Y por qué ella no lo da siendo así que duermen con un hombre?

PERICO. Porque ellas se mantienen de eso.

ANTONIO. ¿Y no temen ir solas? Las justicias las podían llevar presas.

<sup>11</sup> sonriéndote *M* : sonriéndose *F*

<sup>12</sup> cuellerguida : cuellergui<-n>da *M* : cuellierguida *F*

<sup>13</sup> *F* omite desde aquí y retoma en Pues sigue lloviendo, vamos a un billar

PERICO. No lo creas. Antes ellas son las que las tapan y solo persiguen a las de los soldados.

ANTONIO. ¿Que hay algunas que solo se van con los soldados?

PERICO. Todas se van con quien les da dinero; pero hay muchas cochinas, feas, negras, desastradas y que huelen siempre a ensalada trasnochada, y se dan por once cuartos, y, como los soldados tienen poco pres y de aquí sacan todos sus vicios, por eso toman ese nombre.

ANTONIO. Conque ¿hay de diferentes precios? Yo creía que eran todas de duro, como la tuya.

PERICO. No lo serían si aquí hubiese, como en otras partes, lupanar público.

ANTONIO. ¿Qué es lupanar?

PERICO. Lupanar o burdel es una calle, casa, sitio o barrio donde se reúnen las de este oficio y, sin necesidad de hablar antes con ellas, vas y te diviertes a tu gusto. Aquí hay un médico de mucha fama, que llaman Luzuriaga, que ha propuesto un plan de burdel público, y tenía buenas cosas, entre ellas, que había de haber un administrador que tuviese un libro de entradas y salidas, altas y bajas, con sus retratos, edad, país y precio. Un facultativo del hospital general, con dotación competente, debía registrarlas todos los sábados indefectiblemente con la mayor escrupulosidad y, si estaban malas, pasarían al hospital de San Juan de Dios, cuyos frailes no podrían admitir en las salas del mal venéreo sino las que fuesen con certificación de este. Las prohibía usar de su empleo los viernes de Cuaresma y toda la Semana Santa. Al fin de que no se lucrasen<sup>14</sup> por fuera, la que se la encontrase en otra parte se la haría una señal en su cuerpo y se la echaría del reino. No señalaba barrio, sino casas en diferentes sitios. A este tenor seguían mil artículos de tan útil establecimiento, pues extinguirlas todas es imposible y no habría tanto muchacho lleno de gálico; pues ellas, por cobrar su peseta<sup>15</sup>, callan, aunque estén podridas. Este plan subió al ministerio y pasó a informe de don Nicasio<sup>16</sup> Álvarez de Cienfuegos, oficial de la Covachuela; pero en este tiempo persuadieron al rey que el pueblo se amotinaría creyéndolo desprecio de la religión, y la cosa se quedó así.

ANTONIO. Dices que en otra parte ha habido lupanares públicos. ¿Será en pueblos que no sean católicos?

PERICO. No lo creas: en Roma, que es residencia del santo padre, y en otras cortes como Londres, París, etc.

ANTONIO. ¿Y hay mujeres tan viles que traten de poner un joven estropeado para toda su vida? ¿No vale más que digan: “Dame el dinero, que estoy mala, y, cuando esté buena, te avisaré”?

PERICO. Muchas lo harían si no temiesen que las diesen mico.

ANTONIO. No sé qué es dar mico.

PERICO. Estar con ellas y no pagarlas. Esto lo han introducido algunos hijos de familia que encontraron el modo de hallar su gusto sin costarles blanca. Lo más sublime de este tratado es lo que se llama la táctica de Fuenlabrada.

ANTONIO. ¿Y cuál es esa?

PERICO. Esta la descubrió un oficial de Guardias Españolas llamado así y es buscar un duro que tenga un ahugero y atarle una cuerda de vihuela y entrarse con la moza en un portal o escalera llevando el otro extremo atado a un ojal. Como las diestras no hacen nada si no cobran adelantado, se la enseña el duro ocultando la cuerda y se le deja caer. Ella, que lo ha visto y oído en el suelo, no teme ser engañada y el otro la mete prisa. Concluyen y, mientras la operación, con sutileza y maña se retira la sonda, y la infeliz, no creyéndose digna de un

<sup>14</sup> lucrasen : lucracen *M : om F*

<sup>15</sup> peseta : peceta *M : om F*

<sup>16</sup> Nicasio : Nicacio *M : om F*

duro, le despide dándole gracias y se queda a buscar lo que jamás halló. Mas ya estamos en el café. Repara ese hombre que está en la puerta embozado.

ANTONIO. ¿Qué hace?

PERICO. Vende pajillas y, como es contrabando, se arrima a militares y a quien sabe no le han de hacer daño, y pregunta con voz ronca: “¿Quiere V. m. pajillas?”.

ANTONIO. ¡Magnífico salón!

PERICO. La pintura es demasiado fina para un café. Esta la hizo don Antonio Tadei, el pintor del Coliseo, por quince mil reales. La hizo tan barata porque es amigo del fondista y de aquí saca comida cuando le parece, y se compensa.

ANTONIO. El reloj es bonito.

PERICO. Luciría más si la música fuera de salterio.

ANTONIO. ¿Qué vende ese tío?

PERICO. Tarjetas de papel picado. ¿Veis ese mozo que está junto al mostrador? Pues ese vende condones. Le llaman el catalán y los da...

ANTONIO. ¿Qué son condones?

PERICO. Es una túnica de membrana muy sutil que se pone en el miembro y se puede entrar sin perjuicio con cualquier mujer, aunque esté enferma.

ANTONIO. ¡Qué invenciones!

PERICO. Mira ese caballero que está en ese rincón. Se llama don Ventura y es hermano del marqués de Villafranca.

ANTONIO. Pues ¿cómo siendo hermano de un grande de España no le acompaña nadie?

PERICO. Porque ejerce la sodomía.

ANTONIO. ¿Y qué es eso?

PERICO. Más claro: es bujarrón.

ANTONIO. Menos lo entiendo ahora.

PERICO. Que usa de los hombres en lugar de las mujeres.

ANTONIO. ¿Y por dónde?

PERICO. Por detrás.

ANTONIO. ¿Y hay muchos?

PERICO. En todas partes los hay. En Italia son frecuentes, los moros lo usan mucho y aquí no faltan. Ese lo es. También el mayordomo del arcediano de Toledo, a quien llaman don Andrés. El mismo arcediano lo hacía con este. Del conde Miranda se dice; de Castaños, que está de general en el campo de San Roque, y de otros que te iré enseñando.

ANTONIO. Pues, amigo, yo me retiro, que es tarde y me echarán una peluca.

PERICO. Hasta mañana.

ANTONIO. ¿Dónde nos veremos?

PERICO. En el café de San Luis, que es ahí, en la calle de la Montera.

ANTONIO. Ya sé, que he visto mucha gente parada.

PERICO. Conque, adiós.

ANTONIO. Adiós.

#### TARDE 2ª

PERICO. ¡Hola! No te aguarda[ba] yo tan pronto.

ANTONIO. Como llovía, no hemos tenido ejercicio que se mandó ayer en la orden; ¿y qué tal lo has pasado?

PERICO. Bien, pero tengo un esplín del diablo y no sé la causa, pues, aunque dicen que un joven nunca está triste si no le deja la moza o no tiene dinero, yo no obsequio a nadie ni me falta un duro en el bolsillo.

ANTONIO. ¡Dichoso tú, que a mí todo me falta!

PERICO. Dinero ya supongo no lo tendrás, mas, por ventura, ¿estás enamorado?

ANTONIO. ¡Caramba si lo estoy! Mas lo peor es que no sé decirle a una mujer “buenos ojos tienes”. Yo conozco que tú sabes mucho.

PERICO. Yo no sé nada, pero he corrido la tuna y no se me ha olvidado el modo de tratar a las hembras. Dime tu pena y veré si puedo darte alivio.

ANTONIO. Anoche, cuando te dejé y llegué a mi casa, encontré a mi madre enfadada, y me preguntó de dónde venía después de anoche. Le respondí, sin alterarme, que de casa de doña Bernarda, quien no me dejó salir sin merendar. Esta mañana fui a prevenir a esta señora, no fuese el demonio que lo negase y me cogiese en el garlito. Es viuda de un empleado en los correos, no sé de qué, y tiene una hija llamada Juanita y tan bonita que estoy con más gusto a su lado que en cualquiera función. Yo no la he dicho nunca nada ni ella a mí tampoco, pero, cuando hay una silla desocupada junto a mí, siempre se sienta allí; me mira a hurtadillas de su madre, y yo hago lo mismo, y no cesa de alabar todo lo mío: “Mamá, mire V. m. qué presilla tan bonita trae Antoñito; qué plumero tan gracioso”. Hoy han estado alabando el sable.

PERICO. Las mujeres todo lo aplauden como si lo entendieran y, llevándose de la exterioridad, concluyen: “Seguramente es muy precioso”<sup>17</sup>. Prosigue.

ANTONIO. Cansado de andar así, he tratado de decirle claramente que la quiero, a cuyo fin traigo una carta en que la esplico mi cariño, y no se la he dado hasta que tú la veas.

PERICO. ¿Tú no has hablado nunca con ninguna mujer a solas?

ANTONIO. Antes teníamos en casa una criada muy gorda y a mí me gustaba pasarle la mano por el brazo y tentarla, y ella, enfadada, decía: “Señorito, eso no se hace”; “señorito, las manos quietas y secas, y la lengua ande”; “señorito, se lo tengo de decir a señora madre”. Luego se marchó diciendo que, por mor de ser yo tan malo, se marchaba de una casa tan cristiana y tan buena. Luego vino otra muy fea y todos los días me preguntaba que si enredaba mucho y que tenía los ojos muy pícaros. Me alababa el uniforme y decía:

– ¿Qué ponen en el botón?

– ¿No sabes leer?

– Conozco algunas letras.

– ¿Cómo se llama esta?

Y, al irlo a ver, le echaba la mano por la espalda y ella continuaba:

– Antoñito, ¿por qué es V. m. tan malo? ¿Quién le ha enseñado a V. m. todo eso?

– ¿Me das un beso?

– ¡Y que luego lo vaya V. m. a hablar entre sus compañeros!

– No tengas cuidado: no lo sabrá nadie.

Me lo dio y seguimos besándonos y abrazándonos, y, cuando se quedaba dormida, la metía la mano por debajo de las faldas y yo creo que, aunque despertaba, hacía que no lo sentía. Un día la estaba tentando los pechos y mi padre nos pilló, y, dándome un bofetón que me acordaré toda mi vida, a ella la echaron llamándola bribona.

PERICO. Vamos, que no eres tan inocente como yo creía; pero vamos a ver lo que dices a Juanita:

Mi estimada señora doña Juanita:

<sup>17</sup> precioso : presioso *M : om F*

Me alegraré que, al recibo de esta, se halle V. m. con la más perfecta salud, que yo para mí deseo, en compañía de sus señores padres y tíos. En mi casa no la hay, a Dios gracias. Esta solo sirve para decirle a V. m. cómo estoy muy gustoso a su lado de V. m., más que en ninguna parte, principalmente cuando me quedo a comer allá; pues, si no trinchaba porque no sabía, a lo menos bien la hacía a V. m. plato de las cosas blandas, como natillas, ensalada, etc. Bien creo que me entenderá V. m. Y con esto, y dando mis finas expresiones a sus señores padres y tíos, y a todas las demás personas de su cariño, vea en lo que puede servirle su más atento y seguro servidor, que sus pies besa.

Antonio Peralta

ANTONIO. ¿De qué te ríes?

PERICO. En primer lugar, de que escribes la carta como se enseña en las escuelas, que todas son lo mismo, y, en segundo, que ¿qué tienen las natillas que ver con tu amor?

ANTONIO. También la digo que lo hago con gusto mío.

PERICO. Tampoco lo entenderá. Las mujeres quieren sencillez, laconismo y claridad.

ANTONIO. Si yo hubiera leído un libro que dicen se titula *Formulario de cartas...*

PERICO. Tampoco te serviría porque, sobre poco más o menos, dicen lo mismo.

ANTONIO. Pues ¿qué he de hacer?

PERICO. Si quieres darle una que yo había de haber dado y no he podido por frustrarse la ocasión, no hay inconveniente, pues no lleva ni su nombre ni mi firma.

ANTONIO. Entonces, ¿no sabrá de quién es? Pero a fe que puedo poner la mía.

PERICO. No lo hagas. Estas cartas van anónimas por esta razón. Si ella es coqueta o pillita, puede enseñarlas a sus amigas y divertirse con ella a tu costa. Si es tonta, se la puede estraviar y, preguntando por ella, imponerse todos de lo que no es menester; y, si es prudente y discreta, sabiendo con quién trata, la espones a que tenga qué sentir.

ANTONIO. Tienes razón. Voy a leer la tuya.

Desde el momento que la vi, que no la puedo olvidar. Su fisonomía está impresa en mi corazón, pero me considero infeliz si no tengo contestación. Solo quiero una respuesta ingenua. Solo exijo saber si su corazón está libre y, si por dicha mía puedo cobrar la esperanza de ser correspondido, en mí encontrará la hermosa que adoro un verdadero amante.

ANTONIO. El modo de concluir me parece muy frío.

PERICO. Si fuera verdad, es lo que todas buscan.

ANTONIO. ¿Y qué hacemos hoy?

PERICO. Pues sigue lloviendo, vámonos a un billar.

ANTONIO. Deseo aprender, que dicen es el juego más bonito y señorito.

PERICO. Pero estarán todos ocupados y los buenos están lejos: al<sup>18</sup> de la Corredera van los guardias; al del Prado hay jugadores de fama y con partido hecho; al de la calle de la Cruz va mucha pillería; el<sup>19</sup> [de] Barrionuevo es oscuro; al<sup>20</sup> de Levante habrá un gentío tremendo; el del Príncipe se abre solo de noche. Mas, para pasar el rato, cualquiera es bueno. Vamos al de la Soledad.

ANTONIO. ¿Quién es este de la peluca rubia, que, cuando entré, estaba a la puerta del café y ahora también?

<sup>18</sup> al F: El M

<sup>19</sup> el: al MF

<sup>20</sup> al F: El M

PERICO. Ese es un poeta llamado Salas, tan indecente en sus composiciones que no se le puede oír. Su filosofía la funda en ir cochino; no habla una palabra que no sea una desvergüenza.

ANTONIO. Yo le he oído nombrar, y dicen que es muy gracioso y que ha compuesto coplas a las torres de Madrid.

PERICO. Ese es otro: capellán de las recogidas de la calle de San Antón. Hombre seguramente gracioso, muy satírico, exelente<sup>21</sup> repentista y casto en sus modales. Ha compuesto cosas muy preciosas, entre ellas, la definición de la calle de San Antón, donde él vive, en una décima sin un verbo, y otra infinidad de quintillas y cuartetos<sup>22</sup> que hace al cabo del día.

ANTONIO. Dime la décima.

PERICO. Deja a ver si me acuerdo.



Perros, borricos y machos,  
viejas horribles y eternas,  
bodegoncillos, tabernas  
y cagadas de muchachos,  
gran número de borrachos,  
juramentos y disputas,  
cáscaras de varias frutas,  
rabaneras y cabreros,  
muchos chiquillos en cueros  
e infinidades de putas.

ANTONIO. Pues el agua va apretando.

PERICO. ¿Y cuánto te ha costado el sable?

ANTONIO. No sé, mi padre me lo ha comprado. Si no estuviésemos en la calle, te lo enseñaría.

PERICO. Muchos dicen que es feo que los militares anden sacando el sable en la calle, pero el primero que lo dice es el primero que lo hace.

ANTONIO. ¿Y si se moja?

PERICO. Entremos en este portal.

ANTONIO. Tiene dos letreros. En el uno dice "No me saques sin razón" y en el otro, "No me envaines sin honor".

PERICO. Estos renglones son superfluos, pues un militar nunca saca sin razón el sable ni lo mete sin honor.

ANTONIO. ¿Cómo?

PERICO. Escucha. Si vas a cruzar una calle y viene un coche corriendo, contra todas las órdenes, por ser de un señor poderoso, aunque te grite que te apartes, no lo hagas, pues debe pararse y aguardarse todo el tiempo que a ti te dé la gana; y, no haciéndolo, ya tienes razón para tirar el sable y darle un par de trastazos<sup>23</sup> al cochero, que él no dejará de galopar si lo emplumaran y, además, que tus muñecas no harán mucha impresión en las espaldas de un gallego; y queda con honor. Si al parar por la acera viene una recua de yesero y un burro se te echa encima, ya tienes razón para sacar la charrancla<sup>24</sup> y empezar con el arriero a trastazo; y, si él te espone que no tiene culpa, pues el asno se metió por medio contra las leyes de buena crianza, tú le replicas: "¿V. m. me insulta?", y le das otro linterazo para quedar con honor. Si al pasar por una calle estrecha viene una polvareda espesa de carbón que te deja la casaca de

<sup>21</sup> exelente M : excelente F

<sup>22</sup> y cuartetos F : <\y cuartetos> M

<sup>23</sup> trastazos F : trastasos M

<sup>24</sup> charrancla M : charrancla F

mezcla, tienes demasiada razón para empezar a golpes con los conductores de aquellos efectos; pues, aunque esto pende de la mala policía, si tú la hubieras de hacer buena de ese modo, tenías que empezar con Marquina y acabar con el último soldado de la ronda de que es cabo Santos Redaño.

ANTONIO. ¿Y si alguna vez encuentro con quien pueda más que yo?

PERICO. Siempre hay medio de quedar con honor. Suponte que estás en casa de una puta y tratas de dormir aquella noche con ella, mas a la hora entra uno, preguntas quién es y ella dice es un hermano o primo, que te vayas o vuelvas. Tú no te satisfaces y, tomando el sable, le examinas diciendo: “¿Qué se le ofrece a V. m. en este cuarto, amigo?”, y él, sin temerte, responde: “Echarle a V. m. a puntillones”, y va a la alcoba a buscar un garrote; pero sin aguardar este cumplimiento echas a correr y llegas a un corro de compañeros y cuentas el lance en otros términos, añadiendo que, si no hubiera sido por perderte, lo pasas, porque tienes un genio que en semejantes casos te ciega, y quedas con honor.

ANTONIO. Ya podemos ir al billar.

PERICO. Poco podemos estar, pues va anochecer y tú tienes que retirarte.

ANTONIO. Quiero que me des a leer algunas cosas. Si son versos, mejor.

PERICO. Bien, registraré mi cajón.

ANTONIO. He oído celebrar mucho una obra que llaman el *Eusebio*.

PERICO. A mí no me gusta porque no cumple lo que propone. Los principios de educación son excelentes, pero la trama está llena de inverisimilitudes. Deja una casa en Sevilla pagada por tres años y hace tres viajes a Filadelfia como si estuviese detrás de la puerta para que allí le encontrasen<sup>25</sup> el contrabando, allí lo prendiesen y sucediesen mil anécdotas que al autor le parecen. La muerte de Ardil, muy repentina<sup>26</sup>. El viejo pastor que cuenta su nacimiento, traído por los cabellos. Las gracias del esclavo para mí no lo son. Al principio de ella pone una nota que viene a decir: “Católicos, seguid vuestra religión, que es la verdadera, y no os metáis en más”; pero Montengón nos deja a Eusebio en la Pensilvania sin decir qué secta o religión siguió, sin embargo de que el tío le dijo que la católica. Se conoce que tuvo miedo y así es que le prohibieron la primera parte al instante. Por eso Tójar, cuando tradujo las *Cartas de Eloísa* en Salamanca, envió ejemplares a todas las provincias, de modo que, cuando el Tribunal las prohibió, hasta los niños sabían de memoria “En este silencioso y triste albergue, etc.”.

ANTONIO. A mí me gustan mucho las novelas y he leído algunas, como son las de doña María de Zayas, *Voz de la naturaleza*, *Los viajes del capitán Gulliver*, *Wanton o el país de las monas*, el *Quijote*, la *Matilde* ¡y qué sé yo cuántas!

PERICO. No sirve que las leas, sino que las entiendas. De esas que has nombrado, las dos primeras no valen nada. Conozco te habrás leído con los hombres de siete pulgadas y los fieros brondignangenses, pero es una crítica demasiado oculta de la Escocia, aunque le toca generalmente a todas las naciones, así como *Wanton* es de las provincias de España. Sobre todas, la mejor es el *Quijote* de Cervantes. En ella se ve el verdadero lenguaje español; las gracias y dichos picantes sin ofender los oídos; el objeto de desterrar los libros de caballería conseguido, y, por último, es una obra alabada y admitida con admiración en todas partes del orbe. No hay nación que no la tenga contándose una porción de sucesos en honor suyo. Muchas le han querido imitar sin que nadie le haya alcanzado a la suela del zapato, aunque el que más se aproximó fue el padre Isla. El *Quijote de la Cantabria* sería gracioso si el primero no se hubiera dado a luz. El *Quijote* de Avellaneda, que es tan criticado de Cervantes en su segunda parte, es tan indecente que no se puede leer y, si no, ¡cuán diferentes es el paso del uno al otro! “La moza – Maritornes – le dio palabra de que, en durmiéndose el amo, iría a voyar [sic] con él una buena pieza”. Y Avellaneda, en boca del escudero: “¿No es ella – la cómica – la que me dijo

<sup>25</sup> encontrasen F : contrasen M

<sup>26</sup> La muerte de Ardil, muy repentina F : <\La muerte de Ardil, muy repentina> M

que, si quería dormir con ella esta noche en la caballeriza, la diese un real de a ocho?”. No por eso deja de tener el de Cervantes bastantes defectos, pero se ha de considerar que lo hizo en una cárcel, que no le pulió y que, al cabo de diez años de escribir la primera parte, dio a luz la segunda. Ahora poco salió el *Anti-Quijote*, por don José Pérez de Setabiense. Cualquiera que oiga el título creará<sup>27</sup> que es enteramente opuesto a él, mas entra diciendo en su prólogo: “No es mi ánimo criticar el *Quijote*”. Con efecto, no hace más que repetir lo que dijo Mayans, el Blain y la Academia Española. De las novelas menos malas son la *Carolina de Litfiel*, aunque tiene algunas inverosimilitudes; la *Matilde o el subterráneo*, que también han mezclado fábulas con algunos hechos verdaderos; la *Pamela Andrews*, bastante pesada — se la podrían quitar los últimos tomos —; la *Clara Arlowe*, que es pesadísima al principio y muy interesante al fin. No son malas las *Lecturas útiles y entretenidas* de Monroy, *Alejo o la casita en el bosque* y otras muchas. Ya estamos en el billar.

ANTONIO. ¡Cuánta gente!

PERICO. Parece que juegan guerra, según la bulla.

ANTONIO. ¿Qué es guerra?

PERICO. La guerra la juegan entre doce por no haber más bolas, y las hay de diferentes clases: a la más larga, a la más corta, a la francesa, con dos bolas, o a la rusa, o del fraile, en pirámide y a la bilbaína, que no hay ventas ni pujas.

ANTONIO. Allí hay uno que dice: “Está virgo”. ¿Qué significa<sup>28</sup> eso?

PERICO. Haber una bola que no ha perdido raya. Esta palabra se ha adquirido por la costumbre, aunque es indecente.

ANTONIO. Querido jugar todos, ¿habrá muchas riñas?

PERICO. Observando las órdenes del gobierno, no debe haberlas. Cualquiera que llega el primero es dueño de la mesa y, si juega el mozo, aunque sea partido de grande interés, tiene que dejarlo. Los partidos son preferibles a las mesas o para la casa; de estos, los de dinero depositado<sup>29</sup> a los de boca y a todo la guerra, advirtiendo que los chapós son preferibles a partido de dos, aunque se atravesase más en este, pero nunca lo será siendo el número de jugadores igual al del chapó. Partido de tres con dinero depositado es preferible a cualquiera otro partido por ser guerra, pero ha de ser jugando cada uno para sí.

ANTONIO. ¿En este juego no se harán trampas?

PERICO. Muchísimas, y ahí están haciendo una que no todos lo han comprendido, y es de dos que el uno juega mucho y el otro no juega nada. Este tira detrás del otro y se han concertado<sup>30</sup> que no le venda, sino le tire siempre a cabaña, por lo que los demás se van matando uno a otro has que queda el jugador solo con otro infeliz que lo mata cuando quiere, y entonces le da el suyo a su valedor. Escucha la conversación que tienen estos del lado. Yo conozco al uno, que es un trucha que se mantiene del juego, y le dice al otro que le dará diez tantos y que juegue por tabla, que es muy difícil, a cuyo fin ha estado tanteándola<sup>31</sup> toda la tarde. Ya parece que se han convenido para el otro día, y ten cuidado cómo le da el truhan un duro al mozo para que afloje las barandas antes de venir al desafío, con lo que queda destruido el cálculo del otro. Repara, el mozo, ínterin menea el bulto o bolsa, cómo dice no se permite apuntar al punto, y mientras hace tiempo para que se hagan las apuestas por debajo de cuerda — pues él saca también su parte — porque está allí un alguacil que aguarda un renuncio para pillar la peseta del soplo. Ya creo que no quieren echar la guerra. Mira, este ha apostado con aquel a qué mano caerá primero y un jugador que es su amigo no tira palos como no sea por aquel lado. Los otros que están en el rincón han apostado cuatro duros a cada mesa: el uno es amigo

<sup>27</sup> creará F : crerá M

<sup>28</sup> significa M : significa F

<sup>29</sup> depositado F : de<??>+posi>tado M

<sup>30</sup> concertado F : consertado M

<sup>31</sup> tanteándola M : tandeándola F

del que sabe más y fingen no se conocen, pues han de partir las ganancias; su compañero va por el contrario y el otro se tira a perder, pues le importa poco perder cuatro cuartos de mesa ganando un par de duros por otro lado.

ANTONIO. ¿Cuánto vale cada mesa?

PERICO. La policía las arregla según el precio del aceite, aumentando cuando es por horas.

ANTONIO. ¿Qué es jugar por horas?

PERICO. Dar un tanto por cada una, sea el número de mesas que fuere. Esto tiene cuenta a los jugadores porque casi siempre hacen golpe y emplean muchas mesas, pero en nada conviene a los chambones.

ANTONIO. Entonces los dueños de las mesas no dejarán jugar sino a los que no sepan, y siempre por horas.

PERICO. Si en ellos consistiera, bien lo harían, pero, como el juego es público, no pueden impedir a nadie como no sean los que prohíbe el gobierno, y son jóvenes de corta de edad, vagos y artesanos como no sea en el día de fiesta; y el jugar por horas o por mesas es a arbitrio de los jugadores y, si algún mozo se ha opuesto, ha salido con la cabeza rota.

ANTONIO. Vámonos...

PERICO. Vamos, que ya han dado las oraciones<sup>32</sup>.

ANTONIO. Veremos si puedo dar la carta a Juanita.

PERICO. Me alegraré que salga a medida de tu deseo.

ANTONIO. ¡Ojalá!

PERICO. Te advierto no te fíes de criados, que son de la mala ralea.

ANTONIO. Es que tiene allí una que ha servido de niñera y se quieren mucho.

PERICO. No importa: estas son amigas de sus amas o por curiosidad o por tener la vanagloria de que se acuerdan de ellas o, lo que es más común, porque las tapen. A lo mejor las venden quedándose tan frescas.

ANTONIO. Ya lo compondremos. Adiós.

PERICO. ¡Divertirse!

ANTONIO. ¿Mañana, en el mismo sitio?

PERICO. Sí... Adiós.

ANTONIO. Adiós.

#### TARDE 3ª

ANTONIO. ¡Qué cansado vengo!

PERICO. Pues ¿qué ha habido?

ANTONIO. Ya te contaré.

PERICO. Que traigan copas, que también tengo yo un humor endemoniado.

ANTONIO. Pues ¿qué te ha sucedido?

PERICO. Que he perdido veintiséis duros y no sé cómo no me doy contra una esquina.

ANTONIO. Conque ¿también juegas?

PERICO. Pues, si no fuera por eso, ¿cómo había de comer y mantener a mi madre con nueve reales?

ANTONIO. Otra vez ganarás, conque váyanse las duras por las maduras.

PERICO. Tienes razón. Cuéntame cómo te ha ido.

<sup>32</sup> F omite desde aquí y retoma en ¡Qué cansado vengo!

ANTONIO. Pues, amigo, entré en casa y estaba allí Juanita con su madre. La mía le preguntó si yo había estado el día de antes; la cabeza me dolía de hacerla señas que dijera que sí... Por fin salimos de aquel apuro, me senté junto a ella y a un descuido le enseñé el papel; me entendió y, al marcharse, dejó caer el pañuelo, donde metí la carta, y se lo di arrebujado. Esta mañana fui a verla y me salió a abrir la niñera, quien, dándome la respuesta, me dijo: "Tome V. m. esto que me han dado para V. m. No me puedo detener, que nos vamos a misa a los Basilio". Fue tanto mi gozo que la advertí no se diera por entendida de haber yo estado y me marché sin entrar, y en el portal me la leí dos veces de cabo a rabo, deseando llegase la hora para enseñártela.

PERICO. ¿Y has ido a los Basilio?

ANTONIO. ¿A qué?

PERICO. Pues, hombre, ¿no conocías que eso te lo decían para que supieses dónde iban? Es menester comprender que cuanto dice una mujer lleva dos sentidos. Tú debías haber ido allá y haberte aguardado a que llegasen para levantar la cortina y dar agua primero a la madre, y, cuando llegases a ella, encorvar un poco los dedos, que, si hiciera lo mismo, os quedabais enlazados; ponerte en un rincón o junto a un confesionario de suerte que ni estuvieses delante, porque sería conocido que anduvieras volviendo la cabeza; tampoco detrás, porque sucedería respecto de ella lo mismo, sino a un lado, de modo que, mirando los dos de reojo, se encontrasen vuestras miradas. Al concluirse la misa, como es regular tenga rosario, libro o pañuelo en la mano y con la otra tenga qué apoyarse, la agarrarás por debajo del sobaco, estirando el dedo de corazón por si llega a las manilas. Al salir, repetir la operación y quedarte a la puerta hasta que se pierda de vista.

ANTONIO. ¿Y qué hago yo allí parado?

PERICO. Decir cosas a la gente que va saliendo. Si es moza, la dices: "¿Cuánto tiempo hace que me muero por ese cuerpo!"; a otra: "¿Qué ojos tan divinos tiene V. m.!" ; si es vieja: "Abuela, hoy, como es domingo, no hay escuela", y otras ocurrencias semejantes.

ANTONIO. ¿Y qué se adelanta con eso?

PERICO. Primero, prepararte<sup>33</sup> a nueva conquista por si falta la primera, que, a más moros, más ganancias. Mas veamos lo que te dice:

No soy tan necia que me vanaglorie de hermosa, pero tal cual sea, me tengo por dichosa en haberle agradado. Si V. m. es constante, en mí hallará una roca. No puedo creerlo: ¡todos los hombres son ingratos! Cuando V. m. quiera volverme a participar algo, entréguelo V. m. a la Mariquita: es muchacha que se puede encargar cualquiera secreto. Mañana hay baile en casa de doña Mariquita. No deje V. m. de ir y hablaremos. Como no ha tenido la política de firmarse, yo me desquito de esta manera.

ANTONIO. ¿Ves cómo se queja de que no me firmo?

PERICO. No le hace otra vez: pon las iniciales de tu nombre y apellido.

ANTONIO. Dice que todos los hombres son ingratos. Luego ¿ella ha tratado con muchos?

PERICO. No juraré yo en contrario, pero esa es una fórmula general de que ellas usan mucho para atraer a las que no las conocen. A esa contestan los hombres: "No hay regla sin excepción".

ANTONIO. Lo que siento es que me cite a un baile, pues en mi vida las he visto más gordas.

PERICO. ¿Y crees<sup>34</sup> que todos los que bailan saben? Si alguno dice que ha aprendido la escuela francesa es porque sabe la gavota y los rigodones, que se llaman así porque el que la sacó fue un tal Rigodón, y así se las conoce, aunque sean de Vestris, Loli, Espinosa, etc. Estas

<sup>33</sup> prepararte F : </p>repararte M

<sup>34</sup> crees F : cres M

son muy bonitas y se bailan entre ocho formando cuadro; el paso es vivo y difícil, y las figuras son adecuadas a la música.

ANTONIO. ¿Qué tal para que yo me ponga?

PERICO. A estas no sacan los bastoneros sino a quien sabe. Tú bailarás contradanzas inglesas, que son fáciles. El paso lo haces levantando un pie y después otro alternativamente y, si lo haces como los gallegos cuando cantan el "Válame Nostra Señora", no importa, que otros harán otro tanto. Las figuras, ya se sabe que la segunda parte es de ordenanza su paseo y cedazos, y la primera, cuatro compases<sup>35</sup> y media cadena, salida o barrilete, cruz, esquinas u otra friolera semejante. Ten cuenta con lo que hace el que la pone y tú saldrás adelante.

ANTONIO. ¿Y si me toca el ponerla?

PERICO. Haces como que vas a poner una figura muy difícil y adviertes a tu compañera que no quieres ponerla por varios motivos que te asisten, que ella, por curiosidad o cumplimiento, accederá y la llevas a lo último o donde te parezca. Antes dile al de tu izquierda que la ponga; habrá aquello de: "Permítame V. m.... suplico a V. m., etc.". Pero<sup>36</sup> tú no contestes más que largarte de allí; y, si la señora es tan imprudente como muchas que desea saber la causa, di claro que no sabes bailar.

ANTONIO. ¿Y si antes de concluir esa pantomima principia la música?

PERICO. No sucederá, pues el bastonero que hace de ayudante de semana vendrá a tomar la orden para que rompa la orquesta.

ANTONIO. El caso es de que, si bailo, pierdo este tiempo de hablar con Juanita.

PERICO. Baila con ella y te estás hablando toda la contradanza.

ANTONIO. ¡Pues qué! ¿Se puede hablar bailando?

PERICO. Es donde mejor se hacen las conquistas. Los cedazos es la figura más a propósito. Esta se hace echándose los brazos por las espaldas uno a otro, y el que no sabe bailar lo hace tan a lo vivo que se agarra como el volatinero en la cuerda floja, de suerte que abraza con ella como no sea viuda o casada delante de su marido celoso, que entonces tiene buen cuidado de ponerte su mano y guante sobre el hombro para que no te aproximes; pero con Juanita podrás acercarte a su oreja a decirla reservadamente cuanto quieras.

ANTONIO. ¡Lo notarán!

PERICO. No importa. El golpe es que todos se impongan de lo que tratas.

ANTONIO. Pues, si se han de imponer, ¿para qué me tengo que arrimar tanto?

PERICO. Porque al descuido puedes espetar un beso.

ANTONIO. ¿Y si lo ven?

PERICO. No podrán jurarlo porque esta operación se ha de hacer a lo último de la contradanza, en que la música va echando demonios; y, como el beso no es más que arrimar tus labios al pelo, a la oreja, al pañuelo o al pesenero<sup>37</sup> o donde alcance, y desplegarlos por aquella superficie, adivina quién te dio.

ANTONIO. Y, si lo hago, ¿no se enfadará ella?

PERICO. Bueno es hacerlo con quien haya confianza porque, si no, te espones a que te diga que, como lo vuelvas a hacer, te ha de dar un bofetón, y no es malo escusar este cumplimiento.

ANTONIO. Juanita ha tenido maestro y para las contradanzas ha ido en casa de Perejil y de Molina.

PERICO. Por la carta conozco que es señorita del gran tono y por tus espresiones comprendo que lo entiende. Esas casas son exelentes<sup>38</sup> para uno de nosotros. Allí entran de todas

<sup>35</sup> compases *F* : compases *M*

<sup>36</sup> «Permítame V. m.... suplico a V. m., etc.». Pero : «Pe</r> <\mítame V. m.... suplico a V. m., etc.». Pe>ro *M* : «Permítame V. m.... suplico a V. m. ». Pero *F*

<sup>37</sup> pesenero *M* : pescuezo *F*

<sup>38</sup> exelentes *M* : excelentes *F*

clases, aunque la mayor parte son cómicas, que todas tienen cortejo y la que no lo tiene lo tiene a menos; y no es malo el que vayan allá todas las niñas de Madrid para que se suelten y, si quieren hablar con alguno, van con la criada y el amante donde se les antoja el tiempo preciso<sup>39</sup> que puede durar la instrucción, esto es si no está cerca la casa, que van solas. Muchos quieren que las señoritas aprendan con maestro en su casa delante de sus padres y que para las figuras de contradanza llamen a las criadas o amigas, pero este es un disparate porque no adquieren aquella soltura de miembros que en estas escuelas se aprende.

ANTONIO. ¿Me has traído los papeles?

PERICO. Sí, ya se me había olvidado dártelos: toma.

ANTONIO. ¡Jesús! ¡Cuánto!

PERICO. Ve tomando. Esas son las famosas *Cartas de Abelardo y Elosía*.

ANTONIO. ¿Es este el retrato de ella?

PERICO. Así dicen.

ANTONIO. Creo que es mentira que haya habido tales sujetos.

PERICO. ¿No consta que san Bernardo le dio a él la comunión?

ANTONIO. ¿Y este librito?

PERICO. Es un libro de cuentos sacado de Voltaire, Rousseau<sup>40</sup>, Bocacio<sup>41</sup> y otros. Los tienen muy graciosos.

ANTONIO. Voy a ver cómo principia:

Revista de lenguas y literaturas  
ibéricas y la

Voy a contaros un cuento  
que una vieja me contó:  
la primera vez que yo  
con vieja me vi contento, etc.

PERICO. Esta es una oda que compuso el célebre Pirón intitulada *Invocación a Príapo, dios de la lujuria*, traducida por un primo de Cevallos, el ministro de Estado.

ANTONIO. Esta es comedia.

PERICO. Sí, y famosa. Se intitula *Vasta, reina de Sodiela*, también de Pirón. Lee, aunque no sea más que el paso de cuando sale un soldado a dar parte a la reina de que el ejército enemigo entraba en la ciudad<sup>42</sup>.

ANTONIO. ¿Dónde es?

PERICO. Aquí. Lee un poco alto:

[ANTONIO.]

¿Dónde vas, señora?  
No pases de estos muros, que están llenos  
de varios jodedores y jodidos.  
El aire que resuena con sus ecos  
de Pollatiesa anuncia la venida  
y, para presentarse en este puesto  
con un indigno aparato, a todo coño  
le declara la guerra a sangre y fuego.  
Forman los carmelitas sus corchetes,  
faldas en cinta y el carajo tieso:  
han jodido la guardia y los alevés  
dicen que han de joder al universo, etc.

<sup>39</sup> preciso F : presiso M

<sup>40</sup> Rousseau M : Rousseau F

<sup>41</sup> Bocacio F : Bocasio M

<sup>42</sup> F omite desde aquí y retoma en Eso no vale nada

En casa lo leeré todo a escondidas de mi madre, que no quiere que lea más que el *Año cristiano*, el padre Fleury y fray Luis de Granada.

PERICO. Estas son *Las intrigas de los frailes*, también excelente. Ahí tiene un diálogo entre el militar y el fraile que le dice aquel a este para desengañarlo:

De un fraile a un buen religioso  
hay un camino largo y espacioso.

ANTONIO. ¿Y estos?

[PERICO.] Es la *Galicodia* de Valdivieso.

[ANTONIO.] ¿Y estas coplas?

PERICO. ¿Cómo dicen?

ANTONIO. ¡Carajo, señorita,  
y qué encargo me hiciste!  
Sin duda conociste  
que te quería joder, etc.

PERICO. Eso no vale nada. Es una letrilla que compuso un tal Pisoni a la Bernardita Vega del Pozo en El Escorial. Este es el soberbio *Arte de putear*, de Nicolás Fernández de Moratín, tío de don Leandro; es larguísimo, pues tiene tres cantos. En él te pone todas las putas que había en Madrid en su tiempo<sup>43</sup> y te dice cómo fue inventado el condón; y, para que veas en todas partes hay, escucha estos versos suyos:

Luego los sutilísimos ingleses  
a membrana sutil lo han reducido,  
que las almendras le conservan fresco  
con el aceite que destilan dulce;  
y las putas de Londres son multadas  
si no presentan bandejas de condones.  
En Mompeller se venden a paquetes,  
y en las tiendas de Pérez y Geniani,  
si los pagares bien y con secreto.

ANTONIO. Oyes, ¿qué quiere decir aquel verso de la comedia que *Vasta* que dice: “Forman los carmelitas sus corchetes”?

PERICO. Que los frailes carmelitas, que era la infantería ligera que llevaba Pollatiesa, habían hecho ya la evolución de ponerse los hábitos en la cintura, sujetos con sus corchetes.

ANTONIO. ¿Y esto?

PERICO. Esos son papeles sueltos, sonetos, décimas, ovillejos, redondillas, etc.

ANTONIO. De parto estaba y penoso  
la buena mujer de Lucas

Vengan de la Asia furimundos moros  
y de san Diego frailes bien cebados

Diga hermano: ¿qué oficio tiene?

En tanto que su madre en misa estaba  
si a su amado Manuel se lo daría

<sup>43</sup> F omite desde aquí y retoma en Vamos al paseo, pues ya es hora

## Siglo de Oro

Un día con Perico riñó Juana

Señor don Juan, quedito, que me enfado

## Cuento

En casa de un labrador  
vivían Blas y Lorenza,  
pero él tenía vergüenza  
y ella tenía pudor.  
A la aurora en el corral

Ya que me voy, mujer mía,  
¡Qué dulce es la sustancia del ciruelo!

Sin duda que ya está bueno,  
pues que ya se ha reventado

PERICO. Déjate de andar saltando versos.

ANTONIO. No me lo acabo de leer en tres días. ¿Cómo has venido cargado con todo esto?

PERICO. Pues tan distraído estaba con la conversación del baile que no me acordaba que traía ese peso.

ANTONIO. Te los volveré así que los concluya.

PERICO. Vamos al paseo, pues ya es hora.

ANTONIO. Vamos. Dime qué son alcahuetas, pues, aunque sé lo que es ser alcahuete, pero no entiendo...

PERICO. Estas son unas mujeres que regularmente son viejas y en su tiempo fueron putas. Se entretienen en llevar a su casa las nuevas donde concurre todo el que quiere. Yo no las trato porque es la canalla peor que hay. Si la das a la moza cuarenta, la piden treinta; si das a una veinte y a otra otros veinte, la exigen diez para que siempre resulte treinta.

ANTONIO. ¿Y hay muchas?

PERICO. Un enjambre inmenso, más que abogados en el Colegio, y así como ellos las hay de fama, de guardilla, de casas grandes, principiantes, etc. Ahí, en la calle de Hortaleza, vive la señora Vicenta; en la calle de Valverde, la señora Teresa; en la calle de San Juan hay dos; otra, en la calle de Ita; otra en la calle del Gobernador, y, por último, en cada casa y en cada barrio hay una infinidad. Estas son las que yo conozco de vista, pues me incomodan, y además la Dientes y la Zenona; todas admiten "doña" o "señora". Esta última es la más nombrada. Vivía en la calle del Caballero de Gracia. Esta tal llegó a tener tanta fama que la temían. En diciendo: "Yo quiero a fulana", como ella, su palabra: no había remedio. Pero era de las más caras: una buena moza no te bajaba de seis duros. Este fue el motivo de su caída. Un guardia de corps la ofreció doce duros si le traía a fulana, que era una señorita decente, que no nombro, la cual estaba doncella, hija de buenos padres. Fíngese bordadora y se introduce en la casa. Tuvo alguna satisfacción y un día dijo tenía unos dibujos para que los viese la señorita, pero que se le habían olvidado, y, si su madre no tenía inconveniente, la llevaría a su casa. Consintió y justamente era un domingo que habían citado al guardia. Empiezan a seducirla: promesas, juramentos... Nada bastó a convencerla. Por último, el caballerito aumentó un doble la paga. Ella era hermosa y entre él, ella y otra puta, la abrieron en canal, dejándola estropeada. Como

loca, derramando sangre, busca a su madre y la cuenta lo que la ha sucedido. Ni los ruegos ni los perdones de los otros sirvieron. Su madre con el mayor sigilo dio parte y, sin embargo que se mudó a la calle de San Pedro y San Pablo, no se libró de las garras de los alguaciles, que con ocho pollitas llevaron la clueca a la galera para *internum*. Fue un sentimiento general, pues allí iban consejeros, grandes, etc. Un día fue un togado a desahogar su naturaleza y doña Zenona le dijo tenía una señorita muy decente, que la daba rubor presentarse y que estaba en un cuarto inmediato. Va él a entrar y se encuentra una hija suya. La sorpresa fue igual: cerró su puerta; ni él preguntó jamás ni ella se dio por entendida. Para que no pierda nadie, fue, según creo, aunque no lo aseguro, una hija de Parayuelos.

ANTONIO. No quisiera llegar al Prado con el envoltorio de papeles, pues, sin embargo que los llevo liados en el pañuelo, parezco un escribano.

PERICO. Pues aún no te he traído otras dos comedias que se titulan *El conde de Cominges* y la *Eufemia*. ¡Ah, procura que no te los vean porque están prohibidos!

ANTONIO. Yo tengo miedo de la Inquisición. Dicen que hasta en los militares manda. ¿Es verdad que queman vivos?

PERICO. Antes lo hacían; ya se acabó eso. Si queman ahora, es después de dar garrote.

ANTONIO. No tengas cuidado, que nadie los verá.

PERICO. Tampoco los quemes, como hizo uno que, habiéndole prestado un amigo el Filangieri, entró en su cuarto un familiar del Santo Oficio buscando *El contrato social* y, viendo el otro encima de la mesa, se lo hizo entregar al fuego en su presencia, lo que ejecutó de miedo. Cuando el otro lo supo, y que las llamas habían devorado una obra que había costado tantos pesos, no se sabe cómo no le dio una estocada.

ANTONIO. Y, cuando lo manda, ¿hay que hacerlo?

PERICO. Muchos no lo hacen como hayan empleado buenos cuartos en ellos.

ANTONIO. ¿Había más de no permitir imprimirlos y que se registrasen antes?

PERICO. No eres tú el primero que lo has dicho, pero en esto hay muchas intrigas. Tratas de dar una obra al público: como tengas amigo en el Consejo, aunque lleve alguna cosilla contra el gobierno, como esté disimulada, la dejan pasar y, para que no suene su amigo, dicen en su licencia es excelente, y en caridad le advierte le quite aquello antes de imprimirlo. Él lo hace o no. Va a la vicaría: como haya dinero, todo va bien, pues, si encuentran algo contra la religión o buenas costumbres, te encargan lo reboces un poco y pasa. Yo conozco uno que ha traducido una novelista del francés intitulada *Enriqueta de Gerstenfeld* y, sin embargo de no tener nada contra el gobierno y las costumbres, no la pudo imprimir por no tener media onza que dar a los galafates de Contaduría. Pasa al juez de imprentas: aunque él notase muchas cosas, callaría por no indisponerse. Esto es lo que comúnmente sucede.

ANTONIO. ¿Hay muchos prohibidos?

PERICO. Millones.

ANTONIO. ¿Y no te acuerdas de ninguno?

PERICO. Por la Inquisición están las obras de Voltaire, de Rousea[u]<sup>44</sup>, de Montesquié<sup>45</sup>, *La Pucelle d'Orleans*, *L'Emilie*, el Aretino, que se me ha olvidado el traerle<sup>46</sup>, el *Gerundio*, solo porque habla de frailes, y otros que no me acuerdo. Por el gobierno están<sup>47</sup> la *Vida de Catalina II*, *Ruinas de Palmira*, *Memorias del marqués de Pombal*, *El tizón de España* y otros.

ANTONIO. ¿Y qué hacen con ellos? ¿Los queman cuando los recogen?

PERICO. No, los llevan los que tienen licencia para leerlos y los que sobran los venden en Bayona.

ANTONIO. Entonces, ¿volverán a correr?

<sup>44</sup> Rousea M : Rousseau F

<sup>45</sup> Montesquié M : Montesquieu F

<sup>46</sup> traerle M : traerte F

<sup>47</sup> están F : está M

PERICO. ¡Por supuesto! Muchos han equivocado el concepto que tienen hecho de este tribunal. Él se compone de hombres y, por consiguiente, espuestos a errar, pues no se sabe que el Espíritu Santo los ilumine cuando se reúnen. Como en materia de religión son árbitros, están próximos, como cualquier otro, al despotismo. Así es que vemos a la puerta de una iglesia un edicto de prohibición de libro y debajo, con letras de marca, “Nadie le quite: pena de descomunión mayor”. ¡Pues qué! ¿Arrancar un papel del sitio en que estaba es delito para separar a un hombre del gremio de la Iglesia habiendo tanto papel, tanta imprenta, tanto engrudo y tantas manos que pongan otro? ¿No tiene el tribunal otro modo de amenazar? Bien que de esto de escomuniones hay que mucho que hablar.

ANTONIO. Cuéntame, cuéntame.

PERICO. Sucedió en América que un gobernador quiso prender una criada suya, no sé por qué delito, y ella, por huir, se metió en casa de un cura pidiendo auxilio. El gobernador iba a entrar y mi cura salió poniéndole las manos en el pecho diciendo: “¡Sagrado, sagrado!”. El otro no hizo caso, entró y cumplió su comisión. El cura dio parte al obispo y este lo descomulgó con lo de “Entrará tu alma en los infiernos como esta vela en el agua, etc.”. Los criados se le marcharon, la ronda no le hacía caso, por lo que representó al rey que era un gobernador de palo, contando al pie de la letra lo que había sucedido. Se pidió informe al Consejo y este espidió una orden al obispo para que inmediatamente levantase la escomunión sin réplica alguna, so pena de perder la mitra.

ANTONIO. ¿Es cierto que los escomulgados se quedan secos?

PERICO. Si fuera cierto, mientras se concluyó esta causa, lugar tuvo de haberse quedado así el gobernador.

ANTONIO. Ya estamos en el Prado.

PERICO. Subamos al Retiro.

ANTONIO. Es temible que a uno lo delaten a la Inquisición.

PERICO. Y las más veces es sin fundamento. Estaban dos jornaleros solos en la tierra de Murcia, cavando, y, hablando uno del infierno, dijo otro: “¡Pues qué! ¿Hay infierno?”. Por sola esta palabra va el otro y lo delata diciendo a la Inquisición de Murcia que fulano no creía que había infierno; al instante se plantaron allí dos familiares con grandes dietas averiguando su vida y costumbres. Un abogado de mucha fama, hombre de talento, llamado de apellido Zenor, le hizo un escrito en que manifestaba era cristiano viejo, católico, apostólico, romano, y que lo que había dicho era una broma<sup>48</sup>, pues siempre creyó en que había infierno. Pues, amigo, buenos cuartos le costó que saliesen de allí los dos perillanes.

ANTONIO. Conque ¿por cualquiera palabra dan parte?

PERICO. Por meterse a delatar<sup>49</sup> así, sin<sup>50</sup> ton ni son. Cuentan de uno que estaba mirando un crucifijo que estaba en unos claustros. Pasó un lego y le dijo: “Hola, ¿está V. m. mirando ese Cristo? Pues hace más de 2000 años que está ahí”, y el otro, con mucha formalidad, respondió: “Pues me cago en él”, y se marchó. El lego dio parte y lo delataron a la Suprema. Fórmanle causa y le preguntan si en tal parte, tal día, delante del hermano tal, dijo que se cagaba en un crucifijo que estaba mirando, y respondió que sí, porque el mismo lego que lo había delatado le advirtió que había 2000 años que estaba allí y, como no había más que 1800 y tantos que Nuestro Señor, a quien él<sup>51</sup> adoraba, había venido al mundo, podría ser él<sup>52</sup> algún ladrón del tiempo del César. A lo que le respondieron: “Tiene V. m. razón”.

ANTONIO. ¡Milagro que no le hicieron algo!

<sup>48</sup> broma F : <????+brom>a M

<sup>49</sup> a delatar F : ha adelatar M

<sup>50</sup> así, sin F : <?i?+as>í s<o+i>n M

<sup>51</sup> él F : <\él> M

<sup>52</sup> él F : </él> M

PERICO. No, eso no. No creas lo que te dicen que en la Inquisición hay cadenas y obscuridades. Nada de eso: tratan bien a los reos. Sí hubo algún tiempo, y aún me parece que dura, usan del tormento como en las causas civiles; ni hay aquello de cuarto oscuro con un Cristo y dos velas ni asomos ni sorpresas: todo fábula. Mucho rezar, mucho confesar, eso sí. En sus causas van con mucho pulso, como sucedió con la beata de Cuenca y la hermana Clara, que hasta el mismo inquisidor general estuvo en su pueblo para averiguar su conducta de pequeña. En donde más se escede es en libros, y se dejan llevar de apasionados porque, como son curas y frailes, en tocando algo de ellos abusan de la justicia. He oído decir a personas fidedignas que una vez pusieron un cartel en la Puerta del Sol que decía: “Tal libro, sin embargo de no tener nada contra las buenas costumbres, el tribunal de la Suprema ha resuelto prohibirlo”. ¿Qué tal? ¿Quieres más despotismo? Un conocido mío estaba leyendo un libro que habla de historia y no tiene nada de malo, y otro le dijo: “¿Sabe V. m. que eso está prohibido?”. “¿Y por qué?” continuó, y el otro prosiguió: “Porque está aprobado por todas las religiones, menos de la que es individuo del confesor del rey”.

ANTONIO. ¿Y si hay algún libro bueno que tenga dos o tres palabras escandalosas?

PERICO. Prohíben aquello solo, como la *Historia del hombre* de Hervás y Panduro, que están prohibidas unas cuatro hojas del 4<sup>o</sup> tomo. No creo las habrán arrancado muchos como les haya costado el dinero<sup>53</sup>.

ANTONIO. Dices que tienes que traerme un libro. ¿Qué título tiene?

PERICO. *L’Aretin français*<sup>54</sup> o *El Aretino francés*.

ANTONIO. ¿De qué trata?

PERICO. De los setenta y dos modos que hay para estar sobre<sup>55</sup> con una mujer. Aunque no entiendas francés, te los daré para que veas las láminas perfectamente grabadas, y verás una muchacha, que representa unos quince años, usando del godomiché<sup>56</sup>.

ANTONIO. ¿Del qué has dicho?

PERICO. Del godomiché.

ANTONIO. ¿Qué instrumento es ese?

PERICO. Este tiene la figura de un miembro varonil, con sus pelos y señales, compuesto de una membraba como la del condón y unos arambres para que sea elástico, y se llena de leche o agua tibia. En el extremo se pone un cordón o cuerda para insprimirlo a su tiempo. Las mujeres se ponen solas, enteramente desnudas, echadas en un sofá y con el objeto de lujuria delante, y, cuando están en disposición, se introducen el chisme tirando el cordón a fin de que resulte la evacuación.

ANTONIO. Yo quisiera ver uno.

PERICO. Aquí hay pocos. En Francia lo estilan muchísimo.

ANTONIO. ¿Y por qué es eso?

PERICO. Porque nuestras españolas son tan sencillas que para sus placeres secretos echan mano de lo primero que encuentran, como son palilleros de hacer medias, cañas o con las cabezas de las muñecas de trapo de sus hermanitas. Regularmente hacen de los dedos godomichés.

ANTONIO. Conque ¿las mujeres hacen a solas lo que nosotros?

PERICO. ¡Jesús! En Madrid es rara la que no lo hace porque, como eso no se ve, aun las más decentes... Yo he tratado una porción que lo he podido conseguir y a los dos días se lo dejaba hacer. ¿Y a ti quién te ha enseñado que los hombres lo hacen?

ANTONIO. Yo, que lo sé sin que nadie me lo haya dicho.

<sup>53</sup> F omite desde aquí y retoma en ¿Qué te parece el Retiro?

<sup>54</sup> français : français M : om F

<sup>55</sup> sobre : <???a?+sobre> M : om F

<sup>56</sup> godomiché : godo<ll+m>iche M : om F

PERICO. Es verdad, que un niño que tenga talento no necesita de nadie. Ve por casualidad una niña que la están fajando y observa que no tiene lo que él. Lu[e]go quiere saber por dónde ha venido él al mundo; pregunta a una criada, que con sonrisa le dice que su madre le ha parido por un muslo. Reúne los antecedentes y ve que es más fácil sea por donde está horadado, que lo tapan mucho, que no sabe su nombre ni se lo quieren decir, y no duda sea por allí. La dificultad es el cómo. Oye conversaciones picantes, que sus padres duermen juntos y que él es hijo de aquellos dos, que las jóvenes solteras las apartan hasta que un hombre se casa con ellas y que hasta entonces no tienen hijos. Entonces sacan la consecuencia que una mujer necesita de un hombre y que el secreto está en las cosas reservadas. Crece y aspira a tener confianza con una niña para ver si él puede hacer aquello, ¿y qué es lo que resulta? La sorpresa hace que ninguno de los dos pueda estar quieto, pero nota que toma su cosa tan distinta forma; quédase solo y quiere divertirse con verlo elevarse como cuando está con su amiguita, y se acuerda de la otra figura. Ya lo agarra y hace por sí solo el paso de la sorpresa, y siente una cosa extraordinaria, que le causa una sensación agradable. Continúa y se hace maestro. A este tenor hay otros modos que un niño se impone en la malicia.

ANTONIO. Yo aprendí porque os lo veía hacer en el estudio y, como nunca me llamabais por ser yo demasiado pequeño, me desesperaba y hacía lo que veía a vosotros. Luego otro muchacho que iba a mi casa enredaba conmigo y nos metíamos a jugar al escondite, donde lo hacíamos.

PERICO. ¿Y ya habías hecho lo de la criada?

ANTONIO. No, lo de la gorda fue después.

PERICO. ¿Qué te parece el Retiro?

ANTONIO. Muy bien: los estanques son hermosos. Pero se hace tarde.

PERICO. Vámonos.

ANTONIO. ¿Quién es este que baja hacia el Salón, que parece va vendiendo protección?

PERICO. Ese es don José Marquina Galindo, corregidor de Madrid. Muchos le tienen por loco y se cuentan de él mil casos graciosos, aunque también le achacan otros. Siempre está echando votos y ternos. Tiene dos hijas muy putas, y una noche que estaban cenando con unos cuatro amigos en su cuarto entró el padre y les dijo al ver las botellas encima de la mesa: "Yo sabía que erais putas, ¡pero no tenía noticia fueseis borrachas!". De simple abogado le hicieron secretario de la Presidencia, luego alcalde de corte, consejero y ahora es gobernador de la Sala de Alcaldes, superintendente general de policía y corregidor. Cuando fue a tomar posesión de su sala, pasó por Santa Cruz y, al ver los alfareros vendiendo sus cacharros, mandó pasar la berlina y, dando un grito, dijo: "¡Cuidado que, cuando yo vuelva de tomar posesión de la sala, no haya nada de esto aquí!". Ninguno hizo caso de lo que decía, pues con tanta gente no lo oyeron. Cuando volvió, se apea y empieza a dar puntillones a los pucheros diciendo: "¿No he dicho que ningún títere había de parar aquí?". En esto rodaban pucheros, bacines, cazuelas, etc., y sacó su competente multa. Otro día iba a las siete de la noche con su ronda por la Red de San Luis y se encontró a don Carlos Mori, oficial de guardias<sup>57</sup> de corps, y con voz hueca le preguntó:

— ¿Quién va a la ronda?

Y el otro contestó:

— Un hombre.

— ¿Y dónde va V. m.?

— A la mierda.

— ¿Sabe V. m. que está hablando con don José Marquina Galindo, corregidor de Madrid?

— ¿Y V. m. sabe con quién habla? Acerque V. m. la linterna.

<sup>57</sup> guardias F : gudias M

Se desembozó<sup>58</sup> y le enseñó la faja de teniente general. Entonces le pidió perdón y Mori dijo: “No perdono. ¿Y qué hora es esta de detener a nadie en la calle?”. Dio parte y al otro día le dijo el Príncipe de la Paz en la corte: “Marquina, cuidado con los militares de noche”. Cuando le dieron el nombramiento del gobierno de la Sala y la superintendencia expresada en él, con inhibición<sup>59</sup> de cualquiera otro tribunal, con esto creyó ser superior al mismo rey. Sucedió que el Príncipe de la Paz había recibido un mayordomo por respetos a la Pepa Tudó; este le había servido de alcahuete, pero, cansado de él, lo despidió y, por no dejarlo en la calle, le dijo a<sup>60</sup> Montarco, que solo era superintendente de la Fábrica de Cristales, si tenía en qué acomodarle. Mas no habiendo más que un empleo de nueve reales, se lo dio ínterin vacaba otro. Este hombre no cesaba de clamar que tenía tanta familia que no podía comer, mas, no haciéndole caso, hubo de poner algunas expresiones en un memorial que al Príncipe le hubieron de incomodar; y mandó a Marquina que con mucho sigilo le prendiese con toda la familia y recogiese todos sus papeles. Marquina, amigo de mangotear en todo, se fue a la fábrica con su ronda a las doce de la noche. Llamó y el portero, que era un inválido de cachaza<sup>61</sup>, se asomó por la ventana preguntando quién era.

— ¡Abra V. m. a la ronda de don José Marquina y Galindo, corregidor de Madrid y superintendente general de policía!

— Vuestra señoría será quien dice — contestó el portero —, pero mientras vuestra señoría no me traiga una orden del señor gobernador del Consejo, como superintendente de la Fábrica no puedo abrir.

— ¡Echaré la puerta abajo! ¡Le pondré a V. m. en un presidio...!

— Haga vuestra señoría lo que quiera. Yo no abro.

El escribano le advirtió a Marquina que a mediante de estar tan cerca la casa de Montarco, que él pasaría por la orden. “No, señor — replicó —, que voy yo mismo”. Fuese allá, pidió permiso, entró y dando voces le dijo al gobernador:

— Es preciso que V. E. mande castigar al portero de la Fábrica: no me ha querido abrir, reconociéndome, sin que V. E. se lo mande.

— ¿Y cómo quiere vuestra señoría — contestó Montarco — que yo castigue a un hombre porque ha cumplido con su obligación? Vuestra señoría hubiera tenido la política de pasarme un recado, no hubiera sucedido eso.

— Es que tengo una orden del señor Generalísimo...

— Aunque vuestra señoría la tuviese de su majestad...

Entonces mandó un portero para que se le franquease la Fábrica. Hizo su prisión y, al día siguiente, dio parte Montarco y salió una orden de nuevo diciendo que el gobernador del Consejo era justicia mayor del reino y superior a cualquiera otro juez. Ha tenido que dar mil satisfacciones. Ha creado una multitud de alguaciles, que son otros tantos ladrones; de suerte que había un refrán que decía: “Los alguaciles de Marquina sacan multa por tener las medidas boca abajo y tenerlas boca arriba”. Uno se entretenía en subir a las escaleras y apagar el farol; luego llamaba a un cuarto y preguntaba: “¿A quién le toca encender el farol? Acá la multa”. Otro pedía en las tiendas una libra de garbanzos y, al sacar el dinero para pagar, con disimulo se guardaba un buen puñado y decía: “Yo no lo he visto pesar. Péselo V. m.”. Lo hacía el tendero y faltaba lo que se había guardado, y sacaba la multa. Este fue a presidio. Lo más gracioso de Marquina es que se pone a pasear solo en su cuarto y los criados, sin que él lo note, se ponen a escucharle, y él, paseándose, se decía a sí mismo:

— Señor Marquina, V. m., ¿qué es?

<sup>58</sup> desembozó *F*: desembosó *M*

<sup>59</sup> inhibición *F*: inhición *M*

<sup>60</sup> a *F*: om *M*

<sup>61</sup> cachaza *F*: cachasa *M*

– V. m. era un pobre abogado de guardilla y lo hicieron secretario de la Presidencia de Castilla.

– Muy buen escalón para hacer su carrera. Luego le hicieron alcalde de corte.

– Eso es lo que V. m. quería.

– Después, consejero.

– ¡Este sí que es buen bocado!

– Ahora es V. m. corregidor de Madrid, gobernador de la sala de alcaldes y superintendente general de policía.

– Ahora sí estará V. m. contento: ya no hay más que esperar...

– Pero, Marquina, ¿irás a presidio?

– Me parece que sí, Marquina.

ANTONIO. Sin duda es un loco. Mas se va haciendo tarde: me voy a casa.

PERICO. Y yo, a la tertulia.

ANTONIO. Conque, adiós.

PERICO. Mañana no nos veremos; como estás de baile...

ANTONIO. Siempre vendré, aunque estemos poco juntos.

PERICO. Pues bien. Adiós.

ANTONIO. Abur.

Revista de lenguas y literaturas  
ibéricas y latinoamericanas

TARDE 4<sup>a</sup>

PERICO. Yo creía que ya no venías.

ANTONIO. No he podido venir más temprano por haber acabado muy tarde el ejercicio<sup>62</sup>.

PERICO. Pues ya es muy tarde y no podemos ir a paseo.

ANTONIO. Si tú conocieses alguna alcahueta, podríamos ir allá hasta la hora del baile.

PERICO. Ya te he dicho que no las trato, pero, si quieres, salgamos hacia la Puerta del Sol, a la que salte. Ya están encendiendo, que es la hora a propósito de salir a corso.

ANTONIO. Vamos.

PERICO. Veremos a ver qué tal te manejas.

ANTONIO. Yo no lo entiendo. Tú la hablarás, porque yo tengo miedo me echen a pasear.

PERICO. Repara a esa que se arrima a esa esquina: esa es de las que se llaman de soldados. Repara, a la luz del farol, su talle; el zagalejo azul que cubre tres o cuatro pares de naguas por encima de la pantorrilla; la mantilla que casi pasa el gran culo que ostenta con movimientos<sup>63</sup> de un lado a otro, recogido por bajo de los sobacos en jarras; las tetas caídas, más grandes que las de una vaca y tan blandas de puro sobadas; el color que representa la oscuridad de la noche. Mírala bien ahora que va a parar por delante de nosotros, y la olerás a cebolla o aceda.

ANTONIO. La he olido y apesta a vino que trasciende.

PERICO. Tócala con disimulo en el trasero y verás cómo se mete por la calle de la Vitoria y en un portal te pide el precio de su trabajo ajustando como libra de fruta si ha de ser doce cuartos o dos reales. Tiéntala la piel, semejante a la de la culebra, y verás se necesitan palenques para sostener las ropas. Mas déjalo, que vendrás lleno de mugre, sebo, piojos y laceria, y vamos tras de esta muchacha, que, aunque va pintada, tiene buenas carnes. Observa la mantilla de un palmo recogida en medio de los pechos, con artificio elevados, que no le pasa el pescuezo; la basquiña alta, con aire; las puntas de los pies hacia fuera, y el meneo que indica el modo de ganar la vida...

<sup>62</sup> ejercicio *F* : ejercicio *M*

<sup>63</sup> movimientos *M* : movimiento *F*

ANTONIO. Se ha parado hablar con un lacayo. ¿Será criado de algún señor que la trate?

PERICO. O será el mismo lacayo el que se la tire.

ANTONIO. Ya se ha marchado.

PERICO. Sigámosla.

— Niña, muy sola va V. m.

— Más vale sola que mal acompañada.

— Iremos con V. m. si V. m. gusta.

— Muchas gracias.

— ¿Y dónde vive V. m.?

— En la calle de Santa María del Arco.

— ¿Va V. m. a su casa?

— Sí, señor.

— ¿Iremos juntos?

— Bien, pero quédese V. m. un poco atrás cuando yo entre.

ANTONIO. ¿Qué? ¿No quiere?

PERICO. Sí, pero es necesario hacer la deshecha y no acompañarla.

ANTONIO. ¿Por qué?

PERICO. Porque puede venir otro y ponerse a hablar con ella, y nosotros quedamos hechos unos viotes.

ANTONIO. Ya se ha entrado.

PERICO. Entremos.

PERICO. Por fin ya estamos en la calle, y todavía es temprano<sup>(1)</sup><sup>64</sup>.

ANTONIO. Yo estaba aturdido.

PERICO. Ya lo conocí al ver con qué política te quitaste tu sombrero.

ANTONIO. ¡Y qué pocos trastos tiene esta!

PERICO. Lo mismo que todas: la cama, una arca, dos sillas, el espejo, el velón de hojadelata, dos cortinas de algodón, la palancana y orinal a un mismo tiempo, una mesita y un vaso con una jarra.

ANTONIO. Por fin ya conozco a la Pepa.

PERICO. Esta noche es Pepa y mañana será Juana.

ANTONIO. Me parece que no necesito más para hablar ya a cualquiera.

PERICO. ¿Y vas tú solo al baile?

ANTONIO. Sí, por primera vez voy solo a una casa, pues, aunque mis padres me han dado permiso creyendo iba con doña Bernarda, yo la he dicho a esta que allá nos encontraremos.

PERICO. Tus padres parecen unos santos y, cuando muchachos, puede que fuesen unos diablos.

ANTONIO. Ahora quiere mi madre lea *El evangelio en triunfo*.

PERICO. Tu madre será demasiado crédula y lo leerá al pie de la letra, pero esa obra tiene más malicia de la que parece. En particular, en la segunda carta vierte todo el veneno. Olavide desplegó en ella todo su talento o, como se suele decir, agotó el pozo de su saber. Era íntimo de Voltaire: sus obras le hicieron perder la chaveta, le dio a entender en Sevilla siendo asistente. Aquella gente, acostumbrada a la hipocresía<sup>65</sup>, son entusiastas<sup>66</sup> por la devoción exterior<sup>67</sup> y la aparente virtud. Mandó quitar los santitos de las calles, pues a presencia de ellos se hacían mil

(1) Nota. Es necesario fingirse a los dos amigos fuera de la casa.

<sup>64</sup> F omite la nota a pie presente en M. En cambio, incluye una línea de puntos suspensivos entre Entremos y Por fin ya estamos en la calle, como si hubiera omitido texto del diálogo en sí.

<sup>65</sup> hipocresía F : hipocrecía M

<sup>66</sup> entusiastas F : entuasiat<\as> M

<sup>67</sup> exterior F : <\exterior> M

indecencias, y ojalá se hiciese aquí lo mismo. Los sevillanos llegaron a aborrecerle y la Inquisición principió a perseguirle. Por último, salió bien de la primera y se le dio la asistencia habiendo sido antes intendente de la Carolina. Lo hermoso de este sitio en medio de la aspereza de Sierra Morena se le debe a este hombre sabio. Trató de conocer él mismo a Volter<sup>68</sup> y lo consiguió. Fue a Francia, se hizo amigo suyo y lo trajo disfrazado a España. No sé si entró en Madrid, pero me consta vivió algunos días en un pueblo que está dos leguas de aquí y se llama Leganés, en una casa que está junto a la confitería en la plazuela de París. No dudo que tomasen aquella casa los dos amigos para venir de cuando en cuando a Madrid de incógnitos, pues Olavide era muy conocido. Ya ha muerto cinco lenguas de aquí y ha dejado un sobrino que no le cede en talento y, aunque es bastante instruido, no ha querido darse a conocer.

ANTONIO. Mi padre quiere que estudie las matemáticas a fondo para entrar en un cuerpo facultativo, pues dice que en los regimientos no se estudia nada y que, para ser un oficial adocenado<sup>69</sup>, que bastantes tiene España; y se engaña, que en mi regimiento damos cuanto hay que saber por un tal Gaudí...<sup>70</sup>

PERICO. ¡Y qué! ¿Tu padre ha estudiado matemáticas?

ANTONIO. No, pero se lo mete en la cabeza un viejo fastidioso que va a la casa. El otro día me pilló por su cuenta y me dijo: “Niño, si quieres hacerte hombre, estudia las matemáticas a fondo, pero no lo tomes como un juguete. Algunos ponen a los chicos a estudiar las ciencias abstractas en tiempo que no pueden comprender lo que lee, y de aquí resulta que se fastidian y toman aversión al estudio. Se me argüirá que aprenden la gramática ¿y cómo la aprenden? De memoria, a fuerza de azotes y palmetas. Pero una ciencia en que hay que meditar sobre<sup>71</sup> una proposición, no puede ser. Conozco que los principios son enfadosos<sup>72</sup> en toda facultad y te incomodarás con lo árido de la aritmética, y aun se te opondrá la sencillez de la tabla pitagórica; mas, si tú te persuades de la utilidad de las matemáticas, llegarás a tomarle tal gusto que tú mismo ansiarás por libros de matemáticas<sup>73</sup>. En la geometría aprenderás la mejor lógica. Ni Gaudin ni Jaquier ni Baldinoti ni Condillac ni cuantos han escrito en esta materia podrán argüirte sobre la demostración de una proposición geométrica. Sabiendo bien la especulativa y práctica, dedícate algún tiempo a la mecánica, en particular a la maquinaria. Estudia la fortificación, tanto la real como la de campaña, y aumenta tus ideas y conocimientos en la última aprendiendo a trazar, atacar y defender cualquier especie de atrincheramiento en todo terreno regular. Sobre todo, aprende radicalmente la táctica inferior y sublime; y con esto y buscando buenos autores, y ejercitando lo que vayas conociendo, en poco tiempo no digo serás un oficial completo facultativo, pero podrás desempeñar buenas comisiones. Las matemáticas, hijo mío, tanto puras como mistas, es la ciencia de las ciencias. Todas las demás participan de ella: las artes y oficios la necesitan; los artesanos la practican sin conocer la teórica<sup>74</sup>. Un sombrerero<sup>75</sup> toma tres veces el diámetro de un sombrero y le añade un poquito y encuentra lo que necesita de galón; y él, sin saber lo que se hace, halla<sup>76</sup> la razón del diámetro a la circunferencia, que sacó Adriano Mecio de 3,14159...<sup>77</sup> La física – y, por consiguiente, la medicina – no sirve de nada sin la matemática. Los que no la saben son meros rutineros y arbolarios. La cirugía en todas sus partes, las leyes, la química, metalurgia, la historia natural, aun la misma teología –

<sup>68</sup> Volter M : Voltaire F

<sup>69</sup> adocenado F : adosenado M

<sup>70</sup> Gaudí M : Gaudin F

<sup>71</sup> sobre F : <\sobre> M

<sup>72</sup> enfadosos F : e<f+n>fadosos M

<sup>73</sup> llegarás a tomarle tal gusto que tú mismo ansiarás por libros de matemáticas F : <\llegarás a tomarle tal gusto que tú mismo ansiarás por libros de matemáticas> M

<sup>74</sup> teórica F : teori<?+c>a M

<sup>75</sup> sombrerero F : sombre<ro+deº> M

<sup>76</sup> halla M : allá F

<sup>77</sup> 3,14159 : 103,14159 M : 1,0314159 F

no digo nada de las artes liberales—: imposible de hacer sin ella. Esta ciencia es la que no admite sofismas — convence el entendimiento del hombre — y que no le queda por demostrar más que la cuadratura del círculo, la trisección<sup>78</sup> del ángulo y dos medias proporcionales, pero que su aproximación es la máxima posible. El célebre Culero se entretuvo en aproximar la cuadratura del círculo hasta 128 decimales. ¡Que vengan los teólogos confundidos con su divinidad, con sus formas y materias, a negarse que los tres ángulos de un triángulo son iguales a dos rectos!”.

A este tenor siguió su discurso acalorándose cada vez más y yo me quedé en ayunas de todo cuanto había dicho.

PERICO. Las matemáticas, como dice Severo López, se parecen a la poesía. Dicen los matemáticos que los sólidos son así y asado: va a buscarlos y halla que solo existen en su imaginación. Un poeta<sup>79</sup> pinta el manso arroyo, la verde hierba, la linda pastora, el precioso zagal, la ovejita tan limpia: salimos al campo y nos le encontramos lleno<sup>80</sup> de boñigas de buey; las pastoras, negras del sol, hediondas y llenas de jarapos, y los pastores con unas zamarras asquerosas, pues todo aquello solo existe en su cabeza. Yo también las he estudiado en San Isidro o, por mejor decir, he asistido a la clase como los bancos, pues todo el día estaba haciendo saltamontes de papel y pintando caras en los respaldos de los asientos. De aritmética sé las cuatro reglas principales, que se reducen a sumar y restar, y la regla de tres, que también llamamos de oro, que es lo único que necesito en mi oficina; pues ¿para qué quiero saber las raíces ni los logaritmos, y si los inventó don Juan Nepero, y si era escocés, tudesco o alemán? Bien que esto no lo trae mi autor, que lo he oído por fuera. ¿Geometría? Si no he de ser agrimensor, ¿para qué la quiero? Pero hay una caja de sólidos muy bonitos en San Isidro y a mí me gustaba desarmar continuamente el prisma que se divide en pirámides. ¿Geometría práctica? Cuando salimos al campo con Ibarra, nos pusimos todos a jugar a moros y cristianos y él se quedó solo tirando las visuales. Las ecuaciones me gustan, aunque no las entiendo, en particular una de las hueveras que trae Bails. De lo demás no he querido saber nada. ¿Geografía<sup>81</sup>? Si no pienso salir de Madrid, ¿qué necesidad tengo de saber si Marruecos cae en la morería? ¿Astronomía? El mismo Ibarra dice que es una ciencia tan ilimitada que, sino los eclipses y todo lo que guarde periodo, de lo demás no se puede asegurar nada. ¿Artillería? Para los moros que yo mate me basta saber que hay cañones, que los he visto cuando el entierro de la infanta doña María Josefa. ¿Marina? Yo no me tengo de embarcar nunca, con que escuso si naufragan o no los barcos, aunque eso me parece muy fácil, pues he visto manejar los buques del canal de Manzanares. Bien sé yo que otro que tú me escuchase me tendría por un erudito a la violeta, pero no se diría en boca del difunto coronel, porque él pintó a los que no sabían y creían eran sabios, y yo confieso mi ignorancia porque no quiero calentarme los cascos<sup>82</sup>.

ANTONIO. ¿Quién es ese coronel?

PERICO. Don José Cadahalso, que murió desgraciadamente de un casco de granada por entrar de servicio por un amigo suyo, que se lo pidió de favor, y de resultas el otro se metió fraile. Componía muy bien, aunque muchos le tiraron al degüello. El abate Andrés, en un discurso sobre las ciencias, dice que Cadahalso escribió *Los eruditos* contra sí mismo, pero él se sacudiría si lo oyese, como lo hizo en otras ocasiones. Moratín ha compuesto *La derrota de los pedantes* y no sé que nadie se la haya criticado, y las *Cartas marruecas* de Cadahalso no le ceden la palma.

ANTONIO. Pues yo creo que mi padre me va a poner también en San Isidro. ¿Qué tal son los catedráticos?

<sup>78</sup> trisección F : trisción M

<sup>79</sup> poeta F : pueta M

<sup>80</sup> lleno F : llenos M

<sup>81</sup> Geografía F : Greografía M

<sup>82</sup> cascos F : <????+ascos> M

PERICO. Don José Ramón de Ibarra es excelente matemático y le comparan al célebre Carnot: hombre muy vivo y que nadie le ha sobrepujado en el cálculo, confuso en su explicación para los principiantes, sublime en el escribir, aunque no ha querido dar<sup>83</sup> nada a luz. Sobre todo, lo que mejor ha hecho es el *Tratado de series recurrentes* para los cadetes de cosmógrafos. Es atrevido en el encerado<sup>84</sup> y desafía a todas las ciencias, por lo que ha tenido que dar muchas satisfacciones a los demás catedráticos. Estuvo loco por una expresión que se encontró leyendo un día, que decía “la llama azul de un candil”. Le chocó y se puso a estudiar química. La locura le duró cuatro meses. Un día salió de su casa a paseo y se encontró en Vicálvaro cuando volvió en sí. Siendo cabo de artilleros de marina, estando haciéndose la oposición a la cátedra por muerte de Rosell, se presentó él con sus cintas de cabo ante el director. Le preguntó qué se le ofrecía y, con el mayor desembarazo, contestó iba a hacer oposición, pues era pública. Se lo permitieron y se llevó la cátedra *nemine discrepante*. Quiso ir a París con una comisión por la parte astronómica y el Rey le concedió pasar a estudiar los “instrumentos astronómicos”. Se picó y respondió que, si los astrónomos franceses querían aprenderlos de él, los enseñaría de balde. Su sueldo lo divide en tres partes iguales: una para comer, otra para libros y la tercera para putas; así tiene tan buenos libros como muchachas ha tratado.

Don Francisco Verdejo González es excelente matemático y un año fue maestro de Ibarra, aunque jamás ha alcanzado a su discípulo, en particular en el cálculo; pero le escede en la maquinaria. Era cabo de gastadores de Guardias Españolas; le dieron la cátedra, se casó con una joven hermosa, que ha poco tiempo enfermó, y gastó todo su caudal con ella; mas después de una porción de años de enfermedad se le murió y él quedó alelado de la pesadumbre. Así, siempre está distraído y, en la clase, haciendo en la mesa con yeso el juego de tres en raya. Ha compuesto el *Compendio de matemáticas*, sacado la mayor parte de Bails y Bezoul<sup>85</sup>; y sus manuscritos, sin embargo de estar perfectamente hechos, aun él los tenía luego que estudiar, pues no los entendía.

ANTONIO. Pues<sup>86</sup> son cerca de las ocho, me voy a mi función<sup>87</sup>.

PERICO. Tengo ya gana de que me cuentes lo que ha habido.

ANTONIO. Mañana mismo.

PERICO. Conque, adiós

ANTONIO. Adiós.

#### TARDE 5ª

PERICO. Hola, ¿ya estás aquí? ¡Me alegro! Que te traigan café.

ANTONIO. Estoy muy contento por haber hablado a Juanita.

PERICO. Y yo también por haber ganado unas cuantas medallas.

ANTONIO. Te contaré desde el principio. Pues, señor, entré en casa de doña Margarita y te confieso que, al ver tanta gente en el gabinete y ser la primera vez que iba solo, me turbé un poco, pero, acordándome de lo que me habías dicho, dije en mi interior: “¡Qué caray! A mí, ¿quién me ha de comer?”. Por lo que, tirando el sombrero en una silla, saludé en general y me arrimé a la dueña de la casa a hacerla el cumplimiento ordinario. Estaba con otras señoras mayores hablando de los partos que habían tenido y de las malas criadas, si habían despedido

<sup>83</sup> dar F : om M

<sup>84</sup> encerado F : enserado M

<sup>85</sup> Bezoul M : Bezout F La existencia de otras fuentes de la época que también se refieren a este matemático como Bezoul invita a mantener la lectura de M.

<sup>86</sup> Pues F : Pus M

<sup>87</sup> función F : funsión M

a fulana o a mengana por esto o por aquello. Como no me importaba nada esta maldita y repetida conversación, me fui donde estaba mi Juanita con otras jóvenes. Su<sup>88</sup> conversación se reducía a los vestidos: al traje que llevaba una en la academia de la calle del Príncipe; si la modista de la calle de las Carretas era más barata que la francesa del Caballero de Gracia; si la batista<sup>89</sup> lucía más en los hombres y duraba más que los chalecos de muselina, etc. Luego mi amada se levantó trescientas veces: una a ver un gorro que había hecho una señorita de la casa; otra, a mear; otra, a qué sé yo. A cada salida echaba una maldición, pues conocía<sup>90</sup> que no era ocasión de hablarla, y me pasé a un rincón<sup>91</sup> de la pieza donde había cuatro señores de edad. Hablaban un poco bajo y, al acercarme, me miraron como sorprendidos, bien fuese por mi mala crianza, bien por estrañar<sup>92</sup> ver un muchacho junto a ellos. Tomaban polvos, arqueaban las cejas, hacían visajes y decían: "...que esto va cada vez peor... que en tiempo de Fernando el VI...que Napoleón era mucho hombre... etc.". Sin duda la cosa va muy mala según ellos se impacientaban.

PERICO. Esos viejos cansados de sus mocedades se entretienen todo el día en hablar de noticias y arreglar gobiernos. Ese que dice que Napoleón... ni él le conoce ni nadie tampoco. Prosigue.

ANTONIO. Incomodado también de su conversación, me aproximé a un corro de muchachos de mi edad que estaban de pie, arrimados a una mesa. Estaban alegres y dando risotadas. Uno contó había dado un mico a doña Isabel, y<sup>93</sup> que oí "mico" y "doña", me figuré sería una alcahueta, pues según lo que me has dicho...

PERICO. Sí, a esa la llaman doña Isabel la Católica. Es difícil dárselo, pues siempre primero pide el dinero.

ANTONIO. Seguimos contando cuentos y a hablar de las muchachas de la sala. Uno dijo le gustaba Juanita; yo callé, pero sin duda me puse colorado, pues se me abrasaban<sup>94</sup> las orejas. En esto estábamos cuando principiaron a tocar el piano. Así que se oyó el instrumento, los jóvenes nos plantamos en medio de la pieza; los viejos se salieron a otra inmediata a continuar su gaceta; las viejas se arrimaron a la pared para dejar más espacio a los que habían de danzar; las señoritas, unas se cogían la cola, otras daban los abanicos a su madre. Ya entraban<sup>95</sup> más gentes, todos hablaban a un tiempo y de diferentes cosas, y yo estaba azorado, temblándome las rodillas y dándome golpes el corazón. Por fin me llegué a Juanita para sacarla a bailar y me lo concedió. Principiase la contradanza y, por respetos a Juanita, me pusieron o me tocó ser la segunda pareja. Esperaba que el que la ponía hiciese una de las figuras que tú me habías dicho y que yo llevaba en mi cabeza cuando, muy deprisa, me dice: "Látigo, pelota, alemanda con la contraria y cedazos con la misma". ¡Ay, Perico, todo esto era para mí un gazpacho extremeño! Un sudor frío me cubría todo el cuerpo. Por fin, gracias a Juanita, salí bien de aquel apuro; pero en la segunda parte sucedió que la tal contraria era una señora muy gorda, que bailaba con una mantilla de blonda sobre los hombros, y, al dar la vuelta de los cedazos, se me enredó un corchete de la casaca en ella y salió colgando media mantilla. Calló por prudencia o cortesía, y la música iba apretando sucesivamente. Ya habían mudado figuras y la orquesta echaba demonios, como tú dices, y, sin saber cómo, le di tan fuerte pisotón a un guardia que estaba a mi lado que, echándose mano, exclamó: "¡Voto a bríos, que me ha deshecho V. m. un callo que

---

<sup>88</sup> Su F : Su su M

<sup>89</sup> batista F : bastista M

<sup>90</sup> conocía : no conocía MF

<sup>91</sup> rincón F : ricón M

<sup>92</sup> estrañar M : entrañar F

<sup>93</sup> y M : yo F

<sup>94</sup> abrasaban : abrazaban MF

<sup>95</sup> entraban F : en<-tra> <n+tra> </aban> M

tenía!", y luego, más bajo, continuó: "¿A qué vendrán estos virotos a los bailes?". Yo le respondí: "Perdone V. m.", y me bajé a ver si le había lastimado mucho, pero aún no había inclinado la cabeza cuando me dan un grito a la oreja diciendo: "Arcos, pronto". Por quererlos hacer aprisa, le di con la cabeza un golpe a otra señora en las narices, que empezó a echar sangre. Se acabó la contradanza y se principió la murmuración. Unos me llamaban bruto y otros, bestia, y aun las mujeres añadían: "No tiene de bueno más que ser militar". La que se mostraba más compasiva decía: "¡Qué cara de asnito tiene!". Yo no sabía qué hacer: si dejar bien puesto mi honor desafiándolos a todos o echar a correr y no volver a poner los pies en la casa; pero por no dejar a Juanita me quedé. El armar otra contradanza hizo olvidar la primera y<sup>96</sup>, mientras se bailaba, tuve este diálogo con Juanita, que, por no andar con "dijo", "dije", "contesté", etc., te lo contaré seguido, que tú lo entenderás con solo que alce o baje la voz<sup>97</sup>:

– Juanita, ¡qué gana tenía de hablar con V. m. a solas!

– También deseaba yo tener esta ocasión.

– ¿Se acuerda V. m. de la carta que la di?

– ¿Y no le remití la respuesta por la Mariquita?

– Sí, señora, lo que me alegró infinito, y, si V. m. es lo que allí dice, yo prometo ser lo mismo.

– Ya le digo a V. m. que le seré constante, pero, si hemos de tratarnos, ha de ser no caminando contra mi honor.

– No tendrá V. m. nada que perder. No digo ahora, que soy cadete, pero más adelante me casaré con V. m.

En esto se acercó el bastonero y la preguntó si quería bailar un vals. Contestó que no le gustaba bailar vals, y se marchó y nosotros continuamos.

– Juanita, tenía que pedirle a V. m. un favor.

– ¿Qué favor es?

– Uno que no se opone a su honor de V. m.

– Entonces, sí. ¿Cuál es?

– Que nos tratemos con más confianza: hablémonos de tú.

– Yo no puedo porque no estoy acostumbrada, pero V. m. lo puede hacer.

– No, si V. m. no me corresponde con lo mismo, no lo hago.

– Pues bien, cuando no nos oigan...

Entonces pasó por allí uno que no le vi bailar en toda la noche, con sombrero debajo del brazo, y me dijo: "Vaya, caballero, ¡qué bien se pela la pava!". No entendí esta expresión, pero observé que Juanita bajó la cabeza y se puso colorada. El otro no se paró<sup>98</sup>.

PERICO. Ese es uno de tantos imprudentes sin educación<sup>99</sup> que concurren a una casa y, por decir una gracia, pierden un amigo.

ANTONIO. Nosotros proseguimos:

– Juanita, ¡cuánto te quiero!

– Nunca alcanzará V. m. a pagarme.

– ¡Dale con que me has de llamar de V. m.!

– ¡Ah, que es ese cumplimento se me olvidaba!

– Te amaré siempre.

– ¡Ay, Antonio, que desde que era muy niña te estimaba! Ya he cumplido quince años y deseaba que me manifestases algún cariño. Como era mujer no me convenía hablarte primero. Eras el primer joven que había visto y este amor que tanto ponderan mis amigas reside en mi pecho. Mira las gentes: están reparando.

<sup>96</sup> y F : y y M

<sup>97</sup> F omite desde aquí y retoma en Entonces pasó por allí uno que no le vi bailar en toda la noche

<sup>98</sup> F omite desde aquí y retoma en Aquí llegaba yo con mi conversación cuando una de las viejas se presentó en medio

<sup>99</sup> educación : educasión M : om F

– Dime cuándo estarás sola en tu casa.

– Mañana va mi mamá sola a la calle Mayor a comprar varias frioleras, conque a las diez horas puedes ir...

Aquí llegaba yo con mi conversación cuando una de las viejas se presentó en medio y, con voz gangosa, llamó a tres hijas suyas para marcharse. El bastonero se opuso diciendo:

– Mi señora doña Gertrudis, si V. m. se va, se acabó el baile: nos faltan las tres mejores parejas.

– Es muy tarde – prosiguió –. Aquel estará con cuidado; ya sabe V. m. su genio.

– ¿Siquiera la greca?

– Vaya, si es la última, me aguardaré.

Salimos todos a bailar la greca, pues era preciso que hasta los perros entrasen, según oí decir, y se concluyó felizmente gracias a mi digna compañera<sup>100</sup>.

Todos se marcharon, menos Juanita, su madre y yo, que, con otros dos caballeros, nos pusimos a jugar juegos de prendas. En todos ellos encontraba motivo de hablarla de nuestro asunto. En el de los despropósitos me arribaba a la oreja, decía: “Siempre te amaré”. ¿Para qué sirve un espejo? Y ella contestaba: “Y yo a ti también”. Para mirarse en él. Concluimos y, mientras se despedían las mujeres, que sabes suelen durar media hora, estuve buscando el sable y sombrero, calculando el tiempo de estar corriente para salir el primero a la escalera. Con efecto, le di la mano a Juanita y otra a su madre, la que apreté y correspondió. Lo mismo sucedía en la calle cuando lo política lo exigía. Así, yo deseaba que hubiese muchos charcos y arroyos que pasar. Al volver la esquina la subía hasta mis labios, lo que no rehusó, pues lo hacía con mucha velocidad<sup>101</sup>, antes de que la madre volviera, y lo mismo en cualquier sombra que encontraba. Por último, quiso mi fortuna que el farol estuviese apagado y me atreví a tentarla el pecho por encima del pañuelo, pero ella se retiró diciéndome muy seria me estuviere quieto; con lo que me marché muy satisfecho.

PERICO. Y hoy habrás ido allá, como prometiste.

ANTONIO. Sí, pero te contaré antes la conversación que tuve con mi padre<sup>102</sup>.

PERICO. Vamos a paseo y lo puedes ir contando.

ANTONIO. Pues, amigo, llegué a casa y mi madre me dijo me fuera a confesar. ¡Mira tú qué examen el de anoche para ir hoy a confesar! Y mi padre... Pero, a todo esto, ¿dónde vamos?

PERICO. Donde quieras. Vamos hacia palacio.

ANTONIO. Pues me dijo:

– ¿Dónde había ido por la tarde?

– Dando vueltas por las calles – contesté –. He estado en compañía de un amigo.

– Cuidado – prosiguió – con esas compañías y esos amigos. Esos son los que pervierten a los jóvenes. Este Madrid está lleno de botarates y calaveras...

– Padre – repliqué –, este es un muchacho de mucho talento, bien educado, y es oficial de la Tesorería Mayor.

– Esos escribientes o dibujantes de letras entran en esa carrera por no estudiar, pues, en sabiendo escribir, están corrientes: pero los más libertinos son los militares. No digo que no haya algunos buenos, pero, por lo general, la libertad que exigen de sus casas les hace meterse en enredos que muchas veces no pueden salir. Van por esos pueblos y se encuentran en el alojamiento a una joven incauta. ¡Cuánto no hacen por agradarla! Ella, inocente y llevada del oropel del uniforme, le cree y se deja engañar de sus promesas. Constancia, seguridad: todo lo prometen y, en cambio de tan buenas palabras, le entregan la mejor alhaja. Días de satisfacciones son los primeros; mas, a lo mejor, la noticia: tiene que marchar. Se acerca la hora, suena la

<sup>100</sup> F omite desde aquí y retoma en te contaré antes la conversación que tuve con mi padre

<sup>101</sup> velocidad : velocidad M : om F

<sup>102</sup> F omite desde aquí y retoma en los desafíos, tan justamente prohibidos

caja, promete de nuevo, finge, llora y se aparta para siempre: ella a llorar su desgracia y él a preparar nueva conquista en el vecino lugar. Después de esto, como el sueldo es corto y quieren mantener todos sus vicios, se ponen<sup>103</sup> a jugar. ¡Maldito juego! ¿De qué se trata en él? No de divertirse, sino de quitarse mutuamente el dinero, y para esto es necesario aprenderlo. ¿Y cómo? Con trampas y falsedad.<sup>104</sup> De aquí resultan disputas y contiendas, y suelen parar en desafíos; los desafíos, tan<sup>105</sup> justamente prohibidos, pues se cometen asesinatos, barbaries, por un honor mal entendido. El<sup>106</sup> verdadero honor es la hombría de bien.

—Padre —interrumpí—, muchas veces no se puede evitar un desafío. Verbi gracia, si uno sale de una iglesia o de una concurrencia y me da uno<sup>107</sup> un pisotón y le digo: “¿Habrá pedazo de bestia?”, y él me dice: “¡Vaya V. m. a la mierda!”, ¿tengo que desafiarle o de sufrir la befa<sup>108</sup> de los compañeros?

—Es cierto —continuó— que, como los militares no se dedican a saber si tienen razón o no, unos a otros se obligan a desafiar. Supongamos que tú salías al campo. El ser una espada más larga que otra, el escurrirse, el ladearse, el estar desigual el terreno, etc., hace que un cobarde mate un valiente. Si él te daba una estocada, te quitó la gana de volver a desafiar y, si tú se la das a él, ¿tendrás entonces razón por haberle llamado bestia? Desafío bueno fue el de Pardo hallándose de capitán general en Castilla, que lo retó un ayudante de la plaza diciéndole en un billete que fuera del servicio eran todos iguales. Él, conociendo lo podía perder, lo echó a risa y mandó al criado que entrase, pues estaba en la cama todavía, y muy serio le dijo: “Dígame V. m. a su amo que se figure que hemos salido y que me doy por muerto”, y se tendió otra vez, tapándose con la ropa.

Mi padre se rio, yo hice lo mismo y nos fuimos a acostar.

PERICO. Mil anécdotas y cuentos hay de desafíos. Lo cierto es que, si desafías o admites desafío, eres perdido y, si no, te tienen por un cobarde, los compañeros no alternan y los jefes los critican<sup>109</sup>.

ANTONIO. Esta mañana fui en casa de Juanita a ver si estaba sola. La encontré cosiendo.

—¿Estás buena? —la dije.

—Sí.

—¿Y tu mamá?

—Ahí está.

—Y qué, ¿no sale?

—No, que está algo desazonada<sup>110</sup>.

—Juanita, ¡cuánto te quiero!

—Y yo a ti también.

—¿Me olvidarás?

—No mientras seas constante.

—Seré tuyo eternamente.

En esto entró la madre. Ella la vio primeramente y, alzando la voz, dijo:

—Pues si no estuvo V. m. en paseo, ¿dónde fue V. m. antes del baile?

—Después del ejercicio anduve por las calles, y en el café hasta ser hora.

Luego hablamos de la casa de doña Margarita, del baile, etc., y me marché convidándolas de parte de mis padres para comer en casa, pues son los días de Padre.

<sup>103</sup> ponen : aponen M : om F

<sup>104</sup> falsedad : falcedad M : om F

<sup>105</sup> tan M : son F

<sup>106</sup> El M : E F

<sup>107</sup> uno M : om F

<sup>108</sup> befa M : baja F

<sup>109</sup> F omite desde aquí y retoma en tengo mucho miedo a los curas de la Tarde 7ª.

<sup>110</sup> desazonada : desasonada M : om F

PERICO. Se me había olvidado decirte que hemos sabido de mi hermana. La carta que se recibió fue falsa: la envió él mismo a Extremadura para que un amigo la pusiera en el correo de Badajoz. A ellos los encontraron en Manzanares y la justicia, temiendo o conociendo no estaban casados, los puso presos; y así, quedado él en la cárcel y ella en un convento, parió efectivamente una niña y murió poco después.

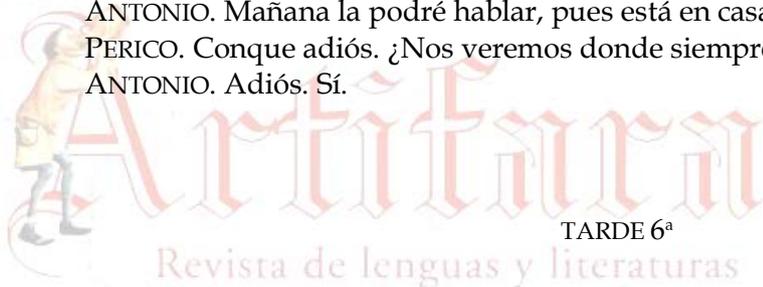
ANTONIO. Se hace tarde. Me voy por la cuesta de San Andrés.

PERICO. Y yo por la calle del Tesoro<sup>111</sup>. Pues adiós, y seguir con la empresa.

ANTONIO. Mañana la podré hablar, pues está en casa todo el día.

PERICO. Conque adiós. ¿Nos veremos donde siempre?

ANTONIO. Adiós. Sí.



ANTONIO. ¡Qué contento vengo!

PERICO. ¡Ya se conoce!

ANTONIO. ¡Soy el más afortunado!

PERICO. Vamos: ¿te has tirado a la niña?

ANTONIO. ¿A quién?

PERICO. A Juanita.

ANTONIO. ¡Ave María! No faltaba más.

PERICO. Sí, que, en queriendo ellas, es cosa difícil.

ANTONIO. Pues, amigo, hoy ha ido a comer. Estuvimos largo tiempo hablando. Luego se levantó y se metió en un retrete. Yo, haciendo la desecha, me fui por otra puerta de la sala y vine a parar al mismo cuarto al tiempo que ella salía.

— Juanita hermosa — la dije —, te quiero. Di: ¿me olvidarás?

— Jamás — contestó.

— Mira, solos estamos. ¿Me das un beso?

— No, por cierto. ¡Vamos, vamos, que puede venir gente!

En esto la tenía abrazada y sentimos pasos.

— ¡Que nos ven! ¡Vámonos, que han de sospechar!

— No te dejes, aunque venga el mundo entero, hasta que me des un beso.

Lo conseguí y se metió en la sala, y yo marché a la cocina<sup>112</sup>. Nos sentamos a comer y su pie estaba siempre sobre el mío. De cuando en cuando nos apretábamos la mano por debajo de la mesa y, en las bullas que siempre hay, la decía:

— ¿Me quieres?

— Sí. Ya estarás contento, briboncillo.

— No lo estoy si tú te has incomodado y me has besado contra tu voluntad.

— Yo nunca hago nada contra mi gusto.

Por último, acabamos de comer y la pedí licencia para venir a verte. Me pidió celos y, por último, los dejé tomando café y [he] venido volando a participártelo.

PERICO. Pues, amigo, perfectamente. ¿Y esta tarde paseamos?

ANTONIO. Sí, donde quieras.

PERICO. Vamos hacia el Retiro y llegaremos a la China.

ANTONIO. Vamos. Mi padre me ha echado dos duros para que los gaste como guste. Yo quisiera comprar algo a Juanita, pero con dos duros...

<sup>111</sup> Y yo por la calle del Tesoro : M atribuye esta oración a Antonio. Enmiendo la atribución por el sentido del pasaje.

<sup>112</sup> cocina : cosina M : om F

PERICO. No seas tonto. ¿Qué te ha dado ella a ti para que seas tan rumboso? ¿No ves que te tendrán por baboso?

ANTONIO. Yo no sé cómo estas muchachas se comprometen. Yo estoy ciego por ella y desde luego la daría palabra de casarme con ella, pero no la creerá... Si soy un pobre cadete... Si no tengo con qué mantenerla... Si...

PERICO. Se conoce por tus espresiones que se te ha pegado el pañal. ¿Quién te dice que cumplas nada de lo que prometes? Ellas siempre forman castillos en el aire: "Ahora es cadete... Pronto será alférez... A los dos años, teniente... Luego, capitán... Él es joven... Yo tampoco pierdo tiempo... Tengo un tío capellán de honor... y, sobre todo, le quiero...".

Aquí para siempre todo su cálculo. Las mujeres tienen las mismas conversaciones que nosotros. Cuando se juntan las amigas, lo primero que se preguntan es: "¿Quién te obsequia ahora?". Como si fuera precisión<sup>113</sup> que todas han de ser queridas...

ANTONIO. Lo que yo siento es que no sé cómo me he de manejar con Juanita.

PERICO. Como con todas. Di que te mueres por ella y aquella noche cenas más.

ANTONIO. Si yo la viera sola, puede que no me atreviera ni ella consentiría.

PERICO. ¡Jesús, todo al contrario! La mujer más virtuosa cae en un cuarto de hora. Este es el que ellas evitan y el que nosotros buscamos. Si tú lo logras, debes hacer todos los esfuerzos y será tuya para siempre. Muchos medios hay de hacer que una joven se entregue.

ANTONIO. Dicen que es difícil forzar a una mujer.

PERICO. Es imposible. Como ella se empreñe en una absoluta defensa<sup>114</sup>, un hombre solo no puede sujetarla, pero es preciso<sup>115</sup> seducirla<sup>116</sup> de modo que ella misma caiga. Si da el pie, tomarse<sup>117</sup> la mano y, si pierde el juego, que conozca es por su fallo.

ANTONIO. Dime qué me haré yo...

PERICO. Haces que pase su mano derecha por el hombro izquierdo y por la espalda le agarras fuertemente la otra, de suerte que no la pueda manejar; la tomas un pezón<sup>118</sup> del pecho —si es el izquierdo, mejor— y lo mueves con suavidad entre los dedos: verás se trastorna toda su naturaleza; y, si la haces unir tu lengua a la suya, no podrá menos de caer. Otros medios bruscos hay que te iré explicando...

ANTONIO. Las monjas están libres de esas pasiones.

PERICO. ¿Por qué? Figúrate una niña de siete a ocho años que la encierran allí dentro, que llega a los doce y sus parientes, por fines particulares, desean que se quede. La abadesa tiene interés en lo mismo y, unida con las demás monjas, la pintan el estado de religiosa como el más perfecto, las conveniencias y, por último, suelen añadir que todas las monjas se salvan y se van de cabeza al cielo. Como no oye otra conversación ni conoce más gente que la que le rodea, sigue contenta de novicia hasta que la hacen profesar. La alegría de los circunstantes, los convidados, las bendiciones que oye por todos lados, los mimos de las demás, los besos de las hermanas... todo la inspira confianza y su corazón está tranquilo. Mas, con motivo de alguna función pública, sale a las vistas y observa el inmenso gentío, la risa en los semblantes. Dos jóvenes bellos como el sol atraviesan enlazados del brazo y su rostro manifiesta la satisfacción que poseen sus almas: un niño a quien acarician es el fruto de un cariño inalterable. A la monja le choca todo esto y principia a reflexionar: aquellos van contentos, no les atormenta nada, se muestran todos los días a sus semejantes ¿y son felices? Conque ¿para ser dichoso no es necesario ser monja? Se entristece y se acuerda que está encerrada, que no tiene más recreo que la huerta, cuyas paredes son tan altas que no puede ver más que la ventana de su celda y

<sup>113</sup> precisión : presición M : om F

<sup>114</sup> defensa : defenza M : om F

<sup>115</sup> preciso : presiso M : om F

<sup>116</sup> seducirla : cedulirla M : om F

<sup>117</sup> tomarse : tomarse tomarse M : om F

<sup>118</sup> pezón : pesón M : om F

el campanario, ni más visitas que otras monjas, y algunas de ellas viejas fastidiosas y que no salen de una misma conversación. Su melancolía se aumenta y trata de participar su pena a una amiga íntima que tiene y hacía poco tiempo estaba en aquel convento. No había cumplido dieciocho años y siempre la encontraba sumergida en el llanto, que bañaba la cifra de un pañuelo que arrimaba a sus ojos para enjugarla, y esta le dice estas o semejantes palabras:

“Tú te encuentras triste porque no has visto el mundo; pues ¿qué dirías si hubieras gustado de sus dulzuras? Yo soy hija de uno de los comerciantes más ricos de Madrid. Perdí a mi madre de pequeña y pasaba con mi padre una vida bastante deliciosa, pues me llevaba a todas las diversiones<sup>119</sup> públicas y paseos. Un día fuimos a ver entrar un regimiento de caballería. La oficialidad era muy buena y, en particular, un caballero que me llevaría a mí cinco o seis años. Sus miradas se encontraron con las mías y sus ojos hablaron. Por la obligación de mi sexo tuve que bajar la vista, bien a mi pesar, mas desde aquel punto le amé. Fui a casa y en todo el día se me apartó de la memoria. Pero ¿cómo hablarle? ¿Cómo se llamaba?<sup>120</sup> ¿Dónde vivía? ¿Quién era? ¿Estaría su corazón libre? ¿Me correspondería? ¡He aquí lo que pasaba en mi imaginación! Al otro día le encuentro en el Prado. Nos conocimos inmediatamente y le arrojé involuntariamente una mirada que indicaba el interés que yo tenía. Nos siguió toda la tarde y dio la oración, parándose la gente, como es costumbre, a rezarla. Entonces, aprovechándose de la ocasión, fingiendo que oraba, se acercó y me dice: “Como encuentre correspondencia, siempre la amaré a V. m.”. Aunque esto lo dijo muy de prisa, lo entendí como si lo fuera delectando; figúrate lo que yo rezaría también. Él continuó viniendo detrás, por lo que juzgo averiguaría mi casa. Un día me hallaba sola en casa, pues mi padre estaba en la aduana y una criada que nos servía acababa de salir, cuando llaman a la puerta. ¡Cuál sería mi sorpresa al ver mi amante! El temor, el placer, la vergüenza luchaban juntamente en mi espíritu y mis piernas temblaban.

— ¿Me conoce V. m.? — me dijo.

— De vista — le contesté —, pero, si busca V. m. a mi padre, ha salido.

— Lo sé — continuó —. Le he dejado en la calle de Alcalá y yo solo vengo por V. m.... Sí, señorita, perdóneme V. m. este atrevimiento. Sin embargo del uniforme, no soy seductor. Los momentos son preciosos. El mirarme en el escuadrón, el fijar la vista en el paseo, el oír mis palabras, la turbación que muestra V. m. en el rostro, todo señala merezco a V. m. alguna estimación. Si es cierto, si tengo algún lugar en ese corazón, no atormente V. m. el mío. Dígame V. m. francamente y admita mis obsequios. Pero si mi amor propio me engaña, si no soy correspondido, sepa yo en este instante la noticia de mi poca dicha y me retiraré para no incomodarla jamás.

Yo no sabía qué responder. Si se lo negaba, contradecía mi pasión; si le despedía, no lo volvería a ver jamás; si se lo manifestaba, podría formar mal concepto de mí. Por fin me resolví y le mandé entrar. Se sentó y proseguí:

— Caballero, sola estoy. Espero no abusará de mi confianza ni hará acción que desdiga del traje que viste, pues cualquiera atrevimiento me obligará a dar voces, armar un escándalo, perder mi reputación, y V. m. no logrará sus intentos.

— Señora — me replicó —, puede V. m. estar segura por lo que respeta a mí. La amo a V. m. demasiado para permitir tenga nada que sentir.

Me preguntó cómo me llamaba, pues aún lo ignoraba, y prosiguió:

— Teresita, desde el momento que la vi a V. m., me enamoré de su hermosura. He tenido mis locuras, que no son de estrañar en mi edad, pero tengo igualmente buena educación. He adelantado bastante en mi carrera — pero no tanto como en este instante quisiera — para ofrecer mi fortuna a la más amable de las mujeres. La seguía a V. m. en el Prado, supe su casa y me

<sup>119</sup> diversiones : diversiones M : om F

<sup>120</sup> ¿Cómo se llamaba? : <¿Cómo se llamaba?> M : om F

he informado es V. m. hija de un comerciante viudo y raro, y que V. m. tiene la mejor reputación. Sería un vil si tratase de seducirla. No, Teresita, no tengo más que mi sueldo y una casa en la calle de la Libertad que me produce dieciséis reales diarios. Esta pobreza la dedicaría a V. m. si creyera que podía hacer su felicidad.

—No puedo negar —le contesté— que<sup>121</sup> su figura y después lo poco que le he hablado han hecho la mayor impresión. No me tengo por hermosa, pero quisiera serlo por solo agradecerle. No necesito dinero, pues tengo buen dote, y todo lo perdería por entregarle mi mano, pero es necesario se vaya V. m., pues podría venir mi padre y tener qué sentir.

Nos despedimos prometiéndonos mutuamente un eterno cariño y nunca tuve un día de tanto contento.

Con el objeto de avisarle cuando tuviese necesidad, me declaré a la criada. Esta era una catalana que me quería mucho. Nos hallábamos sin testigos y la dije:

—Pauleta, yo sé que me estimas como si fuéramos hermanas. Por lo mismo, quiero confiarte un secreto. Tú sabes mi reputación, que jamás he dado qué decir a nadie y que me he manejado siempre con el mayor pulso en punto a obsequiantes; mas, con todo, no estoy libre de una pasión. Sí, Pauleta mía, yo amo a un hombre que juzgo conviene con mi carácter; pero mira no se te escape la menor palabra.

—Señoreta, no haya V. m. miedo —me dijo—, que bien<sup>122</sup> conozco a V. m.

—El objeto de mi cariño es un oficial y yo quisiera le llevases un billete para decirle se fie de ti.

—Al momento.

Con esto tenía el gusto de verle en todas partes, pues le avisaba por Pauleta dónde iba, y, cuando mi padre salía, me visitaba guardando siempre la misma moderación que el primer día. Cuatro meses estuvimos de esta manera que me parecieron cuatro minutos, pero al cabo de ellos se concluyó esta dicha. Vivía en el cuarto bajo de nuestra casa una beata gazmoña que por la mañana oía tres misas y por la noche entraba en su habitación otros tantos cortejos. Esta, o por envidia o por estar enamorada de mi amante, le dijo a mi padre que, cuando estaba fuera, esperaba yo a que saliese la criada y entonces metía en mi cuarto a un oficial de caballería y sabe Dios lo que haríamos allá dentro. Ella no cayó en que Pauleta era sabedora, y nos sirvió de mucho. Mi padre tenía un genio fuerte. Una mañana me llamó a su cuarto y me dijo muy enfadado:

—Parece que V. m., abusando de mi confianza, permite entrar sujetos que yo no conozco. ¿Y quién? Un militar. ¡Bello sujeto! Un pelón, que no tendrá más dinero que el galón del sombrero y puede que sea falso. Todos ellos son unos calaveras, libertinos y seductores. ¡Quién sabe si a esta hora habrá ya triunfado de sus proyectos! Aunque me inclino a creer que no, pues en ese caso ya te hubiera abandonado, como hacen todos ellos. Pero tú...

Yo no sabía lo que me pasaba: mis carrillos se abrasaban<sup>123</sup>, los ojos se humedecían y no me atrevía a hablar. Por fin prorrumplí:

—Padre, ese hombre que V. m. ha llenado de improperios no es un calavera ni seductor. Es un hombre de bien que me ama y yo le correspondo. Es incapaz de propasarse a nada, pues de otro modo no le hubiera consentido el pisar el umbral de la puerta. El motivo de ocultárselo a V. m. es por la oposición que V. m. tiene a todo militar.

—Pues bien —continuó—, una vez que lo sabes, es necesario que le digas no vuelva, y dispón tu corazón para el que yo te destine. A mí me conviene tenga dinero, y sea cojo, tuerto o joven o viejo...

<sup>121</sup> bien : aen M : om F

<sup>122</sup> que : que que M : om F

<sup>123</sup> abrasaban : abrazaban M : om F

— ¡Eso no! — le interrumpí—. Mi mano la entregaré a otro, pero mi corazón es imposible. V. m. disponga lo que guste, pero no puedo amar a nadie más que a este.

— Ya veo yo — prosiguió— que, no viviendo tu madre, no puedo cuidar de ti como quiera y, así, te pondré en un convento y estaré sin tanta zozobra...<sup>124</sup>

— Pero, padre, si yo no tengo vocación.

— No importa. Allí estarás segura y yo, fuera de cuidados.

Se concluyó esta conversación. Se lo participé a mi amante y él quería persuadirle, mas, conociendo el genio del que me dio el ser, no se lo consentí esperándole de que yo le iría vendiendo; mas todo fue en vano. Al otro día, después de comer, me dijo:

— Ya he hablado a la abadesa y mañana por la mañana irás allá ínterin se proporciona tu colocación.

Se fue a dormir la siesta como acostumbraba y yo, a consultar con mi amiga.

— ¿Qué me aconsejas, Pauleta mía? Mañana voy al convento y ya no lo vuelvo a ver...

En esto lloraba y ella me consolaba.

— Todavía habrá remedio, señureta. Es preciso que V. ms. se vean cuanto antes.

— ¿Y cómo?

— Yo iré a avisarle y le daré la llave del portón. Como es soldado, no se meterán con él las patrullas ni los serenos ni los alguaciles de Marquina.

— ¿Y si se vale de la ocasión...? ¿Si nos oyen...?

— No lo tema V. m. Si yo no lo conociese, no lo haría, pero estoy muy bien segura... Es de los pocos que he visto porque a la verdad estos diablos son demonios.

— Pues bien, haz lo que te parezca con tal de que yo vea a mi amante.

Se marchó y después vino a participarme que todo estaba compuesto y que él se hallaba muy inquieto y enfadado. Llegó la noche y mi turbación, y me eché vestida en la cama. Todo guardaba silencio y Pauleta entró a las doce y media en puntillas diciendo era ya tiempo, pues había oído tres silbos, señal convenida. Salí temblando a recibirle en la escalera y no pudimos pasar. Pauleta se entró al recibimiento dejando un candil colgado en la barandilla y poco después se quedó dormida.

— ¡Carlos — exclamé —, ya no te vuelvo a ver...! Mañana soy monja...

— Te he perdido para siempre... ¿y por qué? Por ser tu padre un monstruo que violenta tu voluntad, que sacrifica su hija, que arrastra al sepulcro a mi amada...

— ¿Cómo se ha de remediar? — continué—. Dios lo ha querido y estaré destinada a ser esposa de Cristo.

— No — interrumpió —, Dios no puede quererlo: solo ese tirano, ese hortera, injerto en especiero. Ni tú puedes ser esposa de Cristo ni este Señor admitiría gustoso unos votos arrancados por la fuerza. La verdadera vocación es la que hace feliz el estado religioso; ¿y por qué te atropella de aquella manera? Por estar tranquilo y no cuidar de ti. Deja que entre a asesinarlo...

— La pasión te ciega, dueño mío...

En esto oímos un ruido en la puerta de la calle. Mi querido toma la luz, tira el sable y baja precipitado<sup>125</sup> preguntando quién iba. Se puso a hablar con uno y al instante subió diciendo era el sereno, que había visto la puerta entreabierta y venía a que la cerrasen. Le había dado unas monedas y nos guardaba las espaldas. Proseguimos nuestra conversación y él cada vez estaba más enfadado:

— Sosiégate, Carlos mío — le dije —; tu Teresa te lo ruega. Tú estás satisfecho de mi cariño, aún no he profesado y todo se compondrá. Pauleta me llevará tus cartas y por medio de esta correspondencia trataremos del medio de ser tuya.

<sup>124</sup> zozobra : sosobra M : om F

<sup>125</sup> precipitado : presipitado M : om F

— Esa esperanza me anima — prosiguió —. No me olvides, que te prometo guardarte la misma fe que hasta aquí.

En esto me estrechaba entre sus brazos y, arrimando sus encendidos labios a mis ardorosas mejillas, me dio por primera vez de un beso de puro amor, bien distinto de los lascivos del libertinaje.

Después no pensamos más que en lo sucesivo y cada vez nos enternecíamos más y más. Sus lágrimas se mezclaban con las mías y fui a llamar a Pauleta para que me trajere un pañuelo. Entonces me dio el suyo, que me hizo quedar con él, y es el que has visto he besado mil horas su cifra. Se despidió y me retiré a continuar mis llantos lo que restaba de noche.

Por la mañana temprano<sup>126</sup> se levantó mi padre y mandó buscar un coche simón y, llamándome con ceño adusto, dijo: “¡Hola! Parece que has llorado. Los ojos están muy colorados. ¿Por qué será? ¿Por no ver a tu oficialito o por ir al convento? Pues debía V. m. estar contenta cuando se trata del gusto de un padre. Vamos, vamos, que esperan las madres”. Nos entramos y me metieron aquí. Un mes seguido tuve el placer de recibir billetes de mi amante por medio de Pauleta, mas poco después dejó de venir y se pasó otro sin saber de mi casa. ¡Ya te puedes imaginar cuánto padecería mi espíritu! Si Pauleta habría fallecido o mi padre, y, sobre todo, si me habría olvidado mi Carlos... Con estas incertidumbres, un día pedí licencia a la abadesa para enviar una cestilla de cerezas de la huerta a mi padre. Lo concedió y la lega que me las trajo me dijo que el jardinero encargaba decirme que venían de todas clases y que las mejores estaban debajo. La curiosidad me hizo verlas, pero ¡cuál sería mi turbación al encontrar un billete y conocer la letra de mi amante! Le abro con precipitación<sup>127</sup> después de besarle muchas veces. En él me decía que Pauleta había sido despedida por saber mi padre era nuestra tercera, con orden expresa de que no le dejasen entrar en el convento; que él se valía del jardinero, a quien regalaba, para entregarme aquella, pues deseaba saber de mí, y, por último, me ratificaba su amor. Sin detenerme puse la contestación advirtiéndole que, en cierto sitio retirado de la huerta, había un albañal donde se podía meter la mano y que, colocando yo unos ladrillos de suerte que él pudiera colocar allí las cartas, seguiríamos escribiéndonos. Hice un ramo de limones cuyo fruto era ovillos de hilo y en un uno puse la esquela. Se lo entregué al demandadero diciendo lo diese al jardinero con el recado de que no tenía los acericos que me pedía, pero que allí iba aquel regalito para sus niños. Al momento comprendió que, no habiéndome pedido nada, era el ramo para Carlos. Se lo dio y, conociendo tendría misterio, lo deshizo<sup>128</sup>, con lo que quedó impuesto. Así seguimos algunos días, pero la suerte, que me preparaba mi última desgracia, hizo que una de sus cartas me predijese el mal que me amenazaba. Decía tenía orden de marchar el regimiento a campaña, que no le olvidase, que al otro día partía y que ninguna mujer poseería su corazón, y concluía buscaría medio de remitir las cartas al albañal ningún día falto; pero inútilmente: sin duda ha muerto. Al inmediato de este terrible billete me hallaba en el coro y suenan los clarines. Toda trémula, no puedo sostenerme y caí en tierra. Me llevan a mi celda, donde volví en mí por la asistencia de las demás monjas; y, desesperada, un año después de no saber del objeto de mi amor, profesé y me encerré voluntaria, aborreciendo las gentes que me rodean tanto como eran gratas las otras”.

La otra monja está atenta escuchando y dice:

— ¡Conque somos infelices! ¡Tú de *motu proprio* y yo porque he sido engañada! ¿Y no hemos de romper estos nudos que nos tienen ligadas, que nos oprimen demasiado?

— No son para nuestras débiles fuerzas — prosigue la otra —, pero no somos solas. Sor Viviana de la Resurrección del Señor la encerraron sus parientes en este claustro por la codicia

<sup>126</sup> temprano : temp<l+r>ano M : om F

<sup>127</sup> precipitación : presipitación M : om F

<sup>128</sup> deshizo : deshisio M : om F

del dote; sor Juana de la Asunción se vino sin vocación por haberse burlado de ella un vil amante, y a este tenor hay muchas sin verdadera vocación...

– Mas las madres podrán reparar...<sup>129</sup>

– Pues bien, vente esta noche a dormir conmigo, que quiero que me espliques los usos de los mundanos.

Se lo promete y llega el momento. Se acuestan las dos en el lecho, que es tan estrecho que apenas caben, por lo que casi están abrazadas. Entonces la jovencita dice:

– Explícame qué hace un amante para dar pruebas de su cariño a su querida.

– La dice: “Yo te amo, jamás te olvidaré, siempre seré tuyo” y otras palabras semejantes.

– ¿Y ellas las cre[e]n bajo su palabra?

– Si efectivamente tiene informes de que siempre piensa en ella, que trata de buscarla y no separarse de ella, no pueden dudarlo.

– ¿Y no exigen nada de nosotras?

– Sí, pero nosotras nos contenemos.

– Por fin, tú has logrado tener en tus brazos un hombre, pero yo sin tener el placer de ser correspondida ni obsequiada. ¡Ah, si tú fueras un amante mío, qué placer! A pesar de los votos y juramentos, no me saciaría de besarle. Si yo pudiese causar en ti ilusión...<sup>130</sup> Figúrate que yo soy tu Carlos... Estréchame en tu seno... ¡Qué ardor siento en mi cuerpo...! No sé qué me sucede... Acércate a mí... Se me recrean todos los sentidos... Sor Teresa, yo quiero deleitarme...

En esto sor Teresa suspira, llora, calla, estrecha a su amiga y una a otra... ¡Caray, por vida de...!

ANTONIO. ¿Qué es eso?

PERICO. Que he tropezado<sup>131</sup> en el reguero de estos árboles<sup>132</sup>.

ANTONIO. ¿Te has hecho mucho daño?

PERICO. Un poco me he lastimado.

ANTONIO. Andando se te quitará.

PERICO. No es más que un poco de calambre.

ANTONIO. ¿Y en qué quedó la monja?

PERICO. En nada. Siguieron ejercitando las dos los actos de la concupiscencia.

ANTONIO. ¿Y es verdad eso? Pues tú has contado la historia de sor Teresa como si hubiese sucedido.

PERICO. Que lo sea o no ni a ti ni a nadie le interesa. Lo que digo es que las monjas están sujetas a las mismas pasiones que las demás mujeres y que en los conventos pasan las mismas conversaciones que en los cuarteles, en los colegios y casas de educación. Volvámonos, que no tengo mucha gana de pasear.

ANTONIO. ¿Y en los colegios qué tal están?

PERICO. Peor. El mejor es el de las Salesas<sup>133</sup> viejas, que educan muy bien y hay mucho recogimiento. En los demás hay bailes, visitas, locutorio, cartas, etc. Si la retora es vieja, se está rezando todo el día en el coro figurándosele que todos los santos la miran, no por la habilidad del escultor, sino por la sencillez<sup>134</sup> de su alma. Si es joven, es otra colegiala: se admiten visitas en la sala de recibo, pues estando ella delante no hay inconveniente, como sucede en Santa Isabel. Como las rentas de los colegios no son muy pingües, la educación es miserable. Así, las maestras de bordado, de música, etc., suelen ser las más infelices. Luego salen por tres o cuatro

<sup>129</sup> reparar : <?+r>eparar M : om F

<sup>130</sup> ilusión : ilución M : om F

<sup>131</sup> tropezado : tropesado M : om F

<sup>132</sup> árboles : árboles que M : om F

<sup>133</sup> Salesas : Alesas M : om F

<sup>134</sup> sencillez : sencilles M : om F

días a sus casas y se repite dos o tres veces<sup>135</sup> al mes. Allí toman una teórica, que aplican luego en el colegio. Esto si no se ponen malas, que regularmente, como el cortejo sea visita de sus padres, todos los lunes les da calentura. A mí me dijo una colegiala de Loreto que había aprendido allí más que podría saber por fuera.

ANTONIO. Pues yo me voy por aquí por la calle del Prado.

PERICO. Pues yo sigo la corredera de San Jerónimo.

ANTONIO. Conque, adiós.

PERICO. Adiós.

TARDE 7<sup>a</sup>

ANTONIO. ¡A Dios, Perico!

PERICO. ¿Cómo te ha ido?

ANTONIO. Perfectamente. Esta mañana he ido allá.

PERICO. ¿Y qué?

ANTONIO. La pregunté:

– ¿Y tu madre?

– Ha salido.

– ¿Y Mariquita?

– Ha ido con su merced.

– ¿Y el criado?

– También se ha marchado.

– ¿Y la cocinera?

– Allá dentro.

Informado de que estaba sola con una criada, traté de poner en práctica tu proyecto y comenzamos esta conversación:

– Juanita, ¿me quieres?

– Muchísimo.

– Deja de coser. Vente conmigo aquí al canapé: hablaremos.

– Para hablar no es menester dejar de coser, que yo no hablo con los dedos.

– Sin embargo, parece que no prestas atención.

– Pues ¿no es eso una aprensión?

– Vente a mi lado. Eso es que no quieres darme gusto en nada.

– Vaya, iré. Ya estoy aquí. ¿Qué quieres?

– ¿Me das un beso?

– Yo no sé qué gusto sacas de besar.

– El mayor que tengo es saber que tú tratas de complacerme.

Con efecto, nos besamos y empecé a tentarla las tetas.

– Vamos, eso no – me dijo –. Estate quieto. Por esto no quería yo venir aquí.

– ¿Y por qué? ¿Qué pierdes en eso? Estate quieta; solos estamos.

– ¡Que me haces daño en el pezón<sup>136</sup>!

– ¿No te gusta?

– Sí, pero mi opinión...

– ¿Quién lo ha de saber?

– Lo han de decir las sillas. ¡Ay, por Dios, no metas la mano por ahí!

<sup>135</sup> veces : meses M : om F

<sup>136</sup> pezón : pesón M : om F

En esto, estaba encendida y apenas podía articular palabra, por lo que, aprovechando los momentos, traté de llevarla a la cama, pero se opuso y se resistió diciendo:

— ¡Hombre, estate quieto! No quiero nada de eso, que puede venir mi madre. Yo tengo la culpa: si no me hubiera quedado esperándote, no sucediera esto. Si entrara mi mamá ahora...

— Pero si es un momento.

— No, otro día será.

— ¿Me das palabra?

— Te la doy.

— ¿Y la cumplirás?

— En dándola, jamás faltaré a ella, pero ahora es muy espuesto.

— ¿Me amarás siempre?

— ¿Puedes dudarlo?

Nos volvimos a abrazar<sup>137</sup> de nuevo y mutuamente... ¡Por vida de...! ¿No tiene V. m. ojos?

PERICO. ¿Qué es eso?

ANTONIO. ¡Ya, perdone V. m., pero me ha amolado V. m. completamente!

PERICO. ¿Qué ha sido?

ANTONIO. Un pisotón que me ha dado ese bestia, que me ha hecho ver las estrellas.

PERICO. Pues Juana va a caer pronto.

ANTONIO. Quedamos en que mañana nos veríamos en los Basilios, donde irá sola con la Mariquita.

PERICO. Vamos a dar una vuelta.

ANTONIO. Vamos, y llegaremos hoy a la China.

PERICO. Sí, que es bastante temprano.

ANTONIO. Todavía no sé en qué emplear los dos duros.

PERICO. No te faltará ocasión. Mira, mañana es domingo y nos juntamos a comer en la fonda un oficial de Guardias Españolas que es muy bromista, un sombrerero que llaman Blanco, otro chico que es de consolidación y yo: puedes venir. Es a escote: das tu duro y nos divertimos.

ANTONIO. El caso es que, si pido licencia a mi padre, no me la [ha] de dar. Mejor será ir sin decir nada.

PERICO. ¿Y en qué quedó la confesión?

ANTONIO. Que al fin no fui. Sin duda mi madre mudó de pensamiento, de lo que me alegre, pues tengo mucho miedo a los curas.

PERICO. ¿A los curas? ¡Ja, ja!

ANTONIO. ¿Te ríes?

PERICO. Pues ¿no me he de reír? Escucha: un cura, como<sup>138</sup> un ministro del Altísimo, debe ser<sup>139</sup> ejemplo de virtud, modelo de piedad, casto en sus acciones y palabras, caritativo, activo en el ejercicio de sus funciones, nada vicioso, ni debe gastar lujo en su mesa, traje ni casa; no debe ser hipócrita ni tener jóvenes en su casa a título de amas, sobrinas o parientas, ni estarse jugando, cazando o divirtiéndose días enteros, etc. Pero ¡cuál al contrario sucede! Puteros, jugadores, borrachos y cuantos vicios pueden tener los libertinos poseen la mayor parte. Yo no digo que no haya algunos que no posean el espíritu del Evangelio, pero otros... Yo te diré lo que regularmente sucede. Si es un cura, como se suele decir, de misa y olla, ¡qué bajezas<sup>140</sup>, qué adulaciones, qué infamias no comete por pillar la peseta! Dicen que como se ha de

<sup>137</sup> abrazar : <???+habr> M : om F

<sup>138</sup> cura, como F : <?+c>u<??+ra> <?+c>omo M

<sup>139</sup> ser F : <s+s>er M

<sup>140</sup> bajezas F : bajasas M

mantener...<sup>141</sup> ¿Y con qué objeto tomó esa carrera? ¿Fue el de aliviar al prójimo, darle los consuelos espirituales, o fue por la propensión a la hipocresía<sup>142</sup>, por pasarse buena vida, por hacer lo que se quiera con la capa del sacerdocio<sup>143</sup>? ¿Por qué no se va a cavar?

Supongamos que es un capellán en casa de una señora viuda: la primera jícara de chocolate para don Francisco y todo para don Francisco. La señora le llama a consultar y le dice ha pasado mala noche porque es día de ayuno y es fuerza ayunar. “Señora, ni por pienso — contesta don Francisco —. En conciencia no debe V. S. hacerlo; todo lo contrario. V. S. ha de tomar alguna cosita para confortar el estómago: un pollito, una magrita”. Al fin, con beneplácito de don Francisco se traen las magras que, con suspiros y ayes, y súplicas de don Francisco, se concluye medio jamón y, si apretase más el bueno del capellán, se comería la señora el plato. Con esto logra él que ella diga a sus amigas: “Don Francisco es una alma cándida y de talento. Estoy contentísima con él y no con el secator de don fulano, tan hipócrita que me criticaba si iba a un baile. ¡Este es tan gracioso! Particularmente cuando toma a la Manolita por su cuenta y la dice unas cosas que la pone tan sonrojada. El otro día la hablaba de la primera noche de novios si ella llega a casarse, y se le ofrecían a don Francisco unas cosas que nos teníamos todas de risa. A la muchacha también le gusta que la digan algo de esto, y así es<sup>144</sup> la que le entra agua para lavarse y el desayuno, etc.”. Esto poco más o menos es lo que les sucede a los holgazanes capellanes de casas grandes. Si el cura es capellán de regimiento, ya se les concede ir de militares, pues, siendo el color del vestido obscuro, se ponen currutacos cual nadie. Se reúnen con los oficiales y, como la conversación de estos regularmente es de putas, meten también su cucharada. ¡Cuántos están con una moza y dos o tres horas después se van a decir misa! A esto replican que los militares lo hacen y que ellos son hombres: ¿y porque V. m. sea hombre ha de ser putero? Van a un lugar y, si se alojan con otro, ponen en práctica la seducción, fiados en que con más facilidad echarán la culpa al otro que a él.

Si es cura párroco de parroquia de Madrid, son los más déspotas: tienen dos o tres tenientes, no dan los sacramentos sino a personas de gran carácter y, para ponerse la capa corta, han de llevar una onza. No entierran si no pagan, y el que no tiene con qué, viene la misericordia y pone al difunto en una esquina por tres días, hasta que junta con qué pagarla toda la familia; llena la casa de moscas, causando hediondez y asco a los que pasan. Sin embargo de que todos nos morimos poco más, poco menos, de un mismo modo, los entierros se han de diferenciar *en gran clamor, medio clamor y misericordia*. Este se hace muy deprisa, sin acabar de pronunciar, como se acostumbra en los hospitales. Si es de medio clamor, se doblan algún tanto las campanas y hay bayetas, etc. El de gran clamor es para condes y duques. Suele haber piporro y los curas se ponen en filas, cantando muy pausado y con voz hueca; y, mientras el paternóster, se ponen dos a<sup>145</sup> hablar de noticias y de gaceta, y, al responder el coro “*sed libera nos a malo*”, dicen llevando compás y graves: “*a malo*”. Concluyen y van a decir el pésame al que hace el duelo, y, en voz baja, pronuncian: “*Resquiescat in pace*. Dios nos dé salud para encomendarle a Dios”, y, entre sí: “y para pillar pesetas”. A la noche se aparece en el duelo de la casa uno de ellos, que no está contento con los derechos que le tocaron, y se sienta en un rincón de la sala, sin hablar con nadie hasta que sacan el chocolate y pan tostado, y dice al del lado: “¡Qué buen señor! Yo le conocí algún tiempo”; y esto arqueando las cejas y sorbiendo la morenilla. La viuda, que no le conoce ni nadie le da razón, se acerca a él y este la pide algunos calzoncitos que dejó el difunto. Al día siguiente se presenta el sacristán mayor, apoderado y recaudador de estos bienes, y saca una cuenta más larga que las del Gran Capitán. Allí va puesto que al crucero, esto es, al segundo sacristán que salió con la cruz desde la sacristía al

<sup>141</sup> mantener F : m<?+a>n<???+ten>er M

<sup>142</sup> hipocresía F : hipocrecía M

<sup>143</sup> sacerdocio F : sacerdo<te+cio> M

<sup>144</sup> es F : es <-q> M

<sup>145</sup> a F : om M

medio de la iglesia, ocho reales, y se le dio medio; a los campaneros, que de rato en rato hacían *blon*, seis reales, y eran monacillos, que se dieron seis cuartos. Como él va con su vestido riguroso, su chorizo y tétrico, y, además de esto, es el último gasto que hace el héroe de la función, no repara la viuda en darle cuanto pide porque se le quite delante. Si el muerto es gran señor, hay partidas mayores que las de una plaza. Luego siguen las honras, que todo se podía hacer de una vez, pero no se podrían llevar los derechos dobles. Hay ciertos personajes que se entretienen en buscar curas por todas las posadas para decir misas, y su propina sale de la casa de los muertos. Así, una de las partidas es al encargado de misas.

Pues vete a un lugar y encontrarás una porción de ignorantes por curas. En todos ellos ni confiesan ni dicen misa, amancebados con sus amas. Cura he conocido yo, y no lejos de aquí, que se estuvo tres días seguidos jugando mediator. Dejan imbuir a sus feligreses en supersticiones<sup>146</sup>: unos porque no entienden la religión y otros porque les conviene. Se ponen su balandrán y se van de visita por todas las casas, donde le reciben como a un dios, y así es un déspota en su pueblo.

Figúrate ahora un canónigo. Entra en su casa y verás la rica sillería, grandes cuadros en la sala, aunque pintadas las paredes con colores oscuros<sup>147</sup> por la decencia. Entra al gabinete y repara las alfombras de que está vestido, los tapices con que se cubren las tapias. En su bufete hay un Cristo con su calavera y varios libros, la *Guía de forasteros*, un añalejo y un breviario. Detrás de su silla hay un pequeño estante donde se colocan el padre Fleurí, el *Año cristiano*, la Biblia, el Kempis, la *Historia de España* de Mariana y alguno que otro de moral; mas este estante oculta un secreto donde está *Vida de Catalina II*, *Vida de María Luisa de Borbón*, escrita por Covarrubias, *Vida secreta de Felipe II*, *Vida del Príncipe de la Paz*, por Azara, cuando estuvo de embajada en París, y otra multitud que callo, que solo él tiene permiso de leer. Pásate a la alcoba y hallarás la cama bien colgada; un gran sillón, que encubre el servicio, forrado de terciopelo carmesí. En un armario contiguo está la ropa, que se compone de camisas de fino holán, pues tiene que mudarse diariamente; un rico sombrero de castor en papel de estraza envuelto; otro de tres picos para cuando sale de militar; otros dos para lo diario; hábitos de seda y paño, ya finos, ya ordinarios; pañuelos; chalecos; chupas, un sin fin; medias; zapatos; botas; de todo. En otro cuarto están colgados en una percha el balandrán, las capas de color, el capotón de caza y tres o cuatro pares de botas y botines; unas alforjas bien tejidas, con sus borlones en el remate, y, en un rincón, una escopeta con cañón de Bilbao, oído de oro y abrazadera de plaza. También son de plata el puño del látigo, la escribanía, la vajilla y el orinal. En la cocina<sup>148</sup> están ardiendo varias hornillas. Llégate al fogón y olerás no a verduras saladas, como los padres del desierto<sup>149</sup>, sino a rico jamón. Observa las pollas que se tuestan en el asador, los guisados y pichones que se desmenuzan. Sube a las guardillas y no podrás entrar en ellas por los cestos de cascajo que están provistas, y los techos cubiertos de uvas, melones, manzanas, chorizos y todo género de cecina<sup>150</sup>. Baja al sótano, donde están no los cilicios ni utensilios de penitencia, sino grandes cubas de excelentes vinos. En la caballeriza se encuentra un caballo para pasear y correr liebres, y una mula que se anda quince leguas en un día.

Para su servicio tiene una ama de llaves y de gobierno, pero tiene edad y necesita otra que la ayude. Mas no quiere una vieja, están siempre llenas de histérico y enfermas; tampoco una niña mocosuela que no llegue al fregadero. Mejor será de dieciocho a veinte años. Por fin ya encuentra una moza de un lugar cerca de la corte. Esta estuvo enamorada de un joven gallardo, hombre de puños, siete u ocho años, como en los lugares se acostumbra; y, después de muchos requiebros y músicas por la reja, la prometió ser suya y la regaló una cinta ancha azul

<sup>146</sup> superticiones M : supersticiones F

<sup>147</sup> oscuros F : oscuros M

<sup>148</sup> cocina F : cosina M

<sup>149</sup> desierto F : decierto M

<sup>150</sup> cecina : cesina M : cocina F

que le sirvió de hacer el papel del rey en una comedia que hicieron en el lugar; y ella, en cambio, unas medias rayadas, con lo que los dos eran conocidos, en particular ella, que la nombraban Blasa “la de la cinta”<sup>151</sup>. Él la pidió que fuese suya, pues aquel<sup>152</sup> mayo les habían de echar por el coro y colgarles la coyunda. Ella consintió y, entrando por el corral, sin embargo del alboroto de las gallinas, que creían era la clueca, se fueron al pajar, donde ella le dio una flor en señal de buena novia. Pasados días se encontró la muchacha con que iba aumentar la población y le apretó para que le cumpliera lo de marras, pero él contesta que antaño era otra cosa y que hogaño ha mudado de bisiesto. Ella tenía la zumba de las mozas del pueblo por ser conocida por “la de la cinta”, mas no dio a luz con felicidad y, salida de aquel susto, trata de continuar el pleito y se va a servir en casa del canónigo, quien la ofrece su protección. A fin de agradarle, se esmera en cuidarle y él le echa algunas puntadillas para hacerla ver que la quiere. Ella lo conoce y se pone a discurrir: “Yo ya no me tengo que casar con Antonio...”.

ANTONIO. ¡Hola! ¿Que se llamaba como yo?

PERICO. No, estos son nombres que yo finjo para hacerte ver lo que son los canónigos.

ANTONIO. Sigue.

PERICO. Pues, señor, ella sigue haciendo sus cuentas: “A mí me gusta desde que lo hice con él... Si muere el ama de gobierno o se va, yo me quedo dueña de todo... Hasta<sup>153</sup> para confesarme ha de ser con él... Pues nada arriesgo... Si me dice algo, diré que sí”.

El cura la saca muchas veces la conversación:

– ¿Te acuerdas del novio?

– Sí, señor.

– Como que querías se te apareciese por ahí, en algún pajar...

– Vaya, señor, no me diga su merced esas cosas.

Mientras viste, está ella presente, le limpia los hábitos y él, dándole la mano para que se la bese, la aprieta diciendo: “Adiós, hija, que me voy al coro”. Al salir<sup>154</sup>, se le presenta un pobre y exclama: “¡Vaya! ¿Por qué no trabaja?”, y, remangándose la sotana, se quita un botón de la pretina y saca un puñado de duros, pesetas y reales, y le entrega un ochavo al pordiosero suplicándole le encomiende a Dios. No ha andado cuatro pasos y viene uno a decirle si gusta comprar anguilas, pero que son a nueve reales libra. “Sí, amigo, que hace algún tiempo no pruebo bocado tan delicado”, y le dice a Blasa que encargue al ama de gobierno se aproveche de la ocasión y le compre tres libritas. Cuando vuelve a comer le da sus finezas a la criadita y ella dice: “Cómaselo V. m., señor, que está bueno”, haciéndose la desdeñosa. Luego se acerca al cura<sup>155</sup> y le dice: “A ver, estese su merced quieto”, y, dándole con el dedo índice en un carrillo, prosigue: “No pensé que era una pulga”. Por las noches entra a arroparle y, al subirle la ropa, siempre le mete el dedo<sup>156</sup> chico en la boca, como casualmente, y le coloca la colcha por la espalda para que no coja viento. Ya él no se puede contener y la vuelve a sacar la conversación del novio y añade:

– Tú no eres una puta, pues este nombre se da a las que se entregan por dinero y tú lo has hecho por tu gusto, y este no es un gran pecado. Dime: ¿y es cosa que nunca te olvides de él?

– Ya no me acuerdo tanto.

– Si yo fuera seglar te había de cortejar porque tienes unos ojos muy hechicerillos.

– Vaya, señor, su merced se chancea.

– ¿Quisieras tú tratar con un cura? Suponte tú que yo te dijese que te quería.

<sup>151</sup> cinta F : sinta M

<sup>152</sup> aquel M : en aquel F

<sup>153</sup> Hasta M : om F

<sup>154</sup> salir F : sa<\lir> M

<sup>155</sup> F omite desde aquí y retoma en Si le preguntas a un fraile por qué tomó el hábito

<sup>156</sup> el dedo : el dedo el dedo M : om F

– No lo cre[e]ría, señor. V. m. tiene gana de divertirse conmigo: me voy.

– Aguárdate. Mira, aunque soy cura, soy hombre y no puedo contenerme: estoy enamorado de ti... He hecho mil propósitos... No lo puedo remediar... Todo cuanto tengo será tuyo...

– Señor<sup>157</sup>, por Dios, que lo pueden oír...

– Pues porque no nos oigan, ven esta noche cuando se vaya el comprador y se quede dormida doña Gertrudis. ¿Lo harás? Ya ves que no aventuras nada. Nadie tiene que saberlo: conmigo te has de confesar.

– ¿Y si me sucede otro trabajo?

– Ya haremos de modo que no: Antonio es un pobretón, yo tengo dinero y...

Por fin quedan convenidos y a medianoche se va ella en naguas con un pañuelo, de puntillas para no hacer ruido. El cura, que lo siente, se incorpora y la espera, y cuando...

ANTONIO. ¡Qué hermosa fachada tiene la China!

PERICO. Sí y, si tuviéramos conocimiento, habíamos de entrar dentro.

ANTONIO. ¿Que no puede entrar todo el que quiere?

PERICO. No, se necesita escuela.

ANTONIO. ¿Te parece que volvamos?

PERICO. Como quieras.

ANTONIO. Tonto me has dejado con lo que me dices.

PERICO. Pues cree que es cierto cuanto te ha dicho. Unos de un modo y otros de otro, todos tienen la misma vida.

ANTONIO. Pues entonces, ¿qué me dirás de los frailes?

PERICO. Esos son peores. Cuando un fraile sale malo, es el más perverso del universo y, si no, dígalo el capuchino de Valladolid, el carmelita de Sanlúcar, que asentó a la novia a la puerta de la iglesia, constándole veinte mil duros a la<sup>158</sup> comunidad que no le ahorcaran.

ANTONIO. ¿Y qué hicieron de él?

PERICO. Aún vive y está en el castillo del Morro, en Puerto Rico. Otro carmelita, también en Sanlúcar, obsequiaba una señorita y la hizo embarazada. Porque no se descubriese, fíngese mala, se lo comunica al médico, quien dijo era necesario que la niña tomase aires, y la madre, por empeños del religioso, que mangoteaba en la casa, la envió acompañada de este a Sevilla, en casa de unas parientas. Al salir fuera del pueblo, despidieron el coche, descargaron la ropa, esperaron que fuera noche y los entraron a una casa. El fraile la dijo que, para que no pudiesen encontrarla, que la tendría en su celda y que, luego que pariese, volvería a fingir iba a Sevilla y la traía a su casa, y que en el convento escribiría a su madre. Ella consintió, la mandó ir por la puerta de los carros y él entró por la portería. La subió a la celda, donde la llevaba de comer. A los cinco o seis días se presentó en la casa diciendo quedaba la señorita tan buena. A poco después le dijo a la muchacha que en la celda estaba espuesta; que, si tenía ánimo, la bajaría a la bóveda, donde nunca entraba nadie, y que él tendría cuidado de llevarla el alimento. La infeliz empezó<sup>159</sup> a sospechar, pero ¿qué había de hacer viéndose en su poder? Consintió y la puso un hábito, y, a eso de las once de la noche, la bajó. Estaba en el coro un religioso rezando y notó que entraban dos frailes en la bóveda. No le pareció nada extraño, pero sí le chocó que salió uno no más. Dio parte al guardián y este se levantó, y se fueron los dos a la bóveda y se encontraron a la muchacha desfigurada, abierta en canal de puñalada, extraída del vientre la criatura y estampada en la pared. Se quedaron atónitos, les dieron sepultura a los desconcertados miembros y, encargándose mutuamente el secreto, se emplearon en ir por todas las casas donde visitaban frailes carmelitas para averiguar quién fuese. Entraron en aquella casa y lo

<sup>157</sup> Señor : Señor M : om F

<sup>158</sup> a la : al M : om F

<sup>159</sup> empezó : empezó M : om F

primero que dijo la madre fue que estaba muy apesadumbrada, pues no tenía noticias de su hija, a quien había conducido a Sevilla el fraile que estaba presente. A esto se turbó el padre, y el guardián y el otro le esperaron en la calle y le agarraron diciéndole, pena de santa obediencia, viniese al convento; pero él echó a correr sin obedecer. Corrieron detrás, dieron voces y lo prendieron. Al instante confesó y en su declaración dijo que, después de sacar la criatura, creyendo que se le parecía, lo estampó, acabando de desfigurar la madre.

¿Qué te parece? ¿Puede haber mayor infamia? Todo nace de la mala educación, los pocos o ningunos principios, la grosería de su trato, la hipocresía<sup>160</sup> de que se revisten, los hábitos con que cubren sus delitos. Si le preguntas a un fraile por qué tomó el hábito, no te dirá que es por auxiliar enfermos, asistir al confesonario, etc., sino por pasarse buena vida. A las doce tiene la mesa puesta sin que les cueste un cuarto. Se visten, se pasean, dan cuatro gritos en el coro, cenan y se acuestan: todo, pura holgazanería. Y, como hay tanta beata, gazmoña<sup>161</sup>, alcahueta e insensatos que, porque llevan aquel traje, los juzgan incapaces de pecar, se burlan del bello sexo y dominan en muchas partes. También se ponen petimetres, ya cortándose el cerquillo<sup>162</sup> de esta manera o de la otra, ya alzándose más o menos el cordón, ya bajándose el zapato, etc. ¡Oh, vosotros que nos predicáis con voces de grajo y gritos desaforados el Evangelio como si quisierais convertirnos a fuerza de pulmón; vosotros que, regoldando en vuestros claustros, retumban las voces con el ahito; vosotros que, sentados en el confesonario, hacéis de la religión el juego de los cubiletes!

Jerónimos, en cuyas mesas hay más viandas y se destroza más carne que en casa de un potentado, cuyo procurador en Madrid y administrador de hospital en Guadalupe son dos pingües mayorazgos, ¿por qué engañáis con la ollita de miel, milagrosa por los tubos que ella oculta y os vale más de veinte mil ducados al año? ¡Y tú, prior del Escorial, cuyo trato con los reyes te hace ser en la apariencia el sabio mayor, aunque no hayas visto un libro! Mercenarios, en cuyas celdas se reparte más dinero que en la casa de un cambista, que con el mediatorcito arreglado y el tresillo pasáis al monte, banca y parar atravesando muchos miles, ¿en qué invertís lo que sacáis diariamente por el rescate de cautivos? ¿Por qué no aumentáis esas pérdidas y ganancias a este fin, y no llorarían tantos en las mazmorras? Y tú, general, ¿por qué admites el tratamiento de excelencia y te titulas grande de España, como el de los franciscos y San Juan de Dios? ¿Lo pone eso el instituto? Capuchinos, ¿[por] qué aparentáis humildad y mantenéis dos cocinas<sup>163</sup>, una bien distinta de la otra? Franciscos, que a cuenta del ajito y el cominito vais con las alforjillas seduciendo jóvenes incautas, ¿por qué aparentáis pobreza cuando el síndico conserva una porción de capitales?

Frailes de San Juan de Dios, que os preciáis de curanderos y habéis sacrificado en vuestro hospital más víctimas que enfermos, ¿a qué venís engañando con los panecitos de san Rafael si destináis el producto de limosnas en hacer meriendas en los molinos y en la Virgen del Puerto? Cartujos que aparentáis silencio y ningún trato con el mundo, ¿por qué no imitáis a los religiosos de la Trapa, y no que os juntáis los jueves y domingos en la huerta donde leéis<sup>164</sup> los papeles públicos, versos, canciones y asuntos amorosos? Y tú, prior, cuya celda, mesa y trato es mejor que la de un príncipe, ¿quién te permite ese fausto? ¿En dónde está el capítulo que espese debéis<sup>165</sup> tener esas riquezas, esas yeguas y esos criados? Con todas las religiones hablo: ¿observáis lo que previene la regla, lo que manda el instituto, lo que dejó establecido el fundador? Si no lo hacéis, en lugar de ser útiles sois unos zánganos del estado y perjudiciales a la sociedad.

<sup>160</sup> hipocresía : hipocrecía M : om F

<sup>161</sup> gazmoña F : gasmoña M

<sup>162</sup> cerquillo M : cesguillo F

<sup>163</sup> cocinas F : cosinas M

<sup>164</sup> leéis F : leis M

<sup>165</sup> debéis M : debas F

Desengáñate, Antonio: los religiosos de la Trapa son los únicos que aún conservan sus estatutos y los que efectivamente están separados del mundo. Son limpios, trabajadores; no hablan sin permiso del abad; no son hipócritas y cumplen con cuanto está prevenido; ignoran cuanto pasa en el mundo, pues ni aun correspondencia tienen con sus familias. ¡Estos sí son verdaderos religiosos!

ANTONIO. ¿Qué dices tú de los jesuitas? Mi padre los alaba mucho.

PERICO. Los jesuitas eran los más perversos. Trataron de dominar el mundo, como los templarios y otras comunidades. He leído de ellos poco bueno y mucho malo, y aquello escrito por ellos mismos. El padre Mariana fue el que más sacó la cara y, antes de morir a los ochenta y dos años de edad, se retractó de todo en descargo de su conciencia. En las cartas de Clemente XIV se lee, en el decreto de su extinción, que, después de tantos años de maduro examen, se hace preciso extinguirlos por ser peores que los templarios y que otras comunidades. Tenían obligación de manifestar la confesión de los penitentes al general: ¡cuánto mal no podía resultar de esto! Así, el padre Richi, estando preso en el castillo de Sant Angelo en Roma, le dijo a un cardenal: “Eminentísimo, en esta silla estoy gobernando toda la Europa”; y solo se fiaba de eso. Ellos fueron los motores de la revolución de Madrid cuando el motín contra Squilace, que, por no encontrar al pueblo dispuesto al regicidio, lo adelantaron al Domingo de Ramos debiendo haber sido el Jueves Santo. ¡En cuántas causas no han estado inculcados! Te podría<sup>166</sup> enseñar una porción de libros y manuscritos que indican sus infamias. Solo el que se intitula *Origen, progreso y decadencia de la Compañía de Jesús* te dice las causas que originaron y te cita el padre, el día, el año, el sitio y el cajón del archivo donde se conserva. Ellos comerciaban y en las letras llevaban más que<sup>167</sup> a lo que corrían en la plaza porque decían que los bancos suyos no podían quebrar y era falso, que el de Sevilla quebró en cuarenta mil ducados.

ANTONIO. Pues, señor, me voy.

PERICO. Adiós, hasta mañana<sup>168</sup>.

ANTONIO. Espero ver a Juanita en los Basilios.

PERICO. A ver si haces algo.

ANTONIO. Es imposible: se perdió la ocasión.

PERICO. ¡Quién sabe!

ANTONIO. Adiós

PERICO. Adiós.

#### TARDE 8ª

ANTONIO. ¡Por Dios, Perico, que me traigan una copa de Andaya, que vengo contentísimo! ¡Loco estoy!

PERICO. Aún es temprano para ir a comer, pues es la una de la tarde. ¡Cuéntamelo todo!

ANTONIO. Fui esta mañana a los Basilios y, apenas me detuve en la puerta, llegó Juanita sola con Mariquita. Me acerqué<sup>169</sup> a ella y la dije que no entrase, pues podíamos hablar el tiempo que durase la misa. Me siguió y proseguí:

— Juanita, quisiera me hicieses un favor.

— ¿Qué favor será él? — contestó.

— Que subas aquí, a una casa de una viuda que ha estado sirviendo en mi casa, y tomaras unos dulces...

<sup>166</sup> podría F : podía M

<sup>167</sup> que F : <de+qe> M

<sup>168</sup> F omite desde aquí y retoma en ¿Vamos al teatro? de la Tarde 9ª.

<sup>169</sup> Me acerqué : Me acerqué me acerqué M : om F

–No, no –interrumpió–, demos por ahí unas vueltas ínterin se acaba la misa.

–¿Y para qué? ¿Quieres que nos vean? ¿No es mejor hablar donde nadie tenga que reparar? Es aquí cerquita, en la calle Hortaleza.

Efectivamente, fuimos y la dije se esperase en el portal, pues había muchas escaleras y, si no estaba, no tenía que molestar. Subí muy deprisa en casa de aquella alcahueta que me dijiste, llamé y pregunté a una vieja que salió a abrir:

–¿La señora Vicenta?

–Servidora de V. m.

–¿Es V. m. alcahueta?

–Sí, señor.

La di un duro y la obligué a salirse porque llevaba una señorita que la daba vergüenza. Se pasó en casa de una vecina y, tosiendo en la escalera, subió Juana con su compañera. Al momento preguntó por la viuda y respondí había ido a traer alguna cosa. Entonces me acerqué a ella a hablar con voz baja y Mariquita se salió al balcón para dejarnos libres, y principiamos este diálogo:

–Juanita, ¿estás satisfecha de mi cariño?

–Sí.

–¿Y tú me amarás siempre?

–No lo dudes.

–Dame una prueba de ello.

–¿Qué quieres?

–Un beso.

–Pues ¿al momento... a besar?

–¿Qué inconveniente tienes? ¡Será el primero!

–Ojalá lo fuese.

–Dámelo.

–Luego querrás otras cosas.

–¿Y qué perdías?

En esto la tenía abrazada y la besaba en la boca y en el pecho, la mamaba la teta izquierda. Ella estaba sofocada y no podía apenas hablar, y yo continuaba:

–Juanita mía, eternamente te amaré. Te juro casarme contigo... Solos estamos... Vamos a gozarnos.

–No, eso no. ¿Quieres que yo quede perdida?

–¿Y por qué?

–Una mujer pierde su reputación si las gentes lo saben.

–Y, si no, es imposible. Ni por mí ni por la Mariquita debes tener cuidado.

–Y, si no me caso contigo, el hombre que me toque, lo conocerá.

–No lo creas, los hombres no conocemos nada. En poniendo la cara de vieja y diciendo: “¡Ay, que me haces daño!”, lo creemos todo.

–¡Jesús, cómo me has puesto! ¡Mira mi pañuelo! El pecho descubierto... Este míralo: se me ve... ¡Quita la mano!

–Juana mía, en un momento los instantes son preciosos. Ayer me lo prometiste.

–Pues bien, hagamos lo de ayer.

–Eso es más pecado y es perjudicial a la salud.

–¿Y si resulta algo?

–Por la primera vez es casi imposible, pero, si sucediese, lo reconoceré por mío, me casaré contigo, lo desharemos o lo pondremos en la cuna.

–¡Jamás! Si me sucediese, yo misma le arrimaría a mi pecho. ¡Qué placer!

— ¿Lo ves<sup>170</sup>? Tú misma estás queriendo y, por ese maldito honor... Vamos.

En esto, la cogí en brazos y la eché sobre la cama. No se resistió, pero empezó a gritar y a decir que se moría. Creí que la daba algo, mas luego conocí era por ser la primera vez. Tardamos mucho tiempo y nos quedamos rendidos. Me apeé y ella se quedó suspirando, y me dijo:

— Ya lo has logrado. He sido débil, pero te amo más de lo que piensas. Si me tienes alguna estimación, te suplico no lo digas a nadie.

Se levantó y encontramos la cama llena de sangre. Llamó a la Mariquita y la rogó también que no lo supiera alma viviente.

— No tenga V. m. cuidado, señorita — la contestó—. Sabe V. m. cuánto la estimo y la agradezco, lo que me honra, pues por V. m. ha entrado mi Pepe en casa de su mamá sin que nadie lo entienda.

Me preguntó dónde estaba la viuda, que tanto tardaba, a lo que la desengañé diciéndola era mentira forjada por mí para hacerla subir, que estábamos en casa de una alcahueta y se había marchado en casa de una vecina. Entonces reparamos en aquella habitación, que parecía un pozo<sup>171</sup> por la inclinación del techo.

Nos marchamos y reparé que bajaba temblando. En el último escalón la volví a besar y ellas salieron antes, quedándome yo a orinar para hacer la deshecha.

PERICO. Conque ¿has encontrado un virgo? ¡Dichoso tú, que yo jamás le hallé!

ANTONIO. ¿Es hora ya?

PERICO. Sí, vamos, que ya estarán aguardando.

ANTONIO. ¡Nunca me imaginé que saliese tan bien!

PERICO. El plan que tú has seguido es excelente. Desengáñate: todas las mujeres caen sea por fas o por nefas. Yo te daré, luego que lo concluya, un tratado de seducción que estoy haciendo, en el que se ve el modo de atacar a las niñas, a las jóvenes, a las viejas, a las casadas, a las solteras, coquetas, etc., del gran tono, sosas, frías, aldeanas, cortesanas y, por último, toda clase de individuo del bello sexo. Porque ¿cómo una mujer, por mucho talento que tenga, se ha de resistir a tantos contrarios? Su vanidad, su amor propio, su curiosidad, la naturaleza, los encantos, la alternativa de un viejo marido, celoso y enfermo, y un amante hermoso, dedicado a obsequiarla, cortejarla y darla cuantos gustos pueda apetecer su capricho... Si a esto se agrega una amiga, una criada de confianza, una parienta, etc., no tiene remedio: cae. Estas le pintan todo fácil, accesible<sup>172</sup> y sigiloso. Te digo la verdad: para mí una mujer en el mero hecho de no entregarse a otro hombre es la mujer más virtuosa.

ANTONIO. ¡Cuántas se casarán por salir del poder de sus padres, de su tía, de su tutor!

PERICO. Muchísimas. Y esas es preciso que sean infieles a aquellos con que se unieron no por amor, sino por lograr su gusto.

[ANTONIO.] Ya estamos aquí.

PERICO. A Dios, caballeros.

— A Dios, Perico.

PERICO. ¿Y los otros?

— Ahí están en ese cuarto, con dos ganivetos. Ya vienen.

PERICO. ¿Qué ha habido?

— Nada, dos indecentes pulpos que se han incomodado porque las hemos dicho, si querían, les pagaremos la comida.

PERICO. ¡Que se vayan a la mierda! Vamos a comer nosotros.

— ¿Quién es este caballerito?

<sup>170</sup> ves : vez M : om F

<sup>171</sup> pozo : puzo M : om F

<sup>172</sup> accesible : accequible M : om F

PERICO. Un amigo mío que viene a acompañarnos.

ANTONIO. Servidor de V. ms.

PERICO. Ahí tienes la lista: pide lo que quieras.

ANTONIO. Ya pediré.

PERICO. Manuel, ¿qué tal eran?

– Jesús, son dos putas de la calle de Santa...

– Callar, que está el cadete delante.

– ¡Toma! ¿Te parece que no entenderá ya el chiquito?

– ¿Está virgo?

PERICO. Como tú.

ANTONIO. Si he pedido lengua de vaca y me traen albondiguillas...

PERICO. ¡Si estos mozos son unos brutos!

– ¿Quién quiere olla?

– Yo no.

– En estas casas no se puede comer el puchero.

PERICO. Blanco, ¿y qué tal te ha ido?

– Bien, estoy enamorado, porque el hombre, sin esto, deja de ser animal racional. Y el objeto de mi cariño es de la hez de la plebe, pero ¡qué placer si fuese yo algún día el mortal que la poseyere!

PERICO. ¿Y se puede saber quién es?

– Es la negrita de Alcañizas. Sí, su color es de etíope, pero sus mamilas de azabache se hacen titilar.

– Pues yo digo la verdad: ninguna mujer me causa ilusión; lo mismo trataría a la Matilde Gálvez que a Paca la puñetera.

– Hombre, voy a contaros lo que a mí me sucedió la otra noche. Bajaba por la Red de San Luis y me encontré una tapujada que, al vislumbre del farol, conocí no era vieja. Díjela: “Envido”, y contestó: “Quiero”. Nos metimos en un portal de la calle de la Zarza. Me pidió la paga adelantada, como el pago de centinela, y la entregué dos pesetas, por cuyo precio se arremangó hasta el pescuezo<sup>173</sup>. Estábamos en una meseta de la escalera que estaba a oscuras y, cuando iba a atacar al enemigo, se abre de pronto una puerta que había al lado, con una luz y hombres y mujeres gritando. Me quedé como los troyanos cuando parió el caballo. Ella echó a correr y yo, tapándome la cucarda, saltaba los escalones de tres en tres. No sentía más que los sesenta y ocho cuartos, pero aquella alma cándida, más prudente que Abigail, me esperaba en una esquina. No encontramos otro portal a propósito hasta una casa frente al puentecillo de la calle del Arenal, donde vive un tal Zorraquín. Se concluyó la operación y me encontré todo el muslo<sup>174</sup> humedecido. “¡Qué evacuación!” dije entre mí. Pero no fue lo que yo pensaba, sino que la indina me meó. ¡Qué! ¿se ríe V. m., caballero cadete? Pues cuidado no le meen a V. m. de otra manera.

PERICO. En Alcalá hay una que llaman la sorda de la calle de Libreros que se mea y caga cuando...

– ¿Quién ha pedido manos rebozadas?

PERICO. Yo. Vengan acá.

– ¿Qué postres hay?

– Ahí está la lista.

– Que traigan frasquillos.

– Yo pago.

<sup>173</sup> pescuezo : pescueso M : om F

<sup>174</sup> muslo : muzlo M : om F

– El otro día iba una avellanera por la calle de Relatores y me acerqué a decirle cosas: “¡Cómo me gusta una manola bien puesta!”. “Y a mí me *enfaa* un usía de medio pelo”. “No te enfades. ¡Qué hermosas son dos avellanas que estoy viendo! Si me vendes las más gordas, te las pagaré bien”. “¿Cuánto va que le pongo con las *meyas* en *metaíta* de las muelas?”. “No creí yo fueses tan esquivá”. “¿Que si soy esquivá? Ya lo *güelo*, pues: anís. ¡Si pensará que soy de las petrimetas que se almidonan el pelo y se echan mejunjes en el *nigocio pa* que las *güelan* los zurrutrastos *resfriaos!*”. Viendo yo que alzaba el grito, apreté el paso y ella se quedó diciendo: “Como la leche, avellanas”.

– Aquí están los frasquillos.

– ¿Quién tiene tirabuzón?

PERICO. “Perfecto amor”. ¿Qué entenderá el que puso esto por perfecto amor?

– “Leche de la Virgen”. ¡Qué barbaridad! Al fin, cosas de Chiflor.

PERICO. “Leche de vieja”. Por fin, esto pase, aunque en el sentido de la voz no será nada agradable.

– Anisete<sup>175</sup>.

– Bien puede decirlo en diminutivo porque es regular no tenga más que un anís.

– “Aceite de Venus”.

PERICO. Si hubiesen trocado los nombres sería mejor y se diría “leche de Venus” y “aceite de la Virgen”.

– ¿Qué hacéis esta tarde?

PERICO. Yo, a mi partida.

– Échame en esta copa.

– ¿Cuál quieres?

– El amor, ese colorado.

ANTONIO. ¡Qué dulce es el anís!

PERICO. Como que todo será azúcar. Vámonos.

[ANTONIO.] Vamos.

– ¡Eh, cada mochuelo a su olivo, lan, larán, larán!

PERICO. (*Cantando*) ¡Oh, qué dulces, preciosos, etc.!

ANTONIO. ¿Vamos al billar?

PERICO. Vamos; entretendremos un rato.

ANTONIO. El caso es que yo no tengo dinero.

PERICO. Anda, que por dos reales no has de quedar mal. Entra. Jugando guerra están... ¡Bolas!

ANTONIO. ¿Principian ahora?

PERICO. Sí, señores, este no ha jugado nunca. Si a V. ms. les parece que muera a seis...

– No, señor, que no juegue o que hubiera aprendido.

PERICO. ¿Lo ves<sup>176</sup>? Pronto vas a morir. ¿Qué bola tienes?

ANTONIO. El tres.

PERICO. No tiembles.

– El dos tira.

– El tres...

PERICO. Tira a dar bola.

– ¡Eh, el tres!

– Tiene una.

– El cuatro se pone, el cinco le tira y el seis le l... Al cinco... El uno... El dos y estoy vendido... Si tira el cadete, no haya cuidado.

<sup>175</sup> Anisete : Anicete M : om F

<sup>176</sup> ves : vez M : om F

– Los chambones siempre ganan.  
 ANTONIO. La he picado.  
 PERICO. Vuelve a tirar, que no ha pasado de la tronera.  
 – Bien, dio bola y se ha vendido.  
 – El cuatro.  
 – La hizo.  
 – ¡Un vaso de agua!  
 – Al tres.  
 – Tiene dos.  
 – Al uno.  
 – ¿Quién tira?  
 – El cinco.  
 – A ese.  
 – El seis.  
 – ¿Cuántos virgos hay?  
 – El cuatro.  
 – El dos tira...  
 – El tres.  
 – La erró.  
 – ¿Para qué no ha dado V. m. bola, que me he quedado vendido?  
 – Al seis.  
 – El uno, el dos, el tres... ¡Eh, murió!  
 PERICO. Espérate, que, en acabando la guerra, nos iremos.  
 ANTONIO. ¿Falta mucho?  
 PERICO. No, ya tengo tres.  
 – A ese ya concluí.  
 ANTONIO. Vámonos.  
 PERICO. Vamos.  
 ANTONIO. Quisiera saber jugar bien.  
 PERICO. Pues no se puede sino perdiendo mucho. ¿Tú dónde vas?  
 ANTONIO. Yo quisiera estar contigo.  
 PERICO. Pues vente a mi tertulia de juego.  
 ANTONIO. Si no sé jugar.  
 PERICO. No tiene nada que hacer. Se echan dos cartas, pones a la que más te gusta; si sale, ganas; si sale la otra, pierdes.  
 ANTONIO. Pues hazme<sup>177</sup> favor de prestarme dos duros.  
 PERICO. Toma.  
 ANTONIO. ¿Dónde es?  
 PERICO. Aquí, en la calle de los Jardines.  
 ANTONIO. Mañana te traeré tus papeles. ¡Qué buenos están! Por Dios, que me traigas los otros.  
 PERICO. ¿No te los han visto?  
 ANTONIO. No, nadie.  
 PERICO. Ya estamos allá... Buenas tardes.  
 – ¿Qué hora traes?  
 PERICO. Las cinco han dado.  
 – ¡Eh, ya está aquí Perico! Pronto nos cargará de violines.  
 PERICO. ¡Si yo soy mozo de paz! ¿Quién tallaba?

---

<sup>177</sup> hazme : hasme M : om F

- Nadie. ¡Si te estábamos esperando!
- PERICO. Pues yo trato de copar a cualquiera. ¿Quién dijo miedo? ¡Allá voy yo!
- Vengan las barajas... Sota y caballo.
- PERICO. ¡Buen principio! Al caballo.
- Espero el gallo.
- Tiro as y cinco.
- ANTONIO. Al cinco pongo yo.
- Ponga V. m. donde quiera.
- Tiro dos en puerta, tres, rey. El cinco gana.
- ¿De quién es este duro?
- ANTONIO. Mío.
- Tome V. m. dos.
- PERICO. Si pones a duro, pronto te quedaste sin nada.
- ANTONIO. No importa: yo me voy temprano. Nada más que para aprender.
- Nueva ronda. Cuatro y siete.
- Al siete.
- Abajo.
- As y rey.
- Voy al as. Tengo azar con las figuras.
- PERICO. Espero al rey.
- ANTONIO. Y yo, al as.
- Se muestra la judía.
- Yo voy contra judía.
- Tiro cuatro en puerta.
- ANTONIO. Perdí el siete.
- Sigo el rey.
- PERICO. Vengan.
- Siempre me corta Perico el juego.
- PERICO. ¡Si está cantando!
- ANTONIO. He quedado fresco: las dos he perdido. Si pierdo este, me marchó.
- En tres.
- ANTONIO. Voy.
- Una el caballo; dos el dos; tres la sota, y el as a la buena. Tome V. m. dos.
- ANTONIO. ¡Gracias a Dios!
- Albures.
- No voy.
- PERICO. Ni yo.
- ¿Quién quiere ir este ganarán?
- Nadie.
- PERICO. Pues yo gano...
- Como siempre<sup>178</sup>.
- PERICO. Se está dando el lado.
- Un tres y un seis.
- ANTONIO. Al seis.
- El gallo es sota y dos.
- ANTONIO. Ya está doble el seis. Al dos.
- Tiro: sota en puerta.

<sup>178</sup> Como siempre se atribuye a PERICO en M, pero esto provoca que falte un interlocutor entre dos intervenciones de este personaje. Se enmienda atribuyendo esta intervención a un interlocutor anónimo.

ANTONIO. Bravísimo, y el seis doble. ¡Maldita sea mi fortuna!

– El cadete parece que pierde.

– Sigo. El rey y el caballo, el tres.

ANTONIO. Concluí. Perico, ¿me das dinero a ver si me desquito?

PERICO. No siento que mi hijo pierda, sino que se quiera desquitar. Toma otros dos duros.

– En tres.

ANTONIO. Voy.

– Una el seis no puede ir.

– Albur.

ANTONIO. Voy al seis.

– Aquí está.

– Vamos a ver ahora si en esta se compone el juego. El banquero gana.

– Caballo y rey se presentan.

ANTONIO. Al rey.

PERICO. Vas a perder: están todos arriba.

ANTONIO. Pues voy al caballo.

– No puede ser: ya está puesto.

ANTONIO. No importa.

– El siete y el cinco han salido de gallo.

ANTONIO. Al cinco.

– Tiro siete en puerta.

PERICO.<sup>179</sup> Lo dije. ¿Puse yo? Al momento...

ANTONIO.<sup>180</sup> Ya no me queda más que uno. Me voy.

PERICO. Sí, mejor será.

ANTONIO. Conque ¿mañana nos veremos en el café?

PERICO. Sí. Ven temprano: iremos a la comedia.

ANTONIO. Está bien. Abur, señores.

– Abur. amigo.

PERICO. Adiós.

ANTONIO. Adiós.

#### TARDE 9ª

ANTONIO. A Dios, Perico. ¿Qué tal quedaste anoche?

PERICO. Los desbanqué.

ANTONIO. Toma los papeles.

PERICO. He tomado dos lunetas.

ANTONIO. Cuando salí de casa de tus amigos, me fui a la mía y, al atravesar por la Puerta del Sol, me encontré una muchacha muy guapa. Me acerqué a ella y le pregunté si quería la acompañase. Contestó no había inconveniente. Fui con ella hasta la calle del Espejo. Subimos a un cuarto tercero, abrió una puerta, sacó una luz y se quitó la mantilla. Tenía los carrillos muy encarnados...

PERICO. Regularmente iría pintada.

<sup>179</sup> PERICO : ANTONIO M : om F

<sup>180</sup> ANTONIO : PERICO M : om F

ANTONIO. Se sentó junto a mí y me dijo: “Conozco que V. m. no es pelindica y, así, si hemos de hacer algo, me ha de dar V. m. lo que sea antes”. La entregué el duro que me había quedado y que yo reservaba para jugar otro día, y nos fuimos a la cama, donde se hizo el sacrificio y, de cuando en cuando, me llamaba “chavalito”.

PERICO. Es regular fuese cordobesa. Justamente dijo dos palabras que tú no entenderías. *Pelindica* llaman las putas a los que van a su casa, se están toda una tarde con ellas y no hacen nada. Esto las incomoda porque pierden su jornal con aquellos hombres de sorbete. En Córdoba y otras partes llaman *chavalita* a las que son nuevas en el barrio. Después se usa esta voz con las principiantas y, así, las alcahuetas dicen: “Traeré a V. m. una chavalita de doce años”.

ANTONIO. Después que acabamos, sacó agua en la palancana y echó en ella de un frasquito de licor verde...

PERICO. Eso es que estaba mala y se lavaba con extracto de Saturno.

ANTONIO. Yo no he sentido nada.

PERICO. Puede que no te haya pegado gálico. Este mal es tan epidémico como las viruelas y es raro el que no lo pasa: unos de mujer mala, otros porque se lo comunicaron sus padres o sus amas. Muchas veces solo con la mezcla de diferentes mujeres te resulta mal veneno. Esa puede que esté mala y hasta dentro de dos o tres días no te resulte porque un efecto repentino solo sucede en el mal cristalino. Una vez entraron siete con una llamada la Aragonesa, que vivía en la calle de San Lorenzo, y entre ellos era uno el conde de Benalúa, un tal Vázquez de Guardas y Cheles. De los siete, seis murieron. Benalúa fue al café de Santo Domingo, le dio un accidente y luego murió en su casa; y Cheles, que fue el último, estuvo si son flores, si no son flores.

ANTONIO. Sentiré caer malo.

PERICO. ¡Qué importa! El buen artillero debe morir al pie del cañón.

ANTONIO. Tienes razón. ¡Cuántos habrá que nunca han caído!

PERICO. Es verdad. ¿Vamos al teatro?

ANTONIO. Vamos.

PERICO. Pues por poco nos quedamos sin voletines.

ANTONIO. ¿Por qué?

PERICO. Porque es una comedia nueva y hay mucho empujón y mucha picardía. ¡Cuántas veces he estado desde las siete esperando hasta las diez y, al dar la hora, abrir otra puerta o dejar puesta una cadena donde iban cayendo todos para diversión de los repartidores! Un día entré el primero para tomar un palco y dice Villanueva:

—No hay que pedir aposentos, que están ya todos dados.

—Una de dos: o es mentira, pues se abren ahora las puertas, o V. m. los da por debajo de cuerda, lo que está prohibido.

Efectivamente, don Lázaro los estuvo dando del modo que te diré. Viendo esto, me hice amigo de un tal Simón, que ahora está de acomodador del alojero en la Cruz. Quedaba tratado el día antes: iba yo, le pedía una grada y me daba un palco; luego un aposento segundo me costaba sesenta o setenta reales, no debiendo ser más que cuarenta y ocho. Así don Lázaro hacía sus enjuagues.

ANTONIO. ¿Y no se puede evitar eso?

PERICO. Se ponen alguaciles y patrullas para que no haya confusión y no haya revendedores, esto es, algunos que toman lunetas y palcos y, por la tarde, los venden a doble precio; pero los alguaciles y los centinelas son los de estos monopolios.

ANTONIO. ¿Por qué llaman los cómicos de este coliseo los polacos y al otro los chorizos?

PERICO. Porque había antes muchas disputas por unos y por otros, y uno de los más apasionados de este era un fraile llamado el padre Polaco; y al otro porque, estando un gracioso haciendo un sainete y debiendo sacar unos chorizos y habiéndosele olvidado, fue tantas las exclamaciones que hizo y cosas que se le ocurrieron que causó tanta gracia que le quedó al

corral ese nombre. Salieron tonadillas y canciones<sup>181</sup> por los diferentes apasionados. Una me acuerdo principiaba:

Muchos van a los chorizos,  
aunque no haya diversión,  
y de los polacos huyen,  
aunque sea buena función,  
porque cada uno tiene  
su santo de devoción, etc.

Donde puedes ver todo esto es en un libro, *Epítome del teatro*, por Manuel García Parra, aunque no es idea suya, pues se le hizo Pellicer, el de la Biblioteca. Al principio pone en verso un catálogo de autores y los tales versos tienen consonantes traídos por los cabellos. Me acuerdo de uno que dice:

Cuando nos vino, porque bien lo allano,  
don Vicente Rodríguez de Arellano.

ANTONIO. ¿Está aquí Rita Luna?

PERICO. No, siempre ha representado en la Cruz.

ANTONIO. Creo que es buena cómica.

PERICO. Lo es sin duda. No, como algunos quieren, hace toda clase de papel, pues esto es imposible ni eso es ser cómico, sino hacer perfectamente el carácter de que se reviste. La Rita tiene lo que ninguna actriz y es que posee tanto el teatro y es tan sentimental que, cuando el papel lo requiere, llora, ríe y se enfada de corazón, según los diferentes afectos que ha de espresar. Así, no se ha encontrado nadie que pueda alcanzarla en los papeles amorosos. Siendo tan excelente y verdadera cómica, no puede hacer un papel fuerte como el de Atalia ni lo desempeñaría como la Tirana, la Bermejo y la Mariquita García, porque no es ese su carácter.

ANTONIO. ¿Y no hay quien trate de imitarla?

PERICO. Sí, y puede salga tan buena como ella, y es la Pepa León, criada de la Rita.

ANTONIO. ¿Y la Rita es puta?

PERICO. Se puede decir que no, aunque trata con un tal Castellanos, hombre rico y apasionado por ella; pero en su casa tiene un trato muy fino y concurren gentes muy decentes<sup>182</sup>.

ANTONIO. ¿Es cierto que es de buena familia?

PERICO. Sí. Ella no se llama Luna. Su padre, que ahora está jubilado y también ha salido a las tablas, hizo una travesura de muchacho, cuando pequeño. Por temor de que en su casa no le castigasen, se escapó, se mudó el nombre en Luna y se puso a servir. No sé cómo, vino a parar de criado de un oficial de marina y se va con él a la isla de León. Enamórase de una criada de su ama, se casa y el marino los despidió. Viéndose sin tener qué comer, se pusieron de cómicos de la legua. Tuvo cuatro hijas: la Pepa, la Andrea, la Rita y otra que está en Aragón y casó con un tal Esnoz y nunca ha representado; pero tuvo un hijo, Pepe Esnoz, que ha salido a cantar en la Cruz algunas tonadillas, y no gustó. Hace poco murió de gálico. La Rita gustó tanto que la hicieron primera dama y la temporada de verano se iba a Valencia a continuar un pleito en que litigaba el conde de Arlés, que le pertenecía. Lo ganó dos veces y lo perdió en tercera súplica.

ANTONIO. Quien creo que es buen cómico es Querol.

<sup>181</sup> canciones F : cansiones M

<sup>182</sup> decentes F : desentes M

PERICO. Es el único completo. Su carácter jocosos lo sostiene cual nadie. Lo más difícil, y que caracteriza a un cómico de bueno, es la acción. La de Querol es tan viva que, en las escenas<sup>183</sup> mudas, manifiesta con las manos lo que siente su corazón. Cuando hace de anciano<sup>184</sup>, toma una edad en el primer acto, la que conserva hasta el fin de la pieza<sup>185</sup>. Es el único que he visto que no mude de cuarenta en cincuenta, de cincuenta en sesenta. Pero es hora de entrar: entremos.

ANTONIO. ¿Cuándo se principia?

PERICO. Cuando el alcalde de corte de semana lo manda.

ANTONIO. ¿Y por qué no manda la Villa?

PERICO. Porque el alcalde viene en nombre de toda la sala de lo criminal, que es la 5ª del Consejo de Castilla y, por consiguiente, superior al Ayuntamiento de Madrid.

ANTONIO. ¿Y si viene el rey?

PERICO. Lo mismo sucedería si no viniese en público, pero, por política y sumisión, pediría la venia.

ANTONIO. Parece que principian. ¿Qué comedia es?

PERICO. *Los templarios*. Calla, que en los intermedios preguntarás lo que quieras.

ANTONIO. ¿Quién es ese que hace de galán?

PERICO. Antonio Infantes, y luego te contaré lo que le sucedió.

ANTONIO. Pues ¿no es el primer galán Máiquez?

PERICO. Sí, pero no había quien desempeñase el papel de gran maestro y ha tenido que hacerlo Isidoro.

ANTONIO. También ese creo que es excelente<sup>186</sup> actor.

PERICO. Sí, es bueno, particularmente en la tragedia. Sin embargo, si Rafael Pérez tuviese el cuerpo del otro, luciría tanto como él porque tiene muchísimo teatro. Máiquez no es un galán completo y, si no, ¿cuándo ha hecho un papel amoroso? ¿Cuándo podrá compararse a Carretero? Su frialdad es incompatible al primer papel y, así, solo hará los héroes de tragedia, como el *Otelo*, la *Jaira*, el *Pelayo*, pero no *El desdén con el desdén*, *Armida y Reinaldo*, etc. También ha sacado perfectamente los papeles de medio carácter, como la *Sofía*, *La casa en venta*, *El cuadro*, *El celoso confundido* y otras. A mí me incomoda por su vanidad fuera de las tablas. Desde que le hicieron director del teatro, lo echó a perder. Por él se marchó la Lorenza, divina en el canto; por él, Manolito García, excelente<sup>187</sup> actor de cantado; por él, Bernardo Gil, que, aunque no sabía una nota de música, sacó excelentes<sup>188</sup> cosas, entre ellas *El delirio*, que nadie ha podido sacar por la parte del representando; por él la Rita está incomodada; por él, el famoso Vicente García, uno de los mejores barbas que se han conocido, etc.

ANTONIO. Parece que sigue la función.

PERICO. ¿Te gusta?

ANTONIO. Sí. Dime: ¿Máiquez está casado?

PERICO. Sí, con la Antonia Prado, que es la primera dama de este coliseo. Regularmente nunca viven juntos, pues cada uno tiene su cortejo. Ella, ahí donde la ves<sup>189</sup>, que parece una niña, pasa de cuarenta y cinco años, y, a fuerza de almohadillas y resortes, tiene ese cuerpo. Cuando moza lo tuvo muy bonito, pero ya es como el caballo de Gonela. Tiene mucha gracia, y en particular para cantar a la guitarra canciones<sup>190</sup> del país: cañas, nanas<sup>191</sup>, tiranas, jotas, etc.

<sup>183</sup> scenas : scena M : escenas F

<sup>184</sup> anciano F : ansiano M

<sup>185</sup> pieza F : piesa M

<sup>186</sup> excelente M : excelente F

<sup>187</sup> excelente M : excelente F

<sup>188</sup> excelentes M : excelentes F

<sup>189</sup> ves : vez MF

<sup>190</sup> canciones F : cansiones M

<sup>191</sup> nanas : <t+n>anas M : om F

Es tan desgarrada que, diciéndole en una casa un guardia que ya era vieja, se metió la mano, sacó una teta y dijo: “Aún tiene un hombre donde agarrarse”.

ANTONIO. Conque ¿Máiquez ha echado a perder el teatro?

PERICO. Le ha echado porque nos ha quitado exelentes<sup>192</sup> papeles, pero la función que él prepare es digna de verse: los trajes, las decoraciones, el alumbrado... todo, primoroso. Su hermano Pepe le ayuda igualmente, pues es uno de los mejores tramoyistas.

ANTONIO. Otro acto. Parece función de pólvora.

PERICO. Pues aún no sé en que vendrá a parar este drama.

ANTONIO. ¿Y quién es el jefe de los cómicos?

PERICO. Es conforme. Hay autores o impresarios. Aquí los había antes y han sido nombrados Ramos y Robles. Ahora están sujetos a la Villa y se entienden con el marqués de Perales. Esto es en cuanto a las contratadas que se hacen por Carnaval. Luego, en su república, hay otro jefe inmediato que es el director del teatro. En cuanto a la representación está el director de la escena<sup>193</sup>, que naturalmente es el galán. Has de saber que entre los cómicos hay tres papeles, que son el galán, el barba y el gracioso. Luego hay dos accesorios, que son el segundo y el tercero o, como vulgarmente se dice, el traidor. Los demás se llaman papeles de medio carácter y comparsas. Entre las mujeres hay dama, graciosa y sobresaliente. Este papel equivale al del tercero en los hombres, aunque indiferentemente hace cualquier papel. Hay también segunda y medio carácter. En las mujeres entran de actrices las de comparsa y coros. En los sainetes, el director es el gracioso y todo lo que se saca de comer en él y se costea por la compañía le pertenece de derecho, y regularmente lo regala a la graciosa. En Zaragoza se formó un pleito entre Paco Cubas y el galán porque este se metió a repartir los papeles en un sainete. El galán de música o primer cantarín tiene sus<sup>194</sup> súbditos y sucede lo mismo que en el representado.

ANTONIO. Veremos a ver en qué para esto, pues ya levantan el telón.

PERICO. Gracias a Dios que se ha concluido.

ANTONIO. Luego que salgamos de aquí hablaremos de la función. Dime: ¿qué sueldo tienen los cómicos?

PERICO. No tienen más que las partes y, aunque oigas que la Rita tiene cuarenta y cinco mil reales, es para tomar su parte. Así, la parte de una dama es más que la de una segunda. Esto es según las contratas y según los<sup>195</sup> que ellos pongan<sup>196</sup>, y las entradas. Hablarte de esto es demasiado difuso, pues es preciso tratar del gusto de la provincia, de los embargos de los cómicos, etc. En ninguna parte los pagan como en Barcelona.

ANTONIO. ¿Cómo embargos?

PERICO. Madrid embarga los cómicos para sus teatros. A la ciudad de Granada le costó diez mil reales desembargar a Alfaro.

ANTONIO. ¿Qué sigue ahora?

PERICO. La tonadilla.

ANTONIO. Y si algún cómico hiciese algo y lo prendiesen, ¿no podría seguir aquella función?

PERICO. ¿Por qué? Como de esas veces que he visto venir los cómicos desde la cárcel con un alguacil a representar y volverlos allá.

ANTONIO. Principia la tonadilla. Sentémonos.

PERICO. Ya será tarde...

<sup>192</sup> exelentes *M*: excelentes *F*

<sup>193</sup> scena *M*: escena *F*

<sup>194</sup> sus *F*: su *M*

<sup>195</sup> los *M*: lo *F*

<sup>196</sup> pongan: p<a+on>gan *M*: pagan *F*

ANTONIO. Hoy no tengo cuidado, pues saben en casa he venido a la comida. Di: ¿y los cómicos se visten y desnudan unos delante de otros<sup>197</sup>, y las mujeres en presencia de los hombres?

PERICO. Cuando los coliseos son capaces, hay cuartos para las mujeres, pero siempre tienen separación la dama y la graciosa; bien que todos están tan unidos que te encontrarás por un lado a Carretero con la Gamborino, a Muñoz con la Concha Lledó, que ahora es porcionista, y después a esta misma con Caprara, a la Marianita Camas con Ronda y con León, a las dos Briones con cualesquiera, a Cristiani con la Gertrudis Torres, a la Maqueda... y, por último, a todas con quien no están casadas.

ANTONIO. ¿Qué significan estas palmadas con ese compás?

PERICO. La gente que quiere se principie el sainete y han inventado ese modo de silbar.

ANTONIO. ¡Eh! ¿Qué significará esto? Parece que hay otra comedia.

PERICO. Ya le conozco. Este es el de *Los cómicos cautivos en Argel*. Es muy gracioso. Escuchemos.

ANTONIO. ¿Vámonos?

PERICO. Vamos.

ANTONIO. ¿Qué te ha parecido la función?

PERICO. No me ha gustado. Es pesadísima, no tiene moral alguna, todo el argumento se reduce a quemarlos o no quemarlos. El joven Mariñi<sup>198</sup> sabemos que fue templario y desertó, mas no nos ha dicho el autor la causa. Me parece impropio que, pudiendo el rey llamar a su palacio al maestro y a los demás, se incomodase toda la familia real en ir allá. Por otro lado, es impropio que, siendo el edificio del Temple<sup>199</sup> espacioso, sucediese todo en la sala de sus señores, donde salen los reyes y toda su comitiva, y por poco el repostero también. En lo del emplazamiento hay mucho que hablar, pues, si eran malos, efectivamente condenados estarán, aunque emplazase el jefe a<sup>200</sup> todo el mundo, a no ser que se verificase en él lo del antiguo<sup>201</sup> epigrama:

Novenas<sup>202</sup> hace don Pablo  
por ganar un pleito injusto.  
¿Si hará Dios, por darle gusto,  
que al juez se lo lleve el diablo?

ANTONIO. Acompáñame hasta la plazuela del Ángel y te vas por la calle de Carretas.

PERICO. No, te acompañaré hasta la esquina de la Concepción Jerónima, pues me voy por la plaza a mi oficina.

ANTONIO. ¿Qué comedias te gustan más?

PERICO. Hay muchas muy apreciadas. Tales son la *Raquel*, la *Numancia*, la *Jaira*, el *Pelayo* de Quintana y su *Duque de Viseo*<sup>203</sup>, *La condesa de Castilla* de Cienfuegos, *El café* de Moratín, aunque le han criticado no se debe tirar a una persona determinada.

ANTONIO. ¿Y a quién tira ahí?

PERICO. A don Luciano Francisco Comella, a quien siempre titula don Eluterio<sup>204</sup> Crispín de Andorra; en el *Semanario* de Córdoba le llama así igualmente. En esta comedia todos los actores son sujetos existentes: don Hermógenes es Nipho, el traductor del *Telémaco*; don Pedro

<sup>197</sup> otros F : otro M

<sup>198</sup> Mariñi M : Marini F

<sup>199</sup> Temple M : templo F

<sup>200</sup> a F : <el+a> M

<sup>201</sup> antiguo : a<m+nt>ig<o+uo> M : antigua F

<sup>202</sup> Novenas F : Nove<1+n> M

<sup>203</sup> Viseo F : Vizeo M

<sup>204</sup> Eluterio M : Eleuterio F

es el mismo Moratín; don Antonio es el padre Navarrete; su amigo Pipí es un manolo que anda por ahí...

ANTONIO. ¿Y no ha compuesto más que esto?

PERICO. Sí. De comedias tiene *El viejo y la niña*, donde pinta una cosa que dicen le sucedió a él mismo, *El sí de las niñas*, *El barón* y *La mojigata*. También ha compuesto otras cosas preciosas, entre ellas, las trovas de arte mayor, en verso antiguo<sup>205</sup> castellano, al Príncipe de la Paz; un memorial a Floridablanca, hermosísimo y gracioso.

ANTONIO. ¿Y qué otro hay?

PERICO. Está doña María Rosa de Gálvez y el famoso Arellano, que ha dado su *Pintor fingido*, la *Fulgencia*, *Cecilia* y *Dorsán*, y otras.

ANTONIO. Aún no me has contado lo que le pasó a Infantes.

PERICO. Es verdad. Escucha. Había aquí un francés, cuyo nombre no hace al caso, y solo diré que llegó la hora de su muerte y un poco antes llamó a su mujer y la dijo, pidiéndola perdón, que tenía una hija de una criada suya, que también había muerto, y la suplicaba no la abandonase, manifestándole estaba criándose en casa de un carpintero en la calle de la Paz, detrás de los correos. La mujer del carpintero era buena moza y muchos creyeron que la chica era de aquella. La mujer le dio palabra de cuidar de la niña. Ya crecida, se la llevó a su casa y fue creciendo también en hermosura. Era rica y la enseñó toda clase de labores, por lo que, ya casadera, la puso a servir en casa de la duquesa de Abrantes, donde la vio el duque del Infantado y se enamoró de ella. Madama Spa, mujer del cirujano de Infantado, se hizo amiga de su madre y casi todos los días iba a su casa. Un día salta la niña, que se llamaba Manolita, que quería ser monja capuchina. La madre empezó a disuadirla, pero no hubo remedio. Sálese de casa de Abrantes y se va a la suya. Ya la madre empezaba a hacer diligencias<sup>206</sup> cuando un domingo va la Manolita con madama Spa a misa a San Luis. Tardaba demasiado, búscala la madre y no la encuentra hasta que aparece en Ávila y en el palacio del duque del Infantado, donde este la había trasplantado. Pónele pleito, pero él era duque, la madre putativa no tenía derecho alguno sobre ella y la niña había ido voluntariamente, por cuyos motivos lo perdió. Tráela a Madrid y la pone una casa brillante en la calle de las Aguas; la destina un coche, criadas y cuanto pudiese menester. Varias veces quiso el duque comprarla la casa que hace esquina a la carrera de San Francisco, frente a la suya; comprarla tierras, una huerta. Nunca quiso ella y siempre invertía todo en peinetas, mantillas y ropa de mucho lujo. Ha tenido varios hijos y le han quedado dos muy bonitos, en particular la Sofía. Están bautizados en San Andrés y en la pila consta son hijos naturales de don Pedro Toledo, duque del Infantado. La madre de este estaba incomodada con este trato, pero el duque estaba ciego y la dijo que, si no quería así, se casaría con ella y sería peor. A pesar de cuanto el duque ha hecho por ella, le ha sido infiel algunas veces. El primer niño que se le murió decía descaradamente era de Bernardo Gil. ¡Cuántos días iba a la sombrerería<sup>207</sup> de Blanco, en la calle de Foncarral<sup>208</sup>, donde pasábamos un rato divertido con ella!

Se estaba echando en los Caños del Peral el *Otelo* por primera vez, donde Infantes hacía un papel muy interesante, cual era el de Loredano. Gustolo<sup>209</sup> a Manolita y trató de conquistarle. En efecto, dícele la dueña de la tienda de vinos generosos de la calle del Lobo que una señorita tenía que hablarle cosas interesantes. Conoció sería alguna alcahutería<sup>210</sup>: la citó para la noche siguiente en las cuatro conchas del Prado. Fue y se encontró a la Manolita con una criada. Le llamó y le dijo que una amiga suya quería hablarle. Él contestó que tenía bastante

<sup>205</sup> antiguo F : ambiguo M

<sup>206</sup> diligencias F : diligencias M

<sup>207</sup> sombrerería F : sombretería M

<sup>208</sup> Foncarral M : Fuencarral F

<sup>209</sup> Gustolo M : Gustó F

<sup>210</sup> alcahutería M : alcahuetería F

mundo y que conocía que era ella misma, en lo que tenía mucha satisfacción, pero que sentía no poderse comprometer con ella, pues mediaba el duque del Infantado. Manolita le replicó no podía dejar su amistad, pues su fortuna dependía de él, pero que, después de retirarse a su casa de noche, podía entrar Infantes. Con efecto, fue unas cuantas veces y un día se descuidaron; y, por soplo o sospechas, vase el duque al amanecer allá. Las criadas lo advierten; pónese él levita azorado y ella, animándole, le dice: “¡Ajó! ¿no eres tú tan hombre como él?”. Entra el duque y le dice a Infantes:

— ¿Me conoce V. m.?

— Sí, señor. Sé que V. E.<sup>211</sup> es el duque del Infantado.

— ¿Y sabe V. m. que esta casa y esta señora son de mi cuenta?

— También lo sé, pero V. E. no ignora que, cuando una mujer admite en su casa a un hombre, este no debe intimidarle nada.

— Tiene V. m. razón. Ya veo que todas las mujeres son iguales. Hágame V. m. favor<sup>212</sup> de marcharse.

— Con permiso de V. E. Señora, a los pies de V. m.

— Abur, Infantes — contestó ella.

Se cuenta que el duque le dio una felpa<sup>213</sup>, pero siguió con ella. Poco después le escribió un papel a Infantes diciéndole volviere, que<sup>214</sup> no fuera tonto. Volvió llevando dos serenos y un criado que le avisasen de cualquier acontecimiento. El duque lo supo y le escribió un billete en que le encargaba no pusiese los pies en casa de Manolita, pues habría consecuencias muy funestas, por lo que no volvió. A poco tiempo métese con Fernán Núñez. Se fue con él a Carabanchel, díjole el duque que estaba ciego por ella, que la dejase, pues hacía un papel muy ridículo en las tertulias. No quiso y, cuando la campaña de Portugal, la dejó seis mil reales de pensión y la abandonó. Fue ella a Badajoz y le lloró. ¡Cuánto no pueden las lágrimas de una puta! Volvió a comprometerse. Ahora no la da dinero, pero sí cuanto pide, y se ha mudado frente de los Doctrinos, donde estaba la fábrica de azúcar de Holanda.

ANTONIO. Conque... hasta mañana.

PERICO. ¿Donde siempre?

ANTONIO. Sí. ¿Tú te vas a Tesorería?

PERICO. Sí, que es tarde.

ANTONIO. Adiós.

PERICO. Adiós<sup>215</sup>.

#### TARDE 10<sup>a</sup>

ANTONIO. ¡Ay, Perico, que creo que he caído!

PERICO. ¡Cómo!

ANTONIO. Cuando nos separamos anoche me encontré en la esquina de la calle de Toledo una soldadesca. La toqué con disimulo y me siguió por Puerta Cerrada<sup>216</sup> a la Cava Baja. Me entré en un portal y me dijo la diese el dinero adelantado. Contesté se me había quedado en casa, pero, si quería, la daría el pañuelo. Lo miró y se lo guardó. La pregunté si estaba mala, me aseguró que no y me fui aprisa a casa, encargándola quitase la señal al pañuelo. Desde

<sup>211</sup> V. E. M : V. m. F

<sup>212</sup> favor M : el favor F

<sup>213</sup> felpa F : felta M

<sup>214</sup> que M : om F

<sup>215</sup> F omite desde aquí y retoma en ¿Hacia dónde nos dirigimos? de la Tarde 10<sup>a</sup>.

<sup>216</sup> Cerrada : Serrada M : om F

entonces no he podido parar de dolores: toda la noche me [he] estado levantando a orinar y no he hecho más que rabiarse, y aún sigo sin poder tenerme.

PERICO. No dudes que la de anteayer te pringó y la de anoche concluyó la obra. Bebe un vaso de horchata y vámonos a dar una vuelta por las calles para que te distraigas.

ANTONIO. No quiero horchata. Vámonos.

PERICO. Vamos.

ANTONIO. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

PERICO. Vamos a la Puerta de los Pozos.

ANTONIO. ¿Sabes en qué voy pensando? En lo que dijo aquel amigo tuyo en la fonda el otro día: que lo mismo se tiraría a la Matilde Gálvez que a cualquier otra. ¿Quién es esa?

PERICO. Es una de las mujeres más bonitas que se han conocido en España. No hay uno que no la cobre amor apenas la ve, de suerte que justamente le han dado el nombre de “la divina Matilde”. Es hija de un gobernador de América. Era doncella y el Príncipe de la Paz determinó, por buena providencia, que no lo fuera. No solo hizo este favor, sino que la dejó embarazada y, por ocultarlo, la casó con un tal Minútulo, a quien hicieron coronel de Farnesio<sup>217</sup>. El marido marchó a campaña con el regimiento y ella se quedó en Madrid. De cuantos quisieron obsequiarla nadie consiguió sus favores tanto como el marqués de Mora, joven gallardo, sobrino del duque de Híjar. La Matilde fue juntándose con las del gran tono y su mayor amiga era la Aliaga, que trataba con don Diego Godoy, hermano del Príncipe de la Paz e inspector de caballería. Póneselas en la cabeza un día cambiar de amantes. Fácil era que don Diego quisiese, pero no Mora. Ellas, que ya lo habían determinado, no hacen caso y desprecian a los salientes para que se vengaran los entrantes. Incomódase de tal suerte Mora que las insulta y ellas, resentidas, dicen al viejo que Mora trataba de obsequiar a su nuera y que las importunaba continuamente. Enfadado el duque, da orden que no permitan entrar en su casa a su sobrino. Llega este, le intima el portero la resolución, y le pega un bofetón que lo tendió en el suelo. Sube arriba desesperado de perder la mejor moza del reino, con el sable desenvainado, diciendo ha de matar el mundo entero. Los lacayos, que le ven con un aire tan guerrero, echan a correr y se esconden. El duque estaba solo en su cuarto, le va a reprender, le agarra de un brazo, y echa a rodar a su tío. Entra en un gabinete donde estaban las dos y dice: “¡Grandísimas putas, me sería indecoroso daros con el sable, pero no con la vaina!”. Zúrralas el polvo y se va a su casa. Llama a un criado, toma dos caballos, un poco de dinero, y se va a Cádiz. El duque dio parte al rey; ellas lo dijeron al Príncipe y este lo tomó a risa y broma, y le espuso al rey que no había sido nada, que como Híjar era viejo, fue el otro a apartarlo y se cayó, y no se hable más del asunto. Sabe Minútulo el escándalo y pide al Príncipe le envíe a su mujer, y sale la orden que inmediatamente vaya la Matilde a reunirse con su marido. Pónese en camino con un cabo y cuatro hombres de caballería de escolta. Llega la noticia de Mora, disfrázase como un simple particular y sale al camino, esperándola en una posada por donde había de pasar. Cuando llegó allí, va a bajar del coche y le ve, da un grito y se mete apresurada en su cuarto, poniendo un centinela en la puerta con orden de no dejar entrar a nadie. A medianoche se levanta Mora con dos pistolas, impídele la entrada el soldado, tírale a un brazo y cae herido, entra y la dice: “Putas, ¿quién te ha dado facultad para poner centinelas<sup>218</sup>? ¿Crees que eres tú lo mismo que tu marido?”. Pégala una zurra y se sale. A los gritos y al tiro despiertan todos, pero él tenía ya prevenidos los caballos y se marcha. Entran todos en su habitación y la encuentran llorando, y encarga no se incomoden, pues son asuntos de familia. Únese a su marido; siempre iba a su lado a caballo, con el uniforme de Farnesio<sup>219</sup> y su bordado de brigadiera. Cuando faltaba su marido, daba órdenes en el regimiento como coronela, ¿y quién sería capaz

---

<sup>217</sup> Farnesio F : Farnesio M

<sup>218</sup> centinelas F : centinelas M

<sup>219</sup> Farnesio F : Farnesio M

de disputar la antigüedad a la divina Matilde? Sucedió que Farnesio<sup>220</sup> no tuvo tiendas en un campamento y se quedó al raso. Solano la envió un recado a la Matilde que se retirase, pues estaba lloviendo muchísimo. Contestó que era individuo del regimiento de Farnesio<sup>221</sup> y que, ínterin padeciese estas incomodidades, las pasaría ella también. Volvió a decir Solano que él era general del ejército y, por consiguiente, ella estaba sujeta a sus órdenes, y, pues no obedecía la que le había dado, pasase arrestada a Badajoz. Se puso en la orden general y todo el mundo salió a ver la divina Matilde alabando la providencia de Solano. Mora se presentó en Badajoz al rey y se echó a sus pies pidiendo le perdonase. El rey le dijo: "Levántate, Mora; ya estás perdonado. Todo lo he sabido; al fin, cosas de muchachos".

ANTONIO. ¿Qué significa ese letrado "Aquí se albergan pobres por dos cuartos"?

PERICO. Que hasta para ser pobre es menester dinero, como se dice en un cuento. En ese corralón se anidan todos los pordioseros de Madrid.

ANTONIO. ¿Quieres que volvamos, que no puedo parar?

PERICO. Sí. Pues, como iba diciendo, no te puedes imaginar las picardías que se hacen ahí. Cuando Montarco trató de quitar los pordioseros de la corte, dispuso que todos los forasteros se marchasen a sus pueblos y que lo de aquí los mantuviesen las diputaciones del barrio, para cuyo fin están las juntas de caridad aprehendiendo a los infractores; pero ellos, aunque les diesen un millón en el barrio, siempre habían de pedir. Trató de sorprender el corralón y se encontró pobres y pobras todo revuelto. Allí se jugaba monte, parar, cane y toda clase de juegos. Se atravesaban miles de reales, y había banquetes y borracheras. Allí andaban los cojos, veían los ciegos, bailaban los impedidos. Las palabras favoritas eran "votos" y "ternos". Y, para ocultar esto, tenían pagados al alcalde del barrio, a los alguaciles, a la ronda de vagos, etc.

ANTONIO. ¿Y de dónde sacan tanto dinero?

PERICO. Yo te lo diré y te pintaré la vida de un pordiosero en Madrid. Se levanta al amanecer y se planta en una iglesia, donde mil almas caritativas le van echando cuartos, hasta las once, en cuya hora, con una velocidad que no se les conoce, corren todo el pueblo pillando en casa de los comerciantes<sup>222</sup>, horteras, viudas y casas donde saben han de sacar: tienen lista de los sujetos que acostumbran dar principalmente los días de confesión, sábados, viernes de Cuaresma, Semana Santa, etc. En esto emplean una hora o dos y, como los relojes de Madrid van todos desiguales, siempre les dan las doce en casa de Medinaceli, Altamira, arzobispo de Toledo, Orden Tercera y otras casas donde les dan comida y, alguna vez, limosna. De esta comida toman lo que les parece y lo demás lo guardan. A las cuatro recorren la fonda de San Sebastián, San Luis, la Fontana y otras casas públicas, donde reparten las sobras a los pobres. Si tienen más gana, comen y, si no, lo guardan. Todo esto lo hacen dinero, pues venden la comida a los que no llegaron a tiempo; el pan lo venden en las confiterías para hacer almendrucos, que se venden luego en las esquinas en unas cestas.

ANTONIO. ¿Qué son los almendrucos?

PERICO. Son unos almendrados que se hacen de pan duro desmenuzado en agua y se le echa almendras, azúcar y canela, y lo venden para los niños, con los que les dan buenos entripaditos<sup>223</sup>.

ANTONIO. Prosigue.

PERICO. Los huesos los venden en los hospitales, en particular los que tienen pocas rentas, para caldos, pues es mejor para los enfermos. Este se hace con la olla de Papín y, a tres libras de hueso, sale una de sustancia. Por la tarde se van a los paseos o a las calles por donde

---

<sup>220</sup> Farnesio F : Farnesio M

<sup>221</sup> Farnesio F : Farnesio M

<sup>222</sup> comerciantes M : comerciantes F

<sup>223</sup> entripaditos F : entripaditos M

se va a ellos, y siempre sacan<sup>224</sup> algo, y por la noche, antes de retirarse, suelen<sup>225</sup> arrimarse a una esquina a plañir con tono doliente. ¡Mira tú si en Madrid hay gente y caridad, y bajo este supuesto si juntarán dinero! ¿Y en qué lo han de invertir? Comida se la dan; vestido, con una capa de remiendos tiene hecho el uniforme, y su casa es el corralón. Luego<sup>226</sup> todo para vicios. Yo me hice amigo de un cojo — dándole limosna — con una pata de palo, llamado tío Antonio, con tal de que me dijese su vida. Este ponía en el callejón de Oñate y luego le vi en el arco de la de Abrantes. Le pregunté un día qué tal iba y me contestó: “¡Ay, señorito, muy mal! He tenido que dejar una peseta<sup>227</sup> que me daba todas las semanas un parroquiano porque la pierna me incomoda para subir las escaleras. Por otro lado, están los tiempos tan malos, y es necesario mantener la familia con decencia<sup>228</sup>, he tenido que comer principio de patatas, que nunca, bendito sea Dios, se había visto en mi casa”. ¿Qué tal? Efectivamente, en su casa se juega los inviernos un mediator muy fuerte.

A don Francisco Gil de Lemus, teniente general y hombre muy formal, le oí decir lo siguiente. Acostumbraba a ir todos los días al jubileo y dar limosna a todos los pobres. Un día entró en los Capuchinos y, por darle a una un cuarto, le dio una moneda de cuatro duros. No lo advirtió, pero sí el lacayo; se lo dijo en su casa. Examinó Lemus y notó que era cierto, y el criado le expuso que, si gustaba, iría a buscarla. Condescendió<sup>229</sup>, preguntó a los compañeros, dio las señas y le dijeron al Avapiés. Llamó en un cuarto bajo y le salió una joven decentemente vestida. Preguntó por la pordiosera y contestó: “Entre V. m., que ahí está mi ama”. Con efecto, pasó a un cuarto bien amueblado y ella bien puesta. Le conoció y prorrumpió: “¡Ah, V. m. será el lacayo del señor general! Ya sé a lo que viene V. m. Muchacha, trae la basquiña de pedir”, y en un remiendo tenía la monedita. Se la dio y continuó: “Diga V. m. a su amo que, gracias a Dios, no lo necesito por ahora”.

ANTONIO. Pues yo les tenía mucha lástima. ¡Cuántas de esas serán brujas!

PERICO. ¿Tú crees en brujas?

ANTONIO. ¿No las hay? Desde pequeño estoy oyendo hablar de brujas, duendes y endemoniados.

PERICO. Son tres avechuchos que tengo gana de ver. He oído a personas formales que han visto vestiglos y aparecidos, pero puede haber habido miedo. Regularmente los duendes son como las fantasmas, que siempre median mujeres. Cuanto a espiritados, se dicen tantas cosas y tantos cuentos que parece patraña. Yo he visto una mujer en la Merced, que va los días de fiesta a misa de doce, que se decía tener los diablos en el cuerpo y, al alzar, empezar a dar rugidos como un toro, y un hombre que manifestaba ser su marido echarle agua bendita por la cabeza; pero si vas a ver el origen, te resultará alguna cosa oculta. Lo mismo digo de brujas y hechiceras: tengo gana de quedarme con alguna a solas como sea una buena moza. Hay viejas que hacen mal de ojo y sé de una que había aquí que, por adquirirse esa fama y por comer a costa de otros, iba a besar un niño y, poniéndose un cáustico en el dedo, se lo aplicaba al trasero, con lo que moría; y no hay duda le<sup>230</sup> hacía mal de ojo. Quien más cree en brujas son los canarios, tanto que no hay quien los desimpresione. Es verdad que se rezan oraciones contra ellas, pero también se conjuran las nubes y, siendo las tempestades una cosa tan admirable y portentosa de Dios, no tiene en sí nada de diablos. Yo creo que estas oraciones se interpretan hoy día por los frailes para fingirse salvadores y sacar con ellas buenos cuartos y gozar... mu-

<sup>224</sup> sacan *F* : saca *M*

<sup>225</sup> suelen *F* : suele *M*

<sup>226</sup> Luego *F* : Lugo *M*

<sup>227</sup> peseta *F* : peceta *M*

<sup>228</sup> decencia *F* : desencia *M*

<sup>229</sup> Condescendió *F* : Condesendió *M*

<sup>230</sup> le *F* : la *M*

chos privilegios. Donde más se creen estas cosas es en Andalucía, donde hay tanta superstición<sup>231</sup> y, sin entender la religión, son entusiastas<sup>232</sup> por todo lo superficial, y todo nacido de la ignorancia. Se les figura que las tormentas es un amago de Dios por nuestros pecados, como si Dios necesitase tanto ruido para quitarnos a todos de en medio.

ANTONIO. Yo también lo he oído.

PERICO. ¡Habrás oído tanto! Y todo, disparates.

ANTONIO. Cuéntame algunas de esas majaderías.

PERICO. Escucha. El vulgo cree<sup>233</sup> que, cuando se duerme un pie, no puede volver en sí si no se hace una cruz en el zapato con saliva y se canta esta copla:

Este pie se me ha entumido;  
Jesucristo sea conmigo:  
cada vez que le nombrare,  
el dolor se me quite.

Aunque la canten, no se quita, sino que la repiten diez o doce o quince veces hasta que la sangre circula, que es lo que se necesita. Además, que poner la cruz en un zapato es más desprecio de esta señal de cristiano que santidad.

Otra cosa semejante hace en Estremadura. Se disloca un pie y plantan un ovillo de hilo carreto o bramante sobre el hueso dislocado y, sacando una aguja enhebrada y metiéndola por el ovillo varias veces, cantan también otro cantar hasta que la dislocación se compone. No hay duda que se logra el efecto, pero no consiste en la ahuja<sup>234</sup> ni en la copla, sino que aprietan tanto el ovillo que el hueso va a su lugar.

Dicen que, en saliendo los diablos del cuerpo a un energúmeno, que se conoce en que se tocan las campanas por sí solas y aparecer un clavo muy grande en la puerta de la parroquia. Si esto es cierto, indica que Dios no puede hacer este milagro sin que le acompañen otros dos, que es hacer se mueva un cuerpo sin agente ninguno.

Otra de las supersticiones<sup>235</sup> más admitidas es que, echando un huevo en agua y poniéndolo al sereno a las doce de la noche la víspera de San Juan o San Pedro, al mismo tiempo de dar la primera campanada en la iglesia más próxima, al otro día aparece un navío con sus velas y jarcias. Lo he hecho yo mismo con la mayor exactitud y escrupulosidad, y, efectivamente, resulta que, sumergiéndose la yema al fondo del vaso por más pesada, la clara filtra hasta la superficie del agua y, por la refracción de la luz en el vaso, parece la yema un casco; pero lo mismo sucede que se eche a las ocho o las diez, y en víspera de San Juan o San Hermenegildo.

También he oído muchas veces que las centellas son unas piedras que, cuando caen al suelo, se meten siete estados de tierra y, al cabo de siete años, las aborta la tierra: las que conocen los pastores y son buenas para el mal de orina. He visto estas piedras, cuya figura es la que llaman los matemáticos esferoides, y tienen unas vetas encarnadas. No he experimentado si son buenas para ese mal, pero niego que sean centellas. ¿Quién ha dicho a esos majaderos que la centella es piedra? Y aun cuando lo fuese, ¿quién ha demostrado que un grave transpa la solidez de la tierra y que esta tiene virtud de parirlas en un tiempo determinado? Las piedras que llaman de centellas son muy comunes en España.

Algunas viejas he tratado, no una ni dos, que dicen que, cuando se muere un niño, no puede irse a la gloria si no le echa la bendición el padrino. ¡Desgraciados aquellos que los sujetos que los tuvieron en la pila fueron destinados a América!

<sup>231</sup> superstición *M* : superstición *F*

<sup>232</sup> entusiastas *F* : entuciastas *M*

<sup>233</sup> cree *F* : <q+c>ree *M*

<sup>234</sup> ahuja *M* : aguja *F*

<sup>235</sup> supersticiones *M* : supersticiones *F*

En Sevilla van las mujeres embarazadas a la iglesia de San Francisco de Paula y oyen una misa toda de pie, y dicen que no dura más el parto que lo que dura la misa. Si alguna vez dura más, dicen que es que se ha distraído. ¡Infeliz la que le toque un viejo sesentón y perlático!

En San Francisco de Sevilla está san Antonio el cartero. Este buen santo podría haber escogido un oficio más sosegado, pero puede ser que no fuese tan lucrativo. En la manga le ponen cartas y a los ocho días viene la respuesta si dan limosna. Los frailes autores de esto dicen que el santo no permite hagan<sup>236</sup> contestación cuando se habla de amores. Las respuestas las ponen ellos mismos en tono ambiguo.

Igual a esto es la ollita de miel de Guadalupe, donde llegan infinidad de gentes en tiempo de la feria y toman una tacita de miel bendita de una orza pequeña echando limosna para la Virgen — porque, si no, no hay milagro —, y, cuanta más miel se saca, más llena está. El milagro consiste, según me ha dicho un religioso de allí bien despreocupado, que de unas grandes tinas salen unos tubos por donde destilan a la ollita, y vale<sup>237</sup> a la comunidad veinte mil ducados al año.

El san Diego de Alcalá está encerrado en una caja de plomo, luego otra de plata y las dos, en una de madera. El milagro es que huele siempre a cosas agradables y no se sabe<sup>238</sup> lo que es, y que con la mayor facilidad se mueven aquellas arcas. Las<sup>239</sup> he olido mil veces y siempre me huelen a admizcle<sup>240</sup>, y, por si yo estaba en pecado mortal, he preguntado a todos y me dicen lo mismo. Es verdad que se mueven, y yo las he ladeado de un lado a otro con un dedo, pero he sabido que, para sacar el cuerpo con facilidad, tiene debajo unos rodillos, con lo que se descubre el milagro.

También he visto allí la cabeza de san Francisco, hecha, según dicen, de un puchero. Cuentan que un alfarero rompía todos los cacharros al sacarlos del horno y exclamó sin incomodarse: “¡Vaya este en nombre de san Francisco!”, y sacó a san Francisco en un puchero. Cuando yo la vi, estaba metida en una urna de cristal en un altar y no le vi por detrás. Pregunté al lego, me dijo no le había visto y no creía semejante patraña, pero que siempre era digna de verse. Efectivamente, es de barro y representa el santo en el acto de espirar. Según todos los inteligentes, es una de las mejores piezas de escultura.

No me descuidé en ver el san Carlos Borromeo. Es un lienzo que hay en el camarín donde se representa san Carlos echado. Lo que cuentan es que, entrando en una posada a cenar, se salía sin pagar. La huésped le pidió lo devengado y el santo contestó: “En el cuarto lo he dejado”. Fue y se encontró su retrato en las dos sábanas estampado, y una de ellas es la de Alcalá. Primeramente, es estraño que un san Carlos entrase en una posada y se metiese en la cama, y, en segundo lugar, que, quedando estampado en la sábana, la cabeza debía estar en la almohada y, por consiguiente, separada de la sábana. Es así que la almohada está pintada en la sábana, luego es un engaño manifiesto. Dicen los frailes al instante que se conserva la auténtica: tan falsa será como ellos mismos. Y, si no, el pergaminito que se conserva en la catedral de Santiago del *Voto de Santiago* hecho por Ramiro I, a quien dice se le apareció el santo en un caballo blanco en la batalla de Clavijo. Pero todo es patraña de los canónigos para estafar a los labradores, a quienes tratan indignamente los recaudadores. El pergamino está en un latín que no se usaba entonces: ponen la fecha del año de 872 y ningún escritor, ni los de aquellos tiempos, colocan a Ramiro antes de 888; firman varios que no existieron o fueron posteriores, y entre ellos el obispo de Cantabria, que jamás lo ha habido.

¿No tienes en Sevilla que no se ha acabado una de las puertas de la catedral porque los canónigos gozan una renta para la obra de la catedral y siempre hay qué hacer?

<sup>236</sup> hagan F : hayan M

<sup>237</sup> vale M : va F

<sup>238</sup> sabe F : sabe M

<sup>239</sup> Las F : La M

<sup>240</sup> admizcle M : almizcle F

En Córdoba está un cuerno colgado de la catedral, en una de las capillas, y le llaman el punto. Dicen ser de uno de los bueyes que condujeron la primera piedra para labrar la catedral. A mí me ha parecido muy grande para que, en tiempo de los moros, hubiesen<sup>241</sup> bueyes tan disformes. Pero a lo menos lo pongo en duda, como el Cristo hecho en la columna<sup>242</sup> con la uña del cautivo; el Cristo hecho por la mora que está en la Merced; la mano negra de Jesús en tiempo de Felipe II; la vida de don Luis de Mañara; lo del cura de Zaragoza que se quedó muerto en la capilla del Pilar; lo de la mano negra en el refectorio de San Pablo de Sevilla; lo que cuentan en Jaén de la santa faz; y tantas cosas como cuentan y no hay tiempo para explicarlas. Lo mismo digo de milagros que de las otras brujerías. Si quieres divertirte, lee al reverendísimo Feijoo, que trae buenas cosas.

ANTONIO. Adiós, que voy a meterme en la cama.

PERICO. Adiós<sup>243</sup>, y que te mejores. Con ocho días de dieta se te cura.

ANTONIO. ¡Ojalá! Adiós.

PERICO. Adiós.

Revista de lenguas y literaturas  
ibéricas y latinoamericanas

Hace tres meses que no nos hemos visto y puede ser para siempre. Me hallo recostando en un sofá, pálido, débil y entrapajado. El último día que estuvimos juntos vine a mi casa y los dolores me apretaron tanto que no pude menos de manifestarlo a mis padres. Después de una justa reprehensión, llamaron varios facultativos: Arrieta, Luna, Aldebó, García Suelto y el célebre Severo López. Me registraron y convinieron en que todo era efecto del mal venéreo. Las glándulas infartadas, llagas y una continua gonorrea me atormentaban cruelmente y, a pesar mío, aprendí los nombres que les da la medicina. A fuerza de dietas, de purgantes, de inyecciones del extracto acuoso de opio, de extracto de quina con saturno, píldoras tisanas y toda clase de bebidas se me cura la purgación y se cicatrizan las llagas, pero el infarto seguía y no alcanzaban disolutivos ni supurantes. Trátase de abrirlo y ya Luna saca su estuche, que me hizo temblar al ver tanto instrumento cortante, sajante, tindente [*sic*]<sup>244</sup>, pinzas, argalías y bisturíes, pero, notándose que cedía un poco, se detuvo la operación y milagrosamente la naturaleza le disecó, arrojando los humores por la orina y la transpiración; y se la ayudó con el cocimiento de zarzaparrilla, con la raíz de China y raíz de guayaco, a pasto y el dulzurante de Fuller. Ya que te he explicado el curso de mis males, te contaré una cosa muy particular. Había tomado las unciones y, cuando iba mejor, me<sup>245</sup> encuentra Severo ciego. Apúrase por la causa, pregunta a los compañeros y nadie atina con ello, pues estrañaron aquel raptó. Por fin discurre aquel un poco y dice que me muden de cama y me pongan en una que no tenga la cabecera con remates dorados. Ejecútase y me da los panes de oro con un jarabe cualquiera. A la media hora vomité y no venía ni distinguía la luz. A los tres cuartos abrí los ojos y vi como veo ahora. Los otros le preguntaron y contestó<sup>246</sup> que el dorado de la cama había atraído el mercurio que tenía en el cuerpo y él me lo había precipitado<sup>247</sup> otra vez con los panes. Ya estoy mejor y ahora reconozco mis errores. Sí, Perico, tú me has perdido: yo era inocente. Las conversaciones de las criadas, las reuniones con los sirvientes, la libertad que tomé cuando entré en la carrera militar y tu amistad me han pervertido. Tú me enseñaste las casas de prostitución, las mujeres sin pudor, los artesanos de fama, los enredos de los cómicos y la vida de la disolución; tú me

<sup>241</sup> hubiesen *M*: hubiese *F*

<sup>242</sup> columna *M*: columna *F*

<sup>243</sup> *F* omite el resto del texto

<sup>244</sup> tindente: ti<-e>nde<+n>te *M*: om *F*

<sup>245</sup> me: en *M*: om *F*

<sup>246</sup> contestó: contextó *M*: om *F*

<sup>247</sup> precipitado: presipitado *M*: om *F*

conduciste a las casas de juego, cafes y concurrencias perniciosas. Tú me apartabas del cumplimiento de mis deberes e insensiblemente<sup>248</sup> de la religión, en que se halla tanto consuelo. He hecho una confesión general y mi alma se tranquiliza. Tú me enseñaste y me dirigiste en la seducción de una joven que no hubiera consentido su perdición si no hubiese yo empleado, por tu consejo, cuantos resortes son imaginables. Esto he aprendido a tu lado en diez días, mas nunca supe el movimiento exacto y el orden de la naturaleza. ¿Cómo se mantiene este globo? ¿Cómo se reproducen los vegetales? ¿De dónde provienen los ríos y las fuentes? ¿Por qué unas aguas son dulces, otras saladas? ¿En qué consiste el período de los días y la revolución del Sol, la Luna y los planetas? ¿Qué se ha descubierto, y cómo en el resto del universo? Por último, ¿cuánto debe saber el hombre para adorar y bendecir al Creador en sus producciones?

Sin duda alguna extrañarás mi lenguaje, pero, así como a un loco a quien una pesadumbre o un gran placer le transtorna de tal suerte sus potencias que vuelve a recobrar su juicio, así yo con lo que he padecido en tres meses; y por calmar mis angustias, he leído cuantos libros me ha escogido mi padre, por lo que sucesivamente he ido abriendo los ojos al menos para conocer, aunque a pesar mío, lo que es el mundo, lo que son los amigos y lo que es Madrid.

A pocos días de estar en la cama vino Juanita con su madre. Se acercó a mí y, en voz baja, me dijo: “Ya lo lograste, ya me has perdido. Siento los dos síntomas de un embarazo y el período no se presenta. No sé cómo ocultarlo a mi madre, pero, si se descubre, siempre manifestaré que es tuyo”. ¡He aquí un nuevo compromiso! La dije que casi era imposible, y mucho más conocerse en tan pocos días, pero que, si seguían las faltas, se previniese de sangre de drago de la botica para que no se so[s]pechase en su casa, pues en esto no se aventuraba nada; pero no quise indicarla remedio alguno para deshacerlo. Después de haber oído a todos los facultativos que no se conoce abortivo alguno y que son patrañas de comadres, me causa horror siquiera el imaginar que haya madres tan ingratas y bárbaras que expongan su vida por encubrir su prostitución. Me parecería oír aquella criatura en el vientre de su madre: “Madre cruel, ¿por qué he de pagar yo tus culpas? ¿Por qué he de sufrir el castigo de tu delito? ¿Quieres más llenar tu conciencia de remordimientos que manifestar tu desliz a los parientes? Ocúltate todo lo posible, pero no te opongas a los derechos de la naturaleza, a los preceptos del Criador, a tu misma existencia. Y tú, padre fiero, ¿para esto obsequiabas a mi madre, la prometías, jurabas y la seducías con tanta tenacidad? ¿Yo he de pagar vuestros delitos destruyéndome en mi primera formación, reduciéndome a la nada pudiendo ver la luz, criarme, educarme, ser útil a mis semejantes, a la sociedad y al estado, recibir las caricias de mi madre, remunerarla en gracias, participar de vuestras felicidades y contratiempos, llorar con vosotros, reír con vosotros, y ser el escudo de vuestra juventud y el apoyo de vuestra vejez? Ya que no habéis escandalizado, ya que no tiene remedio lo hecho, arrepentíos y no caigáis en nuevos precipicios cometiendo un asesinato en esta víctima inocente. Reíos del mundo y del lenguaje y burlas de los libertinos, dejadme el placer de veros e imprimid en mis tiernas mejillas vuestros dulces besos”.

Sí, Perico, esto y mucho más me parece estar oyendo. Juana siguió mi plan y, verificada la preñez, se está apretando continuamente para que no la conozcan el vientre.

En este momento entra la Mariquita con un recado de su ama para ver cómo estoy y me ha dicho que Juana ha malparido sin formación de feto; que se lo descubrió al médico que la asistía, que era un tal Revoto, por cuyo medio no ha sabido nada su madre, pues aquel dijo era una especie de flujo por retención de la regla. Estoy contento, pues la naturaleza ha obrado por sí.

He dicho a mi padre te debía cuatro duros. Está pronto a pagártelos y te los remitirá a la Tesorería con un criado.

---

<sup>248</sup> insensiblemente : incensiblemente M : om F

¡Cuántos males me has causado, Perico! Por diez días de bromas y de ver el mundo, llevo tres meses de continuos dolores, y gracias que estoy fuera de peligro y saldré a la calle dentro de dos o tres días. ¡Qué lección he recibido! Siempre la tendré fija en mi memoria. Si llego a casarme, procuraré que mis hijos huyan de las perniciosas<sup>249</sup> compañías y advertiré a los padres de familia que observen bien a Madrid antes de dar libertad a los suyos.

Veo que tú te reirás con esta carta. No importa: lejos de ti, la apreciarán otros, ya que, con tu método de vida, tu conducta, tus lecturas y tu tratado de seducción, prosigas perdiendo jóvenes en compañía de otros calaveras como tú que, enlazados en los paseos, corréis como una torada de aquí para allí, preparando lances y aventuras que concluirán en ponerlos como habéis dejado al desgraciado

Antonio de Peralta

Revista de lenguas y literaturas  
ibéricas y latinoamericanas

<sup>249</sup> perniciosas : perniciosas *M* : *om F*